

ACTO PRIMERO

Rincón de una isla. Vegetación tropical. Dos cabañas a poca distancia la una de la otra. La más grande tiene su entrada oblicua al espectador. La entrada de la otra está a la derecha, pero no la vemos. Un mástil plantado en tierra. En el jardín un tronco de árbol sirve de asiento.

(Al levantarse el telón, HENRI sentado en el jardín, absorto. Se oye una viara que canta alegremente. Poco después la misma voz llama: "¡Rii... ¡Rii!", sin pronunciar demasiado la erre a fin de que haya semejanza fonética entre "chéri" y HENRI, y entra SUSANA corriendo.)

SUSANA.—¿No oyes que te estoy llamando, chéri?

HENRI.—Oía: "ri...", "ri...". Pero no sabía a quién llamabas.

SUSANA.—"Henri" y "Philippe" no pueden confundirse.

HENRI.—Pero "Henri" y "chéri", sí, cuando sólo se oye la última sílaba... Desde anoche estoy prevenido.

SUSANA.—¿Por qué?

HENRI.—Cuando dijiste "chéri", Philippe y yo nos volvimos al mismo tiempo. Y me di cuenta de la sorpresa de Philippe.

SUSANA.—¿Y qué dijiste?

HENRI.—Explicué —creo que felizmente— el incidente, diciendo que creía haber oído "Henri". Pero una estupidez como ésa le puede abrir los ojos.

SUSANA.—¡Qué ingenuo eres, amor mío! Si Philippe fuera un hombre capaz de que se le abrieran los ojos, ¿crees que en seis años no hubiese encontrado una ocasión?

HENRI.—Sí; ya me voy dando cuenta de que está ciego.

SUSANA.—Te equivocas. Philippe no está ciego. Es un hombre honesto, que es muy diferente. Honesto y lógico como no lo hay otro. La idea de que tú, su mejor amigo, y de que yo, su mujer, podamos engañarle, es una idea que rechazaría en el momento mismo en que le probaran que era verdad. Porque, desde su punto de vista, habría una falta de honestidad por nuestra parte, y ni su mujer sería su mujer ni su amigo, su amigo, si fueran capaces de cometer una acción semejante. Y no podrías sacarle de este razonamiento impecable. Tú le conoces como yo. Desarma a cualquiera. No se le puede encontrar nunca ni un error ni una fisura en el planteamiento de su lógica.

HENRI.—Todo eso está muy bien, pero te aseguro que ayer, cuando llamaste "chéri" y yo me volví, me miró muy extraño.

SUSANA.—Y es lógico. Porque si yo tengo la costumbre de llamarlo a él, lo que no era lógico es que te volvieras tú. Por eso se sorprendió. Pero cuando le explicaste que en lugar de "chéri" habías entendido "Henri", estoy segura de que se quedó plenamente satisfecho.

HENRI.—¡Plenamente!

(Ella ríe.)

SUSANA.—¿Y a qué viene pensar en eso? Desde hace algunos días te encuentro un poco raro.

HENRI.—Porque estoy pensando en muchas cosas al mismo tiempo.

SUSANA.—¿Cosas que nos afectan a nosotros?

HENRI.—A nosotros, sí.

SUSANA.—Comprendo que estés aburrido de esta vida, amor mío.

HENRI.—¿Quieres que considere como una suerte sin precedentes haber naufragado y como una existencia ideal vivir desde hace tres semanas en una isla desierta, entre dos cabañas y un cactus?

SUSANA.—No. Pero podías considerar que es una suerte que sólo se hayan salvado tres personas de un naufragio y que esas tres personas seamos Philippe, tú y yo.

HENRI.—¡Claro!

SUSANA.—Porque para mí eso es un milagro; es la prueba de que Dios existe.

HENRI.—Estoy de acuerdo contigo. Solamente que Dios, que tan noblemente nos ha salvado de ahogarnos, sepa ahora que estamos aquí... No se puede salvar a las gentes de un naufragio para dejarlas después que se mueran en una isla desierta. ¿No te parece?

SUSANA.—¡Calla, chéri! Dios es consecuente y lógico, además de bondadoso.

HENRI.—Creo en Dios.

SUSANA.—Pues entonces a esperar... Es lo único que podemos hacer.

HENRI.—Muy segura estás tú.

SUSANA.—Es la manera que tenemos los creyentes de esperar. Porque yo soy creyente.

HENRI.—¡No! ¡Tú qué vas a ser creyente! ¡Eres supersticiosa! Cuando una nube oscurece el sol en el momento en que vas a sentarte a la mesa, no se te ocurre decir que va a llover, sino que esta tarde vas a recibir una mala noticia.

SUSANA.—Porque es verdad. Compruébalo. Aquí no hay ni una sola nube en el cielo; no recibiremos nunca una sola mala noticia.

HENRI.—¡Así es! Tampoco va a pasarnos nada por sentarnos trece a la mesa.

SUSANA.—Ni por pasar debajo de un andamio. Pero mira: sin embargo, ayer por la noche vi en nuestra cabaña una araña gordísima.

HENRI.—¡Ya está! Araña por la mañana, desgracia por la tarde, esperanza... Es el refrán, ¿no?

SUSANA.—Y esta mañana mi primer pensamiento, sin ninguna razón que lo justifique, ha sido para un geranio.

HENRI.—¿Y tiene algún significado especial...?

SUSANA.—¿Pensar en un geranio al despertarse? Pues ni más ni menos quiere decir que se está a punto de adoptar una decisión feliz... ¿No lo sabías?

HENRI.—No.

SUSANA.—Lo mismo que dormirse pensando en un langostino.

HENRI.—¡Oh, no! ¡Eso no! ¡Te lo suplico!

SUSANA.—¿Qué?

HENRI.—No llames en tu auxilio a todos los animales fatídicos,

HENRI.—Sí; ya me voy dando cuenta de que está ciego.

SUSANA.—Te equivocas. Philippe no está ciego. Es un hombre honesto, que es muy diferente. Honesto y lógico como no lo hay otro. La idea de que tú, su mejor amigo, y de que yo, su mujer, podamos engañarle, es una idea que rechazaría en el momento mismo en que le probaran que era verdad. Porque, desde su punto de vista, habría una falta de honestidad por nuestra parte, y ni su mujer sería su mujer ni su amigo, su amigo, si fueran capaces de cometer una acción semejante. Y no podrías sacarle de este razonamiento impecable. Tú le conoces como yo. Desarma a cualquiera. No se le puede encontrar nunca ni un error ni una fisura en el planteamiento de su lógica.

HENRI.—Todo eso está muy bien, pero te aseguro que ayer, cuando llamaste "chéri" y yo me volví, me miró muy extrañado.

SUSANA.—Y es lógico. Porque si yo tengo la costumbre de llamarlo a él, lo que no era lógico es que te volvieras tú. Por eso se sorprendió. Pero cuando le explicaste que en lugar de "chéri" habías entendido "Henri", estoy segura de que se quedó plenamente satisfecho.

HENRI.—¡Plenamente!

(Ella ríe.)

SUSANA.—¿Y a qué viene pensar en eso? Desde hace algunos días te encuentro un poco raro.

HENRI.—Porque estoy pensando en muchas cosas al mismo tiempo.

SUSANA.—¿Cosas que nos afectan a nosotros?

HENRI.—A nosotros, sí.

SUSANA.—Comprendo que estés aburrido de esta vida, amor mío.

HENRI.—¿Quieres que considere como una suerte sin precedentes haber naufragado y como una existencia ideal vivir desde hace tres semanas en una isla desierta, entre dos cabañas y un cactus?

SUSANA.—No. Pero podías considerar que es una suerte que sólo se hayan salvado tres personas de un naufragio y que esas tres personas seamos Philippe, tú y yo.

HENRI.—¡Claro!

SUSANA.—Porque para mí eso es un milagro; es la prueba de que Dios existe.

HENRI.—Estoy de acuerdo contigo. Solamente que Dios, que tan noblemente nos ha salvado de ahogarnos, sepa ahora que estamos aquí... No se puede salvar a las gentes de un naufragio para dejarlas después que se mueran en una isla desierta. ¿No te parece?

SUSANA.—¡Calla, chéri! Dios es consecuente y lógico, además de bondadoso.

HENRI.—Creo en Dios.

SUSANA.—Pues entonces a esperar... Es lo único que podemos hacer.

HENRI.—Muy segura estás tú.

SUSANA.—Es la manera que tenemos los creyentes de esperar. Porque yo soy creyente.

HENRI.—¡No! ¡Tú qué vas a ser creyente! ¡Eres supersticiosa! Cuando una nube oscurece el sol en el momento en que vas a sentarte a la mesa, no se te ocurre decir que va a llover, sino que esta tarde vas a recibir una mala noticia.

SUSANA.—Porque es verdad. Compruébalo. Aquí no hay ni una sola nube en el cielo; no recibiremos nunca una sola mala noticia.

HENRI.—¡Así es! Tampoco va a pasarnos nada por sentarnos trece a la mesa.

SUSANA.—Ni por pasar debajo de un andamio. Pero mira: sin embargo, ayer por la noche vi en nuestra cabaña una araña gordísima.

HENRI.—¡Ya está! Araña por la mañana, desgracia por la tarde, esperanza... Es el refrán, ¿no?

SUSANA.—Y esta mañana mi primer pensamiento, sin ninguna razón que lo justifique, ha sido para un geranio.

HENRI.—¿Y tiene algún significado especial...?

SUSANA.—¿Pensar en un geranio al despertarse? Pues ni más ni menos quiere decir que se está a punto de adoptar una decisión feliz... ¿No lo sabías?

HENRI.—No.

SUSANA.—Lo mismo que dormirse pensando en un langostino.

HENRI.—¡Oh, no! ¡Eso no! ¡Te lo suplico!

SUSANA.—¿Qué?

HENRI.—No lames en tu auxilio a todos los animales fatídicos,

porque te veo venir. Dentro de tres días habrás sustituido los trece a la mesa, los gatos que atraviesan una calle, los andamios y otras catástrofes, por una serie de nuevos presagios de tu invención que nos vengán a complicar la vida.

SUSANA.—Nada de eso, amor mío. ¿Es que no lo quieres comprender? Todo lo que nos sucede es porque está escrito. Somos juguetes de nuestro destino. Nuestro naufragio, por ejemplo, no fue para mí una sorpresa.

HENRI.—¿Ah, no?

SUSANA.—Mira; en el momento mismo en que sonaban las doce de la noche, ¿no te fijaste en que uno de los camareros rompió una jarra muy cerca de donde estábamos nosotros?

HENRI.—No.

SUSANA.—Pues yo sí. Y dos horas más tarde nuestro barco se hundía.

HENRI.—¿De modo que tú sabías desde las doce de la noche que a las dos nos íbamos a hundir?

SUSANA.—Yo sabía que ocurriría una catástrofe durante la noche.

HENRI.—¿Y no sentiste la menor inquietud?

SUSANA.—Por un momento, sí. Pero como un cuarto de hora después estaba de pie debajo del reloj y, si tú recuerdas, mientras estábamos hablando con el comandante, el reloj dio exactamente el cuarto...

HENRI.—¿Y qué?

SUSANA.—Pues yo sabía que saldríamos con bien de la catástrofe.

HENRI.—¿Porque el reloj dio el cuarto?

SUSANA.—No; porque yo me encontraba de pie debajo del reloj cuando dio el cuarto. Henri, por Dios, ese signo de buena suerte lo conoce todo el mundo.

HENRI.—¿Y entonces supiste que los tres saldríamos vivos de la tragedia?

SUSANA.—¡Naturalmente! Porque Philippe y tú estabais uno a la derecha y otro a la izquierda del reloj.

HENRI.—Mientras que el comandante, que estaba enfrente, fue una de las primeras víctimas...

SUSANA.—Estaba escrito. No te rías, pero es así. Te lo he dicho más de cien veces que la víspera del día en que yo te conocí, por ejemplo...

HENRI.—Soflaste que nadabas desnuda sin la menor fatiga desde Calais a Gibraltar. Y que el Atlántico estaba tan azul como el Mediterráneo.

SUSANA.—Sí.

HENRI.—Lo que es presagio de siete años de felicidad...

SUSANA.—¿No somos los seres más felices desde hace seis años?

HENRI.—Sí. Escucha, amor mío, ¿por qué no tratas de averiguar por tu código cuánto tiempo nos queda de vivir en esta isla y vestidos así?

SUSANA.—El barco naufragó durante una fiesta y es normal que los dos estuviérais de etiqueta.

HENRI.—Yo no digo que sea demasiado sorprendente que estemos vestidos de frac. Lo que me pregunto es cuánto tiempo va a durar esto.

SUSANA.—Mira, no nos lamentemos. Vamos a ver, ¿cuántos días hace...?

HENRI.—Hoy es el vigésimo tercero.

SUSANA.—Pues bien: los veintitrés días que llevamos en esta isla los hemos pasado perfectamente. Comemos, dormimos y tomamos el sol todo el día con una temperatura casi ideal.

Eso ya es una suerte. Y no sería yo la que se queje porque Philippe haya hecho unos aparejos que le permiten pescar; ni porque tú has encontrado un árbol que segrega una especie de cola en la que encontramos todos los días pegados dos o tres pájaros; tampoco me quejo de que hayamos descubierto nada más llegar estas dos cabañas ya construidas.

Algo es algo. Y en el interior de una de ellas una máquina de afeitar, cuya hoja habéis conseguido afilar de manera que os afeite indefinidamente a los dos. ¡Menuda suerte poderse afeitar todos los días! A mí me parece formidable. Eso sostiene la moral. Me lo han dicho siempre. De todas maneras, esas dos cabañas, la máquina de afeitar y el mástil, prueban, como dice muy lógicamente Philippe, que otros antes que nosotros han estado en esta isla y que han podido escapar de ella, porque hasta ahora no hemos encontrado ningún hueso humano.

HENRI.—¡Muy bonito! ¿Qué querías, que encontráramos por ahí un esqueleto o varios?

SUSANA.—No, hombre, no. Te lo estoy diciendo como un sím-

porque te veo venir. Dentro de tres días habrás sustituido los trece a la mesa, los gatos que atraviesan una calle, los andamios y otras catástrofes, por una serie de nuevos presagios de tu invención que nos vengán a complicar la vida.

SUSANA.—Nada de eso, amor mío. ¿Es que no lo quieres comprender? Todo lo que nos sucede es porque está escrito. Somos juguetes de nuestro destino. Nuestro naufragio, por ejemplo, no fue para mí una sorpresa.

HENRI.—¿Ah, no?

SUSANA.—Mira; en el momento mismo en que sonaban las doce de la noche, ¿no te fijaste en que uno de los camareros rompió una jarra muy cerca de donde estábamos nosotros?

HENRI.—No.

SUSANA.—Pues yo sí. Y dos horas más tarde nuestro barco se hundía.

HENRI.—¿De modo que tú sabías desde las doce de la noche que a las dos nos íbamos a hundir?

SUSANA.—Yo sabía que ocurriría una catástrofe durante la noche.

HENRI.—¿Y no sentiste la menor inquietud?

SUSANA.—Por un momento, sí. Pero como un cuarto de hora después estaba de pie debajo del reloj y, si tú recuerdas, mientras estábamos hablando con el comandante, el reloj dio exactamente el cuarto...

HENRI.—¿Y qué?

SUSANA.—Pues yo sabía que saldríamos con bien de la catástrofe.

HENRI.—¿Porque el reloj dio el cuarto?

SUSANA.—No; porque yo me encontraba de pie debajo del reloj cuando dio el cuarto. Henri, por Dios, ese signo de buena suerte lo conoce todo el mundo.

HENRI.—¿Y entonces supiste que los tres saldríamos vivos de la tragedia?

SUSANA.—¡Naturalmente! Porque Philippe y tú estabais uno a la derecha y otro a la izquierda del reloj.

HENRI.—Mientras que el comandante, que estaba enfrente, fue una de las primeras víctimas...

SUSANA.—Estaba escrito. No te rías, pero es así. Te lo he dicho más de cien veces que la víspera del día en que yo te conocí, por ejemplo...

HENRI.—Soñaste que nadabas desnuda sin la menor fatiga desde Calais a Gibraltar. Y que el Atlántico estaba tan azul como el Mediterráneo.

SUSANA.—Sí.

HENRI.—Lo que es presagio de siete años de felicidad...

SUSANA.—¿No somos los seres más felices desde hace seis años?

HENRI.—Sí. Escucha, amor mío, ¿por qué no tratas de averiguar por tu código cuánto tiempo nos queda de vivir en esta isla y vestidos así?

SUSANA.—El barco naufragó durante una fiesta y es normal que los dos estuviérais de etiqueta.

HENRI.—Yo no digo que sea demasiado sorprendente que estemos vestidos de frac. Lo que me pregunto es cuánto tiempo va a durar esto.

SUSANA.—Mira, no nos lamentemos. Vamos a ver, ¿cuántos días hace...?

HENRI.—Hoy es el vigésimo tercero.

SUSANA.—Pues bien: los veintitrés días que llevamos en esta isla los hemos pasado perfectamente. Comemos, dormimos y tomamos el sol todo el día con una temperatura casi ideal.

Eso ya es una suerte. Y no sería yo la que se queje porque Philippe haya hecho unos aparejos que le permiten pescar; ni porque tú has encontrado un árbol que segrega una especie de cola en la que encontramos todos los días pegados dos o tres pájaros; tampoco me quejo de que hayamos descubierto nada más llegar estas dos cabañas ya construidas. Algo es algo. Y en el interior de una de ellas una máquina de afeitar, cuya hoja habéis conseguido afilar de manera que os afeite indefinidamente a los dos. ¡Menuda suerte poderse afeitar todos los días! A mí me parece formidable. Eso sostiene la moral. Me lo han dicho siempre. De todas maneras, esas dos cabañas, la máquina de afeitar y el mástil, prueban, como dice muy lógicamente Philippe, que otros antes que nosotros han estado en esta isla y que han podido escapar de ella, porque hasta ahora no hemos encontrado ningún hueso humano.

HENRI.—¡Muy bonito! ¿Qué querías, que encontráramos por ahí un esqueleto o varios?

SUSANA.—No, hombre, no. Te lo estoy diciendo como un sím-

bolo de esperanza... Todo eso prueba que una línea de navegación pasa por estos parajes.

HENRI.—Esperemos que, por lo menos, haga un par de servicios al año.

SUSANA.—¡Claro que los hará! En cuanto a mí, yo no digo que sea una cocinera extraordinaria, ni que los menús sean muy variados, pero qué quieres, nos defendemos. Hoy tengo que bendecir al cielo por haber comenzado el día cantando una cancióncilla.

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Porque en la época de esa canción es cuando yo aprendí a hacer un poquito de cocina. *(Canta un número de revista.)* Yo no he sido siempre la mujer de Philippe. Y haber vivido unos cuantos años sin dinero sirve de mucho.

HENRI.—¡Eres maravillosa, Susana!

SUSANA.—¿Cómo?

HENRI.—¡Eres maravillosa!... ¡Eres maravillosa y eres tú quien tiene razón!... Siempre de buen humor, animosa, con una voz de ruisecor... Te quiero.

SUSANA.—¡Tú sí que eres un niño mimado! Naciste rico, has crecido y continúas siendo rico... No has hecho más que pasearte por la vida... Y, a pesar de ser un niño mimado, te haces mala sangre por todo y estás inquieto, impaciente, colérico, inseguro...

HENRI.—¿Inseguro? ¡Yo no te he engañado nunca!

SUSANA.—Eso ya lo sé. Eres seguro para mí, pero no para los demás ni para ti mismo. No estás seguro nunca de nada ni de nadie. Cuando tomas una decisión, cinco minutos después estás lamentando haberla tomado... Y cuando no la tomas, te lamentas de lo contrario.

HENRI.—Pues lo estás arreglando.

SUSANA.—¿Es que no es verdad?

HENRI.—¿No es verdad qué?

SUSANA.—¿Que te enfadas por nada? ¿Que tu hígado te fastidia en cuanto alguna cosa no te va bien y que en seguida explotas y te encolerizas como un diablo? Pero yo te quiero por todo eso. Era fatal que me casara con Philippe, que es un hombre tranquilo, igual siempre, que no se altera por nada. Y era fatal que me uniera a ti y que yo sea feliz entre vosotros dos.

HENRI.—Sí. Pero esto no puede continuar, Susana.

SUSANA.—¿Qué?

HENRI.—Nuestra situación actual.

SUSANA.—¿Quieres marcharte de aquí? Yo también.

HENRI.—No. Me refiero a nuestra organización de vida.

SUSANA.—¿Por qué?

HENRI.—¿Que por qué? Porque yo te quiero..., porque tú eres mi amante desde hace seis años y porque desde hace veintitrés días compartes esa cabaña con Philippe, mientras yo me aburro como un perro en esa otra. Yo soy tu amante desde hace seis años y desde hace veintitrés días me he convertido en amigo de la familia...

SUSANA.—Y por eso es por lo que tienes esa cara...

HENRI.—Sí; porque estoy harto.

SUSANA.—¡Pero amor mío!

HENRI.—Sí; estoy harto de verte medio desnuda todo el santo día y de tener como único derecho el de besarte la mano cuando por la noche Philippe y tú entráis en vuestra casa.

SUSANA.—¿Y qué quieres hacer?

HENRI.—¿Pero es que tú no tienes ganas por la noche de estar a mi lado?

SUSANA.—¡Pues claro que sí! Pero ni lo pienso.

HENRI.—¡Claro! ¡Ni lo piensas!

SUSANA.—Porque no veo solución.

HENRI.—Sí, hay una; que yo se lo diga a Philippe.

SUSANA.—¿Todo?

HENRI.—Que tú y yo desde hace seis años...

SUSANA.—Estás completamente loco.

HENRI.—Y le probaré, con una lógica irrefutable, como las que a él le gustan, que desde hace seis años él y yo te compartimos y que no le ha ido mal por eso, sino, muy al contrario, que ha sido muy feliz. Por esa misma lógica no hay ninguna razón para que no continuemos siendo los tres perfectamente felices haciendo lo mismo que hacíamos en París. Y diré algo más: que ese reparto será aquí menos insultante para él. Porque hasta este momento Philippe era un marido engañado y ya no lo será. Un marido que "sabe" es un consentimiento, pero no un engañado; eso es una ventaja.

SUSANA.—¿Qué disparate!

HENRI.—¿Tienes algo que oponer a este razonamiento?

bolo de esperanza... Todo eso prueba que una línea de navegación pasa por estos parajes.

HENRI.—Esperemos que, por lo menos, haga un par de servicios al año.

SUSANA.—¡Claro que los hará! En cuanto a mí, yo no digo que sea una cocinera extraordinaria, ni que los menús sean muy variados, pero qué quieres, nos defendemos. Hoy tengo que bendecir al cielo por haber comenzado el día cantando una cancioncilla.

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Porque en la época de esa canción es cuando yo aprendí a hacer un poquito de cocina. *(Canta un número de revista.)* Yo no he sido siempre la mujer de Philippe. Y haber vivido unos cuantos años sin dinero sirve de mucho.

HENRI.—¿Eres maravillosa, Susana!

SUSANA.—¿Cómo?

HENRI.—¿Eres maravillosa!... ¡Eres maravillosa y eres tú quien tiene razón!... Siempre de buen humor, animosa, con una voz de ruiseñor... Te quiero.

SUSANA.—¡Tú sí que eres un niño mimado! Naciste rico, has crecido y continúas siendo rico... No has hecho más que pasearte por la vida... Y, a pesar de ser un niño mimado, te haces mala sangre por todo y estás inquieto, impaciente, colérico, inseguro...

HENRI.—¿Inseguro? ¡Yo no te he engañado nunca!

SUSANA.—Eso ya lo sé. Eres seguro para mí, pero no para los demás ni para ti mismo. No estás seguro nunca de nada ni de nadie. Cuando tomas una decisión, cinco minutos después estás lamentando haberla tomado... Y cuando no la tomas, te lamentas de lo contrario.

HENRI.—Pues lo estás arreglando.

SUSANA.—¿Es que no es verdad?

HENRI.—¿No es verdad qué?

SUSANA.—¿Que te enfadas por nada? ¿Que tu hígado te fastidia en cuanto alguna cosa no te va bien y que en seguida explotas y te encolerizas como un diablo? Pero yo te quiero por todo eso. Era fatal que me casara con Philippe, que es un hombre tranquilo, igual siempre, que no se altera por nada. Y era fatal que me uniera a ti y que yo sea feliz entre vos otros dos.

HENRI.—Sí. Pero esto no puede continuar, Susana.

SUSANA.—¿Qué?

HENRI.—Nuestra situación actual.

SUSANA.—¿Quieres marcharte de aquí? Yo también.

HENRI.—No. Me refiero a nuestra organización de vida.

SUSANA.—¿Por qué?

HENRI.—¿Que por qué? Porque yo te quiero..., porque tú eres mi amante desde hace seis años y porque desde hace veintitrés días compartes esa cabaña con Philippe, mientras yo me aburro como un perro en esa otra. Yo soy tu amante desde hace seis años y desde hace veintitrés días me he convertido en amigo de la familia...

SUSANA.—Y por eso es por lo que tienes esa cara...

HENRI.—Sí; porque estoy harto.

SUSANA.—¡Pero amor mío!

HENRI.—Sí; estoy harto de verte medio desnuda todo el santo día y de tener como único derecho el de besarte la mano cuando por la noche Philippe y tú entráis en vuestra casa.

SUSANA.—¿Y qué quieres hacer?

HENRI.—¿Pero es que tú no tienes ganas por la noche de estar a mi lado?

SUSANA.—¡Pues claro que sí! Pero ni lo pienso.

HENRI.—¿Claro! ¡Ni lo piensas!

SUSANA.—Porque no veo solución.

HENRI.—Sí, hay una; que yo se lo diga a Philippe.

SUSANA.—¿Todo?

HENRI.—Que tú y yo desde hace seis años...

SUSANA.—Estás completamente loco.

HENRI.—Y te probaré, con una lógica irrefutable, como las que a él le gustan, que desde hace seis años él y yo te compartimos y que no le ha ido mal por eso, sino, muy al contrario, que ha sido muy feliz. Por esa misma lógica no hay ninguna razón para que no continuemos siendo los tres perfectamente felices haciendo lo mismo que hacíamos en París. Y diré algo más: que ese reparto será aquí menos insultante para él. Porque hasta este momento Philippe era un marido engañado y ya no lo será. Un marido que "sabe" es un consuelo, pero no un engaño; eso es una ventaja.

SUSANA.—¿Qué disparate!

HENRI.—¿Tienes algo que oponer a este razonamiento?

SUSANA.—Has perdido la cabeza.

HENRI.—He perdido la paciencia y conservo la cabeza. Yo estimo que Philippe, mirando las cosas frente a frente, no puede dejar de comprender que lo que le propongo es, en el fondo, la única solución normal para gente que está ligada como nosotros... Y es una solución moral.

SUSANA.—¡"Moral"!...

HENRI.—Sí, moral. Lo que me parece inmoral e indigno de nuestra amistad por Philippe es esconderle este amor, tenerle fuera de nuestra vida. Estoy seguro de que va a agradecer mucho esta delicadeza.

SUSANA.—No sé qué decirte.

HENRI.—Nos agradecerá muchísimo nuestra honestidad. Si se cambiaran los papeles, pensaría como yo.

SUSANA.—¡Desde luego!

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Porque él sería el amante y no el marido. Ese es el problema. El es mi marido. *(Acercándose a él.)* Henri... ¿Pero es que se lo vas a decir?

HENRI.—Sí.

SUSANA.—¿Y le vas a pedir que yo... pase de una cabaña a la otra?

HENRI.—Exactamente.

SUSANA.—¡Es una locura! Para todo el mundo que lo sepa será una locura.

HENRI.—En París puede ser que sí. Pero aquí estamos en una situación excepcional. Y hay que buscar soluciones excepcionales. Y a todo esto, ¿dónde está? ¿Pescando?

SUSANA.—No creo. Sale a pescar al atardecer. Me parece que se ha llevado mi combinación.

HENRI.—¿Tu combinación?

SUSANA.—La usa como cazamariposas.

HENRI.—Lo que resulta curioso es pensar que este hombre haya sido siempre tan aficionado a la pesca.

SUSANA.—Si no llega a tener esa afición, hubiésemos muerto de hambre en esta isla.

HENRI.—De acuerdo. Quería decirte que lo sorprendente de él es que además de pescador sea cazador y que como cazador se dedique a las mariposas.

SUSANA.—¡Le gustan tanto!

HENRI.—Por eso se dedica a matarlas...

SUSANA.—Evidente. Cuando nos gustan las flores, las cortamos y se mueren dos días después. Y si nos gustan las mariposas, las matamos, clavándolas con un alfiler en un corcho.

HENRI.—No deja de ser curioso.

SUSANA.—A mí me parece muy bien que se dedique a ese deporte. Todo el día corriendo detrás de las mariposas le sirve para conservar la línea.

HENRI.—¿Qué hora es?

SUSANA.—Y yo que sé. Mira al cielo.

HENRI.—¡Ah!, es verdad. ¡Con lo cómodo que es vivir sin reloj!

SUSANA.—Te diré que es una de las cosas que más me gustan. Tú has podido comprobarlo; desde que vivimos sin reloj no llego tarde nunca.

(Se oye la voz de PHILIPPE, dentro.)

VOZ.—¡Ah! ¡Ah!

SUSANA.—Ya vuelve.

HENRI.—Bueno. Déjanos solos.

SUSANA.—No creas que tengo ningún deseo de asistir a ese diálogo. Mientras habláis, voy a bañarme. Y cuando vuelva, pondré la cara de la que no sabe nada.

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Pues no sé... Porque creo que es lo más natural.

VOZ.—¡Oh! ¡Oh!

SUSANA. *(Respondiendo a la voz.)*—¡Estamos aquí!

HENRI.—¿Me quieres?

SUSANA.—¡Pues claro!

HENRI.—Todo se va a arreglar muy bien. Ya lo verás.

SUSANA.—¿Sí?

HENRI.—¿No me has dicho hace un rato que te habías despertado pensando en un geranio?

SUSANA.—Sí.

HENRI.—Pues ésta es la decisión feliz que auguraba. ¿No te parece?

SUSANA.—¡Es verdad!

HENRI.—¡Lo ves!

SUSANA.—Sí; pero ahora que me acuerdo es que mientras co-

SUSANA.—Has perdido la cabeza.

HENRI.—He perdido la paciencia y conservo la cabeza. Yo estimo que Philippe, mirando las cosas frente a frente, no puede dejar de comprender que lo que le propongo es, en el fondo, la única solución normal para gente que está ligada como nosotros... Y es una solución moral.

SUSANA.—¡"Moral"!...

HENRI.—Sí, moral. Lo que me parece inmoral e indigno de nuestra amistad por Philippe es esconderle este amor, tenerle fuera de nuestra vida. Estoy seguro de que va a agradecer mucho esta delicadeza.

SUSANA.—No sé qué decirte.

HENRI.—Nos agradecerá muchísimo nuestra honestidad. Si se cambiaran los papeles, pensaría como yo.

SUSANA.—¡Desde luego!

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Porque él sería el amante y no el marido. Ese es el problema. El es mi marido. *(Acercándose a él.)* Henri... ¿Pero es que se lo vas a decir?

HENRI.—Sí.

SUSANA.—¿Y le vas a pedir que yo... pase de una cabaña a la otra?

HENRI.—Exactamente.

SUSANA.—¡Es una locura! Para todo el mundo que lo sepa será una locura.

HENRI.—En París puede ser que sí. Pero aquí estamos en una situación excepcional. Y hay que buscar soluciones excepcionales. Y a todo esto, ¿dónde está? ¿Pescando?

SUSANA.—No creo. Sale a pescar al atardecer. Me parece que se ha llevado mi combinación.

HENRI.—¿Tu combinación?

SUSANA.—La usa como cazamariposas.

HENRI.—Lo que resulta curioso es pensar que este hombre haya sido siempre tan aficionado a la pesca.

SUSANA.—Si no llega a tener esa afición, hubiésemos muerto de hambre en esta isla.

HENRI.—De acuerdo. Quería decirte que lo sorprendente de él es que además de pescador sea cazador y que como cazador se dedique a las mariposas.

SUSANA.—¡Le gustan tanto!

HENRI.—Por eso se dedica a matarlas...

SUSANA.—Evidente. Cuando nos gustan las flores, las cortamos y se mueren dos días después. Y si nos gustan las mariposas, las matamos, clavándolas con un alfiler en un corcho.

HENRI.—No deja de ser curioso.

SUSANA.—A mí me parece muy bien que se dedique a ese deporte. Todo el día corriendo detrás de las mariposas le sirve para conservar la línea.

HENRI.—¿Qué hora es?

SUSANA.—Y yo que sé. Mira al cielo.

HENRI.—¡Ah!, es verdad. ¡Con lo cómodo que es vivir sin reloj!

SUSANA.—Te diré que es una de las cosas que más me gustan. Tú has podido comprobarlo; desde que vivimos sin reloj no llego tarde nunca.

(Se oye la voz de PHILIPPE, dentro.)

VOZ.—¡Ah! ¡Ah!

SUSANA.—Ya vuelve.

HENRI.—Bueno. Déjanos solos.

SUSANA.—No creas que tengo ningún desco de asistir a ese diálogo. Mientras habláis, voy a bañarme. Y cuando vuelva, pondré la cara de la que no sabe nada.

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Pues no sé... Porque creo que es lo más natural.

VOZ.—¡Oh! ¡Oh!

SUSANA. *(Respondiendo a la voz.)*—¡Estamos aquí!

HENRI.—¿Me quieres?

SUSANA.—¡Pues claro!

HENRI.—Todo se va a arreglar muy bien. Ya lo verás.

SUSANA.—¿Sí?

HENRI.—¿No me has dicho hace un rato que te habías despertado pensando en un geranio?

SUSANA.—Sí.

HENRI.—Pues ésta es la decisión feliz que auguraba. ¿No te parece?

SUSANA.—¡Es verdad!

HENRI.—¡Lo ves!

SUSANA.—Sí; pero ahora que me acuerdo es que mientras co-

mía, he encontrado un cabello que se había posado de través sobre el pescado, y eso querido...

HENRI.—¡Bueno! ¡Bueno! No lo estropees ahora.

(Entra PHILIPPE. Trae puesta la camisa del smoking, el smoking en el brazo y los pantalones recogidos por las rodillas. Los pies desnudos, en zapatos de charol. Trae la combinación de SUSANA como cazamariposas.)

PHILIPPE.—¡Soy un imbécil! ¡Mira que salir a cazar con el frac... ¡Estoy muerto de calor!... ¡Traigo una ampolla!

SUSANA.—¿Una ampolla? ¿Y cómo es?

PHILIPPE.—¿Cómo? ¡Una ampolla!... En el pie derecho.

SUSANA.—¡Ah, bueno! Yo había creído... *(Ríe.)* ¿Es todo lo que traes?

PHILIPPE.—Sí. Y es bastante para una hora de paseo al sol. Creo que me voy a acostumbrar a andar descalzo.

SUSANA.—Es el único medio de curarte la ampolla.

PHILIPPE.—Así, Henri, te podré dejar mi zapato izquierdo para siempre y no te verás obligado a esperarme para circular. Repartirse un par de zapatos no hace la vida demasiado cómoda... ¡Qué sed tengo!

SUSANA.—¿Qué quieres beber? ¿Un cocktail? ¿Un picón granadina?

PHILIPPE.—¿No tienes leche de coco?

SUSANA.—Sí. En la nevera. Voy a traértela.

(SUSANA va hacia la cabaña.)

PHILIPPE.—¡Hay una formidable, y es el quinto día que se me escapa!

HENRI.—Acabarás cazándola.

PHILIPPE.—Estoy seguro de eso. Ya la verás. Es magnífica.

HENRI.—Me hace gracia este fervor tuyo por las mariposas.

PHILIPPE.—¿Por qué?

HENRI.—Porque es una pasión muy divertida para un financiero. Hasta voy a decirte que resulta emocionante.

SUSANA. *(Volviendo.)*—¿Qué es lo que resulta emocionante?

HENRI.—Philippe. Le digo que en un financiero la pasión por las mariposas es emocionante.

SUSANA. *(A PHILIPPE.)*—Aquí tienes tu leche de coco.

PHILIPPE.—Es exquisita. ¿Y si pusiera un poquito sobre mi ampolla?

SUSANA.—¿Cómo?

PHILIPPE.—Primero, porque refrescante, y, después, porque no se sabe nunca... Puede ser hasta cauterizante.

SUSANA.—Esta es la ventaja de estar en una isla. Se prueba de todo. Se va de descubrimiento en descubrimiento. En París, nunca se te hubiera ocurrido, en la terraza de un café, probar el efecto de un zumo de frutas sobre una ampolla del pie.

PHILIPPE.—Nunca.

SUSANA.—Mientras que aquí puede ser un remedio soberano.

PHILIPPE.—No te rías. Así es como se descubrieron el té y el café. Por accidente.

SUSANA.—Bueno. Y ahora que estáis juntitos, me voy a bañar.

PHILIPPE.—¿Por qué dices que "ahora que estáis juntitos"?

SUSANA.—Porque no tengo traje de baño. Si estáis aquí, juntitos, nado más tranquila.

PHILIPPE.—No creas que Henri y yo tenemos la mala costumbre de escondernos detrás de un árbol para espiarte.

SUSANA.—Lo supongo.

(Sale.)

PHILIPPE. *(Gritando hacia donde ha salido SUSANA.)*—¡No te ahogues!

SUSANA. *(Desde dentro.)*—¡Ahogarme después de haberme salvado de un naufragio!

PHILIPPE.—¡Sí, pero tenías un salvavidas! *(Una pausa.)* No hay que preocuparse. Nada como un pez... He caminado toda la mañana. He hecho unos cuantos kilómetros. Pues no creas que he podido llegar al otro extremo de la isla. No debe ser tan pequeña como nos pareció al principio... Lo que no se nota es rastro ninguno de habitabilidad.

HENRI.—En veintitrés días que llevamos aquí, si hubiera estado habitada, lo sabríamos.

PHILIPPE.—¡Veintitrés días ya! Y gracias a Susana, que es un ser maravilloso, que ha sabido adaptarse a la vida primitiva con una rapidez extraordinaria, la vida es tranquila, apacible... En el fondo, los seres humanos somos animales extraordinarios.

mía, he encontrado un cabello que se había posado de través sobre el pescado, y eso querido...

HENRI.—¡Bueno! ¡Bueno! No lo estropees ahora.

(Entra PHILIPPE. Trae puesta la camisa del smoking, el smoking en el brazo y los pantalones recogidos por las rodillas. Los pies desnudos, en zapatos de charol. Trae la combinación de SUSANA como cazamariposas.)

PHILIPPE.—¡Soy un imbécil! ¡Mira que salir a cazar con el frac... ¡Estoy muerto de calor!... ¡Traigo una ampolla!

SUSANA.—¿Una ampolla? ¿Y cómo es?

PHILIPPE.—¿Cómo? ¡Una ampolla!... En el pie derecho.

SUSANA.—¡Ah, bueno! Yo había creído... *(Ríe.)* ¿Es todo lo que traes?

PHILIPPE.—Sí. Y es bastante para una hora de paseo al sol. Creo que me voy a acostumbrar a andar descalzo.

SUSANA.—Es el único medio de curarte la ampolla.

PHILIPPE.—Así, Henri, te podré dejar mi zapato izquierdo para siempre y no te verás obligado a esperarme para circular. Repartirse un par de zapatos no hace la vida demasiado cómoda... ¡Qué sed tengo!

SUSANA.—¿Qué quieres beber? ¿Un cocktail? ¿Un picón granadina?

PHILIPPE.—¿No tienes leche de coco?

SUSANA.—Sí. En la nevera. Voy a traértela.

(SUSANA va hacia la cabaña.)

PHILIPPE.—¡Hay una formidable, y es el quinto día que se me escapa!

HENRI.—Acabarás cazándola.

PHILIPPE.—Estoy seguro de eso. Ya la verás. Es magnífica.

HENRI.—Me hace gracia este fervor tuyo por las mariposas.

PHILIPPE.—¿Por qué?

HENRI.—Porque es una pasión muy divertida para un financiero. Hasta voy a decirte que resulta emocionante.

SUSANA. *(Volviendo.)*—¿Qué es lo que resulta emocionante?

HENRI.—Philippe. Le digo que en un financiero la pasión por las mariposas es emocionante.

SUSANA. *(A PHILIPPE.)*—Aquí tienes tu leche de coco.

PHILIPPE.—Es exquisita. ¿Y si pusiera un poquito sobre mi ampolla?

SUSANA.—¿Cómo?

PHILIPPE.—Primero, porque refrescante, y, después, porque no se sabe nunca... Puede ser hasta cauterizante.

SUSANA.—Esta es la ventaja de estar en una isla. Se prueba de todo. Se va de descubrimiento en descubrimiento. En París, nunca se te hubiera ocurrido, en la terraza de un café, probar el efecto de un zumo de frutas sobre una ampolla del pie.

PHILIPPE.—Nunca.

SUSANA.—Mientras que aquí puede ser un remedio soberano.

PHILIPPE.—No te rías. Así es como se descubrieron el té y el café. Por accidente.

SUSANA.—Bueno. Y ahora que estáis juntitos, me voy a bañar.

PHILIPPE.—¿Por qué dices que "ahora que estáis juntitos"?

SUSANA.—Porque no tengo traje de baño. Si estáis aquí, juntitos, nado más tranquila.

PHILIPPE.—No creas que Henri y yo tenemos la mala costumbre de escondernos detrás de un árbol para espiarte.

SUSANA.—Lo supongo.

(Sale.)

PHILIPPE. *(Gritando hacia donde ha salido SUSANA.)*—¡No te ahogues!

SUSANA. *(Desde dentro.)*—¡Ahogarme después de haberme salvado de un naufragio!

PHILIPPE.—¡Sí, pero tenías un salvavidas! *(Una pausa.)* No hay que preocuparse. Nada como un pez... He caminado toda la mañana. He hecho unos cuantos kilómetros. Pues no creas que he podido llegar al otro extremo de la isla. No debe ser tan pequeña como nos pareció al principio... Lo que no se nota es rastro ninguno de habitabilidad.

HENRI.—En veintitrés días que llevamos aquí, si hubiera estado habitada, lo sabríamos.

PHILIPPE.—¡Veintitrés días ya! Y gracias a Susana, que es un ser maravilloso, que ha sabido adaptarse a la vida primitiva con una rapidez extraordinaria, la vida es tranquila, apacible... En el fondo, los seres humanos somos animales extraordinarios.

HENRI.—¿Te extrañas de ti mismo?

PHILIPPE.—Te digo que la alegría y el buen humor con que Susana ha enfrentado esta aventura son mucho, si no todo, para continuar viviendo con ilusiones.

HENRI.—Puede ser tú. Pero yo no estoy en la misma situación que tú.

PHILIPPE.—¿Ah, no? ¿Y por qué?

HENRI.—Porque Susana es tu mujer. De ahí que todo lo veas con buen humor y soportes mejor las dificultades de la existencia. Puedes tener de vez en cuando momentos de abandono, tras los cuales emprendes la vida con nuevas energías. No estás solo, ¿comprendes?

PHILIPPE.—¡Oh, pobre Henri! Efectivamente, nuestra situación no es la misma... Pero aquí estamos los tres; tenemos que sostenernos los tres. Voy a decir a Susana que los dos juntos tenemos que pedirte perdón. Estoy seguro de que la apenará saber que quizá por un egoísmo inconsciente te hemos podido dar esta sensación de aislamiento.

HENRI.—Eres muy amable.

PHILIPPE.—Tú sabes bien que Susana y yo haríamos todo lo necesario por serle agradables.

HENRI.—Sí, pero...

PHILIPPE.—Y me parece, incluso, que Susana no hace grandes diferencias entre nosotros.

HENRI.—En eso tienes razón. Es adorable. Comprendo que no puedo reprocharos nada.

PHILIPPE.—¡Mira!

(Está mirándose el pie.)

HENRI.—¿Qué?

PHILIPPE.—¡Es fantástico! Se ha formado una pequeña película sobre la ampolla. Es la leche de coco. Una tiritita de plástico natural.

HENRI.—Sí, ya lo veo. Un remedio para importarlo a Francia.

PHILIPPE.—El "coco-plast", una nueva especialidad farmacéutica.

HENRI.—"Descubierta por un financiero en una isla desierta." Magnífica publicidad.

PHILIPPE.—¡Una fortuna! *(Rien. Después hay un silencio.)* Sí...

En el fondo, hoy lamentas no estar casado. Yo lo he dicho siempre. Al final, la verdadera felicidad del hombre es el matrimonio.

HENRI.—Yo no lamento estar soltero.

PHILIPPE.—Ni yo no pretendo decir que la poligamia sea contra natura. Hablo de poligamia porque ser soltero es optar oficialmente por la poligamia. Tú puedes tener tres amantes a la vez sin que ninguna de ellas sospeche que estás con otras. La poligamia era y es corriente. Los orientales, ya lo sabemos, los faraones...

HENRI.—De acuerdo. Como principio no me molesta. De un lado y del otro lo encuentro perfectamente natural.

PHILIPPE.—No. De un lado como del otro, no. Para las mujeres es otra cosa.

HENRI.—¿Por qué?

PHILIPPE.—Una mujer, en general, no se ata a varios hombres a la vez.

HENRI.—Tampoco un sultán. No tiene más que una favorita. Las otras las tiene por placer.

PHILIPPE.—De acuerdo. Pero entre nosotros, una mujer honesta no tiene una docena de hombres que la esperan todo el santo día en un salón.

HENRI.—¿Pero admites que existen mujeres honestas que tienen un amante?

PHILIPPE.—¿Mujeres casadas?

HENRI.—Mujeres casadas y honestas que tienen un amante. ¿Crees que pueda ser?

PHILIPPE.—Mira, Henri... Tu proposición, mujer casada y honesta que tiene un amante, es contradictoria. Si esa mujer es casada y honesta, no tiene un amante. Porque teniendo un amante es deshonesto con su marido. En resumen, es casada, tiene un amante y no es honesta. Es lo lógico. No se puede salir de eso. Salvo la aventura. Pero una mujer que tiene una aventura no se puede decir que tiene un amante. Ha tenido una aventura; eso es todo. Entonces, si ella confiesa a su marido que tiene un amante y se divorcian, en ese momento vuelve a ser honesta, aun teniendo un amante. ¿Y sabes por qué es honesta teniendo un amante? Porque ya no tiene marido.

HENRI.—¿Y si el marido lo sabe, porque ella se lo ha dicho,

HENRI.—¿Te extrañas de ti mismo?

PHILIPPE.—Te digo que la alegría y el buen humor con que Susana ha enfrentado esta aventura son mucho, si no todo, para continuar viviendo con ilusiones.

HENRI.—Puede ser tú. Pero yo no estoy en la misma situación que tú.

PHILIPPE.—¿Ah, no? ¿Y por qué?

HENRI.—Porque Susana es tu mujer. De ahí que todo lo veas con buen humor y soportes mejor las dificultades de la existencia. Puedes tener de vez en cuando momentos de abandono, tras los cuales emprendes la vida con nuevas energías. No estás solo, ¿comprendes?

PHILIPPE.—¡Oo, pobre Henri! Efectivamente, nuestra situación no es la misma... Pero aquí estamos los tres; tenemos que sostenernos los tres. Voy a decir a Susana que los dos juntos tenemos que pedirte perdón. Estoy seguro de que la apenará saber que quizá por un egoísmo inconsciente te hemos podido dar esta sensación de aislamiento.

HENRI.—Eres muy amable.

PHILIPPE.—Tú sabes bien que Susana y yo haríamos todo lo necesario por serte agradables.

HENRI.—Sí, pero...

PHILIPPE.—Y me parece, incluso, que Susana no hace grandes diferencias entre nosotros.

HENRI.—En eso tienes razón. Es adorable. Comprendo que no puedo reprocharos nada.

PHILIPPE.—¡Miral

(Está mirándose el pie.)

HENRI.—¿Qué?

PHILIPPE.—¡Es fantástico! Se ha formado una pequeña película sobre la ampolla. Es la leche de coco. Una tira de plástico natural.

HENRI.—Sí, ya lo veo. Un remedio para importarlo a Francia.

PHILIPPE.—El "coco-plast", una nueva especialidad farmacéutica.

HENRI.—"Descubierta por un financiero en una isla desierta." Magnífica publicidad.

PHILIPPE.—¡Una fortuna! *(Rien. Después hay un silencio.)* Sí...

En el fondo, hoy lamentas no estar casado. Yo lo he dicho siempre. Al final, la verdadera felicidad del hombre es el matrimonio.

HENRI.—Yo no lamento estar soltero.

PHILIPPE.—Ni yo no pretendo decir que la poligamia sea contra natura. Hablo de poligamia porque ser soltero es optar oficialmente por la poligamia. Tú puedes tener tres amantes a la vez sin que ninguna de ellas sospeche que estás con otras. La poligamia era y es corriente. Los orientales, ya lo sabemos, los faraones...

HENRI.—De acuerdo. Como principio no me molesta. De un lado y del otro lo encuentro perfectamente natural.

PHILIPPE.—No. De un lado como del otro, no. Para las mujeres es otra cosa.

HENRI.—¿Por qué?

PHILIPPE.—Una mujer, en general, no se ata a varios hombres a la vez.

HENRI.—Tampoco un sultán. No tiene más que una favorita. Las otras las tiene por placer.

PHILIPPE.—De acuerdo. Pero entre nosotros, una mujer honesta no tiene una docena de hombres que la esperan todo el santo día en un salón.

HENRI.—¿Pero admites que existen mujeres honestas que tienen un amante?

PHILIPPE.—¿Mujeres casadas?

HENRI.—Mujeres casadas y honestas que tienen un amante. ¿Crees que pueda ser?

PHILIPPE.—Mira, Henri... Tu proposición, mujer casada y honesta que tiene un amante, es contradictoria. Si esa mujer es casada y honesta, no tiene un amante. Porque teniendo un amante es deshonesto con su marido. En resumen, es casada, tiene un amante y no es honesta. Es lo lógico. No se puede salir de eso. Salvo la aventura. Pero una mujer que tiene una aventura no se puede decir que tiene un amante. Ha tenido una aventura; eso es todo. Entonces, si ella confiesa a su marido que tiene un amante y se divorcian, en ese momento vuelve a ser honesta, aun teniendo un amante. ¿Y sabes por qué es honesta teniendo un amante? Porque ya no tiene marido.

HENRI.—¿Y si el marido lo sabe, porque ella se lo ha dicho,

y no quiere divorciarse? ¿Si su mujer continúa siendo cariñosa con él, y si a él le gusta conservar su propia mujer, con su amante, en lugar de perderla? En ese momento, la mujer es una mujer casada, honesta y con un amante.

(Un silencio.)

PHILIPPE.—Pues sí...

HENRI.—Tiene dos hombres...

(Un silencio.)

PHILIPPE.—Pues sí...

HENRI.—Y en esas condiciones, nosotros conocemos varias parejas.

(Un silencio.)

PHILIPPE.—Es verdad.

HENRI.—De modo que ya ves que las cosas no resultan tan diferentes para una mujer como para un hombre.

PHILIPPE.—Puede ser... Pero, oye, todo esto, ¿por qué estamos hablando tú y yo sobre la poligamia?

HENRI.—A propósito de mi soltería.

PHILIPPE.—Es verdad. Perdón. Tú decías que la ausencia de una mujer a tu lado... Sí, sí, ya me acuerdo... Pero qué quieres. En esto puedo hacer tan poca cosa por ti... Aparte de Susana, el número de mujeres es limitadísimo por estas latitudes.

HENRI.—Bueno, Philippe, mira... Creo que ha llegado la hora de coger al toro por los cuernos y de dejarnos de rodeos... Amigo mío... ¿Quieres sentarte?

PHILIPPE.—¡Si acabo de levantarme!

HENRI.—Sí; ya lo sé. Pero vuélvete a sentar.

(PHILIPPE lo hace.)

PHILIPPE.—Bueno.

HENRI.—Mira... Tú ya sabes que nuestra amistad es estrecha, fraternal... Pues bien; voy a decirte una cosa que estoy seguro que no va a cambiar absolutamente nada entre nosotros. Porque tú eres un hombre inteligente y un hombre

lógico. Philippe... Escúchame bien y reflexiona antes de contestarme. No hay más que una sola solución: que compartamos a Susana.

(PHILIPPE parece no comprender nada. Su cara es totalmente inexpresiva.)

PHILIPPE.—¿...Cómo?

HENRI.—Sí..., que compartamos a Susana.

(PHILIPPE, siempre con esa calma que produce la estupefacción.)

PHILIPPE.—Creo que te has vuelto loco.

HENRI.—No.

PHILIPPE.—¿Pero es que tú me pides friamente que yo te deje...

HENRI.—A Susana.

PHILIPPE.—Me parece que estoy soñando. Claro, por eso me has dicho que me sentara.

HENRI.—Acabas de reconocer que la bigamia en una mujer no es una cosa tan extraordinaria.

PHILIPPE. (Sin gritar.)—¡Pero me ca...! ¿Es que tú crees que yo te voy a dejar a mi mujer?

HENRI.—Yo no digo que me la 'ejes. Yo digo que los dos podemos considerarla como nuestra mujer.

(La estupefacción de PHILIPPE se hace divertida.)

PHILIPPE.—¡Y lo repites! ¡Pero qué estómago tienes! Yo no te conocía en ese aspecto. ¿Pero es que tú lo estás diciendo en serio? ¡Eres un guarro!... Pero, vamos a ver... Ante todo... Supongamos que yo tomo en serio, por un solo segundo, tu proposición. ¿No te parece que la primera persona a que habría que consultar sería a Susana? Es un detalle que tiene su importancia. Tú y yo estamos hablando en pleno desvarío.

HENRI.—Es que yo ya he consultado a Susana.

PHILIPPE.—¿Ah, sí? ¿Y qué?

HENRI.—Que está de acuerdo.

PHILIPPE.—¿Cómo?

HENRI.—Mira, Philippe... Precisamente quería empezar por ahí, pero...

PHILIPPE.—¿Tú has dicho "que está de acuerdo"?

HENRI.—Pero cómo no ha de estarlo, si hace seis años que soy el amante de Susana. Hacía falta que lo supieras.

PHILIPPE.—¿Cómo?

HENRI.—Que hace seis años...

PHILIPPE.—¿Que tú eres el amante...?

HENRI.—Sí.

PHILIPPE.—Oye, Henri... ¿Toda esta catarata de bromas de mal gusto va a durar mucho tiempo? ¿Serás capaz de decirme que hasta la has hecho un hijo, o dos, o tres, y que yo no me he dado cuenta nunca de nada?

HENRI.—No. Lo que te estoy diciendo es la verdad.

PHILIPPE.—¿La verdad?

HENRI.—Sí.

PHILIPPE.—¿Eres el amante de Susana desde hace seis años?

HENRI.—Sí.

(Una pausa.)

PHILIPPE.—Bueno; mira, cuéntaselo a tu abuela.

(Se echa a reír.)

HENRI.—Que es verdad, Philippe.

PHILIPPE.—¿Pero es que me estás tomando por un idiota? Susana y yo formamos la pareja más unida de París. Estamos siempre juntos. Claro, los tres; ésa es la verdad. Y ya me supongo que habrá malas lenguas que digan de nosotros esto y lo otro. Pero yo no he podido dudar de que ella es una mujer adorable que nunca ha dejado de ser mía. Siempre alegre; siempre divertida. Hay cosas en las que uno no puede equivocarse. De modo que te doy un buen consejo: déjate de escuchar murmuraciones y no me vengas a decir que mi mujer es tu amante desde hace seis años.

(PHILIPPE ríe francamente.)

HENRI.—¿Y si te lo digo y te lo repito?

PHILIPPE.—Bueno, Henri, te creo incapaz de prolongar una estupidez de tan mal gusto.

HENRI.—¿Y si Susana lo confirma?

PHILIPPE.—Creeré que os habéis puesto de acuerdo para gastarme una broma.

HENRI.—¿Y si yo te doy mi palabra de honor?

PHILIPPE.—¿Tu palabra?

HENRI.—Sí. Te la doy.

PHILIPPE. (Consternado).—Tú... y Susana...

HENRI.—¿Por qué crees que os he acompañado en este viaje? Porque no podía soportar la idea de separarme de ella. Y Susana, que te ama profundamente, no quería privarte de tu capricho.

PHILIPPE.—Sois amantes...

HENRI.—Sí; pero en la vida yo no tengo más que un amigo. Y ese amigo por el que me dejaría cortar las manos, eres tú... Eso es verdad.

PHILIPPE.—Puede...

(PHILIPPE se ha convencido de lo que HENRI le ha dicho y hace dar vueltas en la cabeza a la nueva y sorprendente idea.)

HENRI.—Lo único que nos importaba a Susana y a mí es que no sospecharas nada. El sufrimiento nace de la duda. Y tú no has podido dudar de nosotros. Hoy te digo la verdad, bruscamente si quieres; te sorprende, te clava en el sitio por un momento, pero ya no sufrirás. ¿Sabes por qué? Porque si miras esta verdad, de frente, con el espíritu lógico que yo te conozco y te dieras cuenta de que nada ha cambiado de aquel pasado a este presente; de modo, que si hemos sido perfectamente felices durante seis años, no hay ninguna razón para que no lo sigamos siendo... ¿No te parece? ¿Pero qué te pasa? ¿Sufres, Philippe?

PHILIPPE.—En este momento, compréndelo, estoy como bajo el efecto de una anestesia. Tengo la impresión de estar bajo el agua y de no sentirla en mi piel. Como si tuviera puesta una escafandra que me parece que pesa cien kilos.

HENRI.—Es el shock... Anda, anda un poco. Y respira profundamente. (Le toma del brazo.) ¿No te duele el pie?

PHILIPPE.—No. Por ese lado la cosa no va mal.

HENRI.—Así... Respiremos bien. (Atraviesan la escena cogidos del brazo, aspirando y expulsando el aire con fuerza y ritmo; PHILIPPE, que no lleva puesto más que un zapato, cojea un

esta delicadeza? Pues muy sencillo: Que yo soy tu mujer y Henri tu mejor amigo. Lo que olvidas tú muchas veces.

PHILIPPE.—Bueno, bueno...

SUSANA.—Si puedes citarme una sola circunstancia en la que no me haya portado impecablemente contigo... Si en estos seis años encuentras algún reproche que hacerme, lo acepto... Pero te va a ser difícil.

PHILIPPE. (Abdicando).—No hablemos del pasado.

SUSANA.—Mejor es así. La situación es la misma de antes, pero ahora a pleno día. Ahora no hay engaños para nadie. ¿No tengo razón, Henri?

HENRI.—Sí... Pero calla un poco... Philippe está pensando... Quizá prefiera estar solo.

SUSANA.—¿Lo prefieres?

PHILIPPE.—No, no...

SUSANA.—Desde ahora, os llamaré a los dos "chéri".

PHILIPPE.—Como quieras... Bueno... ¿Y cómo va a pasar... lo que tiene que pasar?

SUSANA.—¿Qué quieres decir?

PHILIPPE.—Que cómo vamos a vivir a partir de ahora.

HENRI.—Pues como antes.

PHILIPPE.—Es que aquí yo no voy a la oficina.

SUSANA.—Te digo que tú no tienes por qué advertir ningún cambio extraordinario.

PHILIPPE.—Pero me gustaría poner los puntos sobre las *tes*.

SUSANA.—¡Eso es! Y todo porque hemos tenido la determinación de confesarte lo que había sido nuestro secreto... Porque que hemos tenido conciencia. Porque ni a él (Señala a HENRI) ni a mí se nos ha pasado ni un momento por la imaginación la idea de *aprovecharnos* de una de tus salidas a la pesca. Pues bien... ¡no!

PHILIPPE.—Quisiera hacer una pregunta...

HENRI.—Podrías ahorrarnos el interrogatorio. Es de muy mal gusto, Philippe, permíteme que te lo diga.

PHILIPPE.—Oye, encima de todo, no vais a echarme una bronca...

SUSANA.—Lo que hay que hacer es no hablar más... ¡Oh!

PHILIPPE.—¿Qué?

HENRI.—¿Qué?

SUSANA.—Dadme las manos, pronto. (Se toman cada uno de

una mano. Ella tiene los ojos cerrados fuertemente.) Venga, un deseo.

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Os digo que formuléis un deseo. (Pausa.) ¿Está?

PHILIPPE.—Sí.

HENRI.—Ya está.

(Ella les suelta y parece salir de un sueño prodigioso.)

SUSANA.—¡Oh!... Ha sido... extraordinario.

HENRI.—¿Quieres explicarte?

SUSANA.—¿No habéis visto una cruz blanca en el cielo?

HENRI.—¿Una cruz?

PHILIPPE.—¿Que has visto una cruz en el cielo?

SUSANA.—Blanca, cegadora. Ha estado presente mientras, con los ojos cerrados, hacía mi petición. Daba un calorcito y como estoy segura de que los tres hemos pedido lo mismo...

HENRI.—¡Ah, sí?

SUSANA.—Segurísima. (A PHILIPPE.) A ver tú... ¿Cuál ha sido tu deseo?

PHILIPPE.—Que aparezca un barco lo antes posible.

SUSANA.—¡Ah! ¿Y tú?

HENRI.—Lo mismo, naturalmente.

SUSANA.—¡Ah!

HENRI.—¿Y tú?

PHILIPPE.—¿Y tú?

SUSANA.—Nada... Qué más da.

PHILIPPE.—De modo que la que siente el calorcito eres tú y no pides nada...

HENRI.—Pero... ¿qué te pasa, amor mío?

PHILIPPE.—¿Estás llorando, cariño?

(Están a cada lado de ella y la vuelven al público.)

SUSANA. (Llorando).—Lo que he deseado yo...

(Un hipo.)

PHILIPPE.—¿Qué?

HENRI.—Dílo.

esta delicadeza? Pues muy sencillo: Que yo soy tu mujer y Henri tu mejor amigo. Lo que olvidas tú muchas veces.

PHILIPPE.—Bueno, bueno...

SUSANA.—Si puedes citarme una sola circunstancia en la que no me haya portado impecablemente contigo... Si en estos seis años encuentras algún reproche que hacerme, lo acepto... Pero te va a ser difícil.

PHILIPPE. (Abdicando).—No hablemos del pasado.

SUSANA.—Mejor es así. La situación es la misma de antes, pero ahora a pleno día. Ahora no hay engaños para nadie. ¿No tengo razón, Henri?

HENRI.—Sí... Pero calla un poco... Philippe está pensando... Quizá prefiera estar solo.

SUSANA.—¿Lo prefieres?

PHILIPPE.—No, no...

SUSANA.—Desde ahora, os llamaré a los dos "chéri".

PHILIPPE.—Como quieras... Bueno... ¿Y cómo va a pasar... lo que tiene que pasar?

SUSANA.—¿Qué quieres decir?

PHILIPPE.—Que cómo vamos a vivir a partir de ahora.

HENRI.—Pues como antes.

PHILIPPE.—Es que aquí yo no voy a la oficina.

SUSANA.—Te digo que tú no tienes por qué advertir ningún cambio extraordinario.

PHILIPPE.—Pero me gustaría poner los puntos sobre las *ies*.

SUSANA.—¡Eso es! Y todo porque hemos tenido la determinación de confesarte lo que había sido nuestro secreto... Porque hemos tenido conciencia. Porque ni a él (Señala a HENRI) ni a mí se nos ha pasado ni un momento por la imaginación la idea de *aprovecharnos* de una de tus salidas a la pesca. Pues bien... ¡no!

PHILIPPE.—Quisiera hacer una pregunta...

HENRI.—Podrías ahorrarnos el interrogatorio. Es de muy mal gusto, Philippe, permíteme que te lo diga.

PHILIPPE.—Oye, encima de todo, no vais a echarme una bronca...

SUSANA.—Lo que hay que hacer es no hablar más... ¡Oh!

PHILIPPE.—¿Qué?

HENRI.—¿Qué?

SUSANA.—Dadme las manos, pronto. (Se toman cada uno de

una mano. Ella tiene los ojos cerrados fuertemente.) Venga, un deseo.

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Os digo que formuléis un deseo. (Pausa.) ¿Está?

PHILIPPE.—Sí.

HENRI.—Ya está.

(Ella les suelta y parece salir de un sueño prodigioso.)

SUSANA.—¡Oh!... Ha sido... extraordinario.

HENRI.—¿Quieres explicarte?

SUSANA.—¿No habéis visto una cruz blanca en el cielo?

HENRI.—¿Una cruz?

PHILIPPE.—¿Que has visto una cruz en el cielo?

SUSANA.—Blanca, cegadora. Ha estado presente mientras, con los ojos cerrados, hacía mi petición. Daba un calorcito y como estoy segura de que los tres hemos pedido lo mismo...

HENRI.—¡Ah, sí?

SUSANA.—Segurísima. (A PHILIPPE.) A ver tú... ¿Cuál ha sido tu deseo?

PHILIPPE.—Que aparezca un barco lo antes posible.

SUSANA.—¡Ah! ¿Y tú?

HENRI.—Lo mismo, naturalmente.

SUSANA.—¡Ah!

HENRI.—¿Y tú?

PHILIPPE.—¿Y tú?

SUSANA.—Nada... Qué más da.

PHILIPPE.—De modo que la que siente el calorcito eres tú y no pides nada...

HENRI.—Pero... ¿qué te pasa, amor mío?

PHILIPPE.—¿Estás llorando, cariño?

(Están a cada lado de ella y la vuelven al público.)

SUSANA. (Llorando).—Lo que he deseado yo...

(Un hipo.)

PHILIPPE.—¿Qué?

HENRI.—Dilo.

SUSANA.—...Que vosotros dos os siguierais queriendo como os queríais antes.

PHILIPPE.—Pero...

HENRI.—Pero...

SUSANA.—¡Mi deseo era mucho más bonito que el vuestro!

PHILIPPE.—Desde luego, amor.

HENRI.—Es un desco que sólo se te podía ocurrir a ti.

SUSANA.—Vosotros en lugar de felicidad, pedíais un barco.

HENRI.—Nos preocupamos por ti.

PHILIPPE.—Hemos pensado los dos en el mismo barco para Susana.

HENRI.—Porque te queremos.

PHILIPPE.—Porque te queremos.

(Y ambos hombres se miran, sorprendidos. SUSANA aprovecha el momento.)

SUSANA.—Sí. ¡Hale, daros un abrazo! *(Ambos la miran.)* Estaría muy bien. *(Los dos hombres se miran estupefactos. HENRI se acerca a PHILIPPE; éste, muy digno, vuelve la cabeza. A poco se dulcifica y tiende su mano a HENRI, que la estrecha violentamente.)* Sí... ¡Así! Ahora me toca a mí daros un beso a cada uno.

(Ha puesto sus manos sobre las de ellos y, primero a uno y después al otro, los besa rápidamente.)

PHILIPPE.—¡Bueno! Pues... ¡de acuerdo!

SUSANA.—¿Qué

PHILIPPE. *(Tras una breve pausa.)*—Que... nuestra vida será como queráis vosotros.

SUSANA.—No hablemos más de eso, amor mío.

PHILIPPE.—Pero no está de más que yo esté conforme. ¿no?

SUSANA.—Sí; pero no insistas...

PHILIPPE.—Y... ¿cuándo empezamos?

SUSANA.—¿Cuándo empezamos, qué?

PHILIPPE.—Empezamos o... continuamos.

SUSANA.—Eso está mejor. Lo que quieres saber es cuándo empezamos a continuar.

PHILIPPE.—Bueno. *(Pausa.)* Os dejo... Voy a pescar.

HENRI.—¡Ah, no!

PHILIPPE.—Tendré que pescar algo si queremos cenar esta noche.

HENRI.—Está bien. Pero no puedes dejarnos lanzándonos ese "voy a pescar", como...

PHILIPPE.—¿Cómo qué? Voy a pescar, esto es todo.

SUSANA.—Advirtiéndonos que te vas a pescar parece como si quisiéramos que tú... estabas de pesca. Es humillante para nosotros.

PHILIPPE.—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

SUSANA.—Irte, pero sin decírnoslo.

PHILIPPE.—Está bien...

(Inicia la salida de puntillas.)

SUSANA. *(Ríe, pero al mismo tiempo está furiosa.)*—¡Ah, no! Eso no tiene gracia.

PHILIPPE.—¿Qué?

SUSANA.—Te vas de puntillas como si fueras un ladrón. ¡Es absurdo!

PHILIPPE.—Me voy de puntillas o como puedo. Estoy descalzo y estas piedras me hacen un daño terrible.

SUSANA.—¡Ah! Si es por eso...

(Vuelve a reír, esta vez francamente.)

HENRI.—No te vayas, Philippe. Quédate.

PHILIPPE.—Que tenemos que cenar.

SUSANA.—Y si no comemos, ¿qué pasa? Quédate. Henri tiene razón.

PHILIPPE.—¿A qué viene esto?

HENRI.—Viene a que me doy cuenta de que nunca podrás dejarnos solos, sin que nos des a entender que vas pensando en algo.

PHILIPPE.—¡Hombre!, unas veces porque digo que voy a pescar, otras porque me voy y no digo nada. Entonces es que voy pensando en algo...

HENRI.—Lo que no puede ser es que te vayas con la sospecha de lo que podemos hacer cuando nos quedemos solos.

PHILIPPE.—¡Ah, vamos! Cuando os he preguntado hace unos instantes cómo íbamos a organizar nuestras vidas, me habéis respondido a gritos, estudiando la respuesta: "No hablemos

SUSANA.—...Que vosotros dos os siguierais queriendo como os queráis antes.

PHILIPPE.—Pero...

HENRI.—Pero...

SUSANA.—¡Mi deseo era mucho más bonito que el vuestro!

PHILIPPE.—Desde luego, amor.

HENRI.—Es un deseo que sólo se te podía ocurrir a ti.

SUSANA.—Vosotros en lugar de felicidad, pedíais un barco.

HENRI.—Nos preocupamos por ti.

PHILIPPE.—Hemos pensado los dos en el mismo barco para Susana.

HENRI.—Porque te queremos.

PHILIPPE.—Porque te queremos.

(Y ambos hombres se miran, sorprendidos. SUSANA aprovecha el momento.)

SUSANA.—Sí. ¡Hale, daros un abrazo! *(Ambos la miran.)* Estaría muy bien. *(Los dos hombres se miran estupefactos. HENRI se acerca a PHILIPPE; éste, muy digno, vuelve la cabeza. A poco se dulcifica y tiende su mano a HENRI, que la estrecha violentamente.)* Sí... ¡Así! Ahora me toca a mí daros un beso a cada uno.

(Ha puesto sus manos sobre las de ellos y, primero a uno y después al otro, los besa rápidamente.)

PHILIPPE.—¡Bueno! Pues... ¡de acuerdo!

SUSANA.—¿Qué

PHILIPPE. *(Tras una breve pausa.)*—Que... nuestra vida será como queráis vosotros.

SUSANA.—No hablemos más de eso, amor mío.

PHILIPPE.—Pero no está de más que yo esté conforme, ¿no?

SUSANA.—Sí; pero no insistas...

PHILIPPE.—Y... ¿cuándo empezamos?

SUSANA.—¿Cuándo empezamos, qué?

PHILIPPE.—Empezamos o... continuamos.

SUSANA.—Eso está mejor. Lo que quieres saber es cuándo empezamos a continuar.

PHILIPPE.—Bueno. *(Pausa.)* Os dejo... Voy a pescar.

HENRI.—¡Ah, no!

PHILIPPE.—Tendré que pescar algo si queremos cenar esta noche.

HENRI.—Está bien. Pero no puedes dejarnos lanzándonos ese "voy a pescar", como...

PHILIPPE.—¿Cómo qué? Voy a pescar, esto es todo.

SUSANA.—Advirtiéndonos que te vas a pescar parece como si quisiéramos que tú... estabas de pesca. Es humillante para nosotros.

PHILIPPE.—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

SUSANA.—Irte, pero sin decirnoslo.

PHILIPPE.—Está bien...

(Inicia la salida de puntillas.)

SUSANA. *(Ríe, pero al mismo tiempo está furiosa.)*—¡Ah, no! Eso no tiene gracia.

PHILIPPE.—¿Qué?

SUSANA.—Te vas de puntillas como si fueras un ladrón. ¡Es absurdo!

PHILIPPE.—Me voy de puntillas o como puedo. Estoy descalzo y estas piedras me hacen un daño terrible.

SUSANA.—¡Ah! Si es por eso...

(Vuelve a reír, esta vez francamente.)

HENRI.—No te vayas, Philippe. Quédate.

PHILIPPE.—Que tenemos que cenar.

SUSANA.—Y si no comemos, ¿qué pasa? Quédate. Henri tiene razón.

PHILIPPE.—¿A qué viene esto?

HENRI.—Viene a que me doy cuenta de que nunca podrás dejarnos solos, sin que nos des a entender que vas pensando en algo.

PHILIPPE.—¡Hombre!, unas veces porque digo que voy a pescar, otras porque me voy y no digo nada. Entonces es que voy pensando en algo...

HENRI.—Lo que no puede ser es que te vayas con la sospecha de lo que podemos hacer cuando nos quedemos solos.

PHILIPPE.—¡Ah, vamos! Cuando os he preguntado hace unos instantes cómo íbamos a organizar nuestras vidas, me habéis respondido a gritos, eludiendo la respuesta: "No hablemos

más". Bueno. Y al cabo de cinco minutos, declararás que las cosas resultan imposibles si no se toma alguna disposición. Es preciso ser lógico. Me habéis puesto al corriente de una situación que ignoraba, pidiéndome que aceptara otro modo de vida en común que el que veníamos practicando en esta isla. En vuestro razonamiento había una lógica irrefutable. Y he aceptado. Pero hablando de condiciones. Si no esto será un desastre.

(Pausa.)

HENRI.—Hablemos.

SUSANA.—¡Qué horror! ¿Me permitís que me vaya?

PHILIPPE.—Es que se trata de ti. Es precisa tu presencia.

SUSANA.—Como queráis.

PHILIPPE.—Tengo una idea.

SUSANA.—Y yo otra.

HENRI.—¿Cuál?

SUSANA.—Que yo duerma en la cabaña pequeña y vosotros dos en la grande.

PHILIPPE.—¡No, no!

HENRI.—¡No, no!

SUSANA.—¿No?

PHILIPPE.—No. Empleando términos ya usados, se trata de compartir tu presencia y tu afecto.

SUSANA.—Lo has dicho muy bien.

PHILIPPE.—Y de tu afecto y de tu presencia nos beneficiamos tanto Henri como yo durante todo el día.

SUSANA.—Cuando él quiere es hasta galante.

PHILIPPE.—Quedan las noches.

SUSANA.—¿Las noches?

PHILIPPE.—Sí, ¿qué hacemos de las noches?

HENRI.—¿Se te ha ocurrido algo?

PHILIPPE.—Cuatro noches cada uno. O una semana, como preferáis.

(Gestos de HENRI y de SUSANA, a los que no se les había ocurrido tal cosa.)

SUSANA.—¡Aaaaah! No está mal. Eres un organizador maravilloso. Se comprende que hayas tenido éxito en los negocios.

PHILIPPE.—¿Estáis de acuerdo?

HENRI.—Pues... sí.

SUSANA.—¿En los cuatro días o en la semana?

PHILIPPE.—Decide tú, cariño.

SUSANA.—Yo prefiero una semana.

PHILIPPE.—¿Una semana?

SUSANA.—¡Oh, sí!

PHILIPPE.—Entonces... desde esta noche... Henri...

HENRI.—¡Oh, no! Tú primero. Eres el marido.

SUSANA.—Es extraordinario. (Se acerca a HENRI.) Iré a darte las buenas noches antes de acostarme.

PHILIPPE.—Bueno, todo en orden. Y ahora me voy a pescar.

(Sale. Una pausa.)

HENRI.—¡Qué estómago tiene este hombre!

SUSANA.—No pierde nunca la cabeza.

HENRI.—Al final se hace lo que él quiere.

SUSANA.—Es un amor.

(Pequeña pausa.)

HENRI.—Quizás he sido demasiado brutal al decírselo.

SUSANA.—Siempre lo mismo. Prendes la mecha y luego te lamentas del fuego... Ya no hay remedio. Se lo has dicho.

HENRI.—Sí.

(Pausa.)

SUSANA.—¡Vaya! También te ha dado el zapato...

HENRI.—Sí..., quiere acostumbrarse a andar descalzo.

SUSANA.—Henri... De modo que esta noche...

HENRI.—Esta noche... ¿qué?

SUSANA.—¿En que estás pensando?

HENRI.—En nada.

SUSANA.—¿Te aburres? Amor mío...

HENRI.—¿Sabes lo que voy a hacer? Irme con Philippe a ver si pescamos algo.

(Sale.)

SUSANA. (Le sigue con la mirada.)—Mi cariño... (De pronto se da cuenta de su verdadera situación.) Mis cariños...

TELON

más". Bueno. Y al cabo de cinco minutos, declararás que las cosas resultan imposibles si no se toma alguna disposición. Es preciso ser lógico. Me habéis puesto al corriente de una situación que ignoraba, pidiéndome que aceptara otro modo de vida en común que el que veníamos practicando en esta isla. En vuestro razonamiento había una lógica irrefutable. Y he aceptado. Pero hablando de condiciones. Si no esto será un desastre.

(Pausa.)

HENRI.—Hablemos.

SUSANA.—¡Qué horror! ¿Me permitís que me vaya?

PHILIPPE.—Es que se trata de ti. Es precisa tu presencia.

SUSANA.—Como queráis.

PHILIPPE.—Tengo una idea.

SUSANA.—Y yo otra.

HENRI.—¿Cuál?

SUSANA.—Que yo duerma en la cabaña pequeña y vosotros dos en la grande.

PHILIPPE.—¡No, no!

HENRI.—¡No, no!

SUSANA.—¿No?

PHILIPPE.—No. Empleando términos ya usados, se trata de compartir tu presencia y tu afecto.

SUSANA.—Lo has dicho muy bien.

PHILIPPE.—Y de tu afecto y de tu presencia nos beneficiamos tanto Henri como yo durante todo el día.

SUSANA.—Cuando él quiere es hasta galante.

PHILIPPE.—Quedan las noches.

SUSANA.—¿Las noches?

PHILIPPE.—Sí, ¿qué hacemos de las noches?

HENRI.—¿Se te ha ocurrido algo?

PHILIPPE.—Cuatro noches cada uno. O una semana, como preferiréis.

(Gestos de HENRI y de SUSANA, a los que no se les había ocurrido tal cosa.)

SUSANA.—¡Aaaaah! No está mal. Eres un organizador maravilloso. Se comprende que hayas tenido éxito en los negocios.

PHILIPPE.—¿Estáis de acuerdo?

HENRI.—Pues... sí.

SUSANA.—¿En los cuatro días o en la semana?

PHILIPPE.—Decide tú, cariño.

SUSANA.—Yo prefiero una semana.

PHILIPPE.—¿Una semana?

SUSANA.—¡Oh, sí!

PHILIPPE.—Entonces... desde esta noche... Henri...

HENRI.—¡Oh, no! Tú primero. Eres el marido.

SUSANA.—Es extraordinario. (Se acerca a HENRI.) Iré a darte las buenas noches antes de acostarme.

PHILIPPE.—Bueno, todo en orden. Y ahora me voy a pescar.

(Sale. Una pausa.)

HENRI.—¡Qué estómago tiene este hombre!

SUSANA.—No pierde nunca la cabeza.

HENRI.—Al final se hace lo que él quiere.

SUSANA.—Es un amor.

(Pequeña pausa.)

HENRI.—Quizás he sido demasiado brutal al decírselo.

SUSANA.—Siempre lo mismo. Prendes la mecha y luego te lamentas del fuego... Ya no hay remedio. Se lo has dicho.

HENRI.—Sí.

(Pausa.)

SUSANA.—¡Vaya! También te ha dado el zapato...

HENRI.—Sí..., quiere acostumbrarse a andar descalzo.

SUSANA.—Henri... De modo que esta noche...

HENRI.—Esta noche... ¿qué?

SUSANA.—¿En que estás pensando?

HENRI.—En nada.

SUSANA.—¿Te abuytes? Amor mío...

HENRI.—¿Sabes lo que voy a hacer? Irme con Philippe a ver si pescamos algo.

(Sale.)

SUSANA. (Le sigue con la mirada.)—Mi cariño... (De pronto se da cuenta de su verdadera situación.) Mis cariños...

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. La camisa de Philippe se seca al sol, colgada del mástil. Al pie de éste, una plancha de corcho expuesta al sol.

(Al levantarse el telón, PHILIPPE está acabando de afeitarse, sin espejo naturalmente. No lleva más que el pantalón y una camiseta. Está sentado.)

PHILIPPE.—¡Chérie! (Pausa.) ¡Chérie!

SUSANA. (Apareciendo por la cabaña pequeña.)—¿Me llamas a mí?

PHILIPPE.—¿A quién quieres que sea?

SUSANA.—Cree haber oído "Henri". ¡Como sólo acentúas la última sílaba! Es difícil adivinar...

PHILIPPE.—No es exacto que sólo acentúe la última sílaba; pero bien mirado, si consideras..., ¿cómo te diría?... la técnica de cualquier llamada, verás que el acento sobre la última sílaba es normal. (Da un ejemplo gritando.) ¡Hen-ri!

SUSANA.—Pero también se puede llamar de otra manera. Mira: ¡Hen-riiii!

PHILIPPE.—Sí; pero es una llamada más íntima, más particular. Es más bien, un recuerdo. Y mucho más cariñoso (Imitando.) "Hen-ri". Se tiene la impresión de estar llamando a un perrito que aguarda; es otra cosa. Cuando gritas: ¡Hen-riiii!, eso es una llamada; y no hay error posible. ¿Comprendes? "Hen-ri".

(Aparece HENRI sofocado.)

LA PEQUEÑA CABAÑA

33

HENRI.—¿Qué pasa? ¡Barco a la vista!

PHILIPPE.—¡Nada de eso!

HENRI.—¿Cómo que nada?

(PHILIPPE y SUSANA ríen a carcajadas.)

SUSANA.—Es que Philippe me explicaba que llamando "Hen-ri" en lugar de "Hen-ri", no hay error posible.

HENRI.—¿Y para eso me habéis hecho correr como un endemoniado?

PHILIPPE.—Pero ¡si no te llamábamos! Y volveremos a hacerlo. Vuelve a la caza. ¿Va bien? ¿Has visto algo?

HENRI.—No; no he podido ver nada. ¡Creei que os estaban degollando!

SUSANA.—¡Pobrecito mío! (Le da un beso furtivo.) Anda... Mientras voy a arreglar tu casa.

HENRI.—Bien, y si queréis que os conteste, un silbido. Mira que hacerme correr los cien metros y a esa velocidad para nada...

(Sale.)

PHILIPPE. (Riendo.)—¡Está furioso!

SUSANA.—¡Furiosísimo! Es una buena idea esa de silbar... Sólo que a mí no me sale el silbido ese de los carreteros. (Silba normalmente.) Esto es lo más que puedo hacer.

PHILIPPE.—No es mucho para llamar a uno de un extremo al otro de la isla. Fíjate en mí: escucha.

(Se mete dos dedos en la boca y lanza un silbido estridente.)

VOZ HENRI. (A lo lejos, excitada.)—¿Qué? ¿Qué?

SUSANA.—¡Caramba! (Ríen los dos. Y ella grita.) ¡No! ¡No es nada! (A PHILIPPE.) Pero... oye... No te conocía esa habilidad. ¿Es que has sido vaquero del Oeste en tu juventud?

PHILIPPE.—No; pero antes de entregarme a los negocios..., ¿sabes?

SUSANA.—¿No me irás a decir que estuviste en un circo?

PHILIPPE.—Pues sí. Fui domador de leones. ¿Ves esta cicatriz que tengo aquí...?

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. La camisa de Philippe se seca al sol, colgada del mástil. Al pie de éste, una plancha de corcho expuesta al sol.

(Al levantarse el telón, PHILIPPE está acabando de afeitarse, sin espejo naturalmente. No lleva más que el pantalón y una camiseta. Está sentado.)

PHILIPPE.—¡Chérie! (Pausa.) ¡Chérie!
SUSANA. (Apareciendo por la cabaña pequeña.)—¿Me llamas a mí?

PHILIPPE.—¿A quién quieres que sea?

SUSANA.—Creí haber oído "Henri". ¡Como sólo acentúas la última sílaba! Es difícil adivinar...

PHILIPPE.—No es exacto que sólo acentúe la última sílaba; pero bien mirado, si consideras..., ¿cómo te diría?... la técnica de cualquier llamada, verás que el acento sobre la última sílaba es normal. (Da un ejemplo gritando.) ¡Hen-ri!

SUSANA.—Pero también se puede llamar de otra manera. Mira: ¡Hen-riiii!

PHILIPPE.—Sí; pero es una llamada más íntima, más particular. Es más bien, un recuerdo. Y mucho más cariñoso (Imitando.) "Hen-ri". Se tiene la impresión de estar llamando a un perrito que aguarda; es otra cosa. Cuando gritas: ¡Hen-riiii!, eso es una llamada; y no hay error posible. ¿Comprendes? "Hen-ri".

(Aparece HENRI sofocado.)

LA PEQUEÑA CABAÑA

33

HENRI.—¿Qué pasa? ¿Barco a la vista?

PHILIPPE.—¡Nada de eso!

HENRI.—¿Cómo que nada?

(PHILIPPE y SUSANA ríen a carcajadas.)

SUSANA.—Es que Philippe me explicaba que llamando "Hen-ri" en lugar de "Hen-ri", no hay error posible.

HENRI.—¿Y para eso me habéis hecho correr como un endemoniado?

PHILIPPE.—Pero ¡si no te llamábamos! Y volveremos a hacerlo. Vuelve a la caza. ¿Va bien? ¿Has visto algo?

HENRI.—No; no he podido ver nada. ¡Creí que os estaban degollando!

SUSANA.—¡Pobrecito mío! (Le da un beso furtivo.) Anda... Mientras voy a arreglar tu casa.

HENRI.—Bien, y si queréis que os conteste, un silbido. Mira que hacerme correr los cien metros y a esa velocidad para nada...

(Sale.)

PHILIPPE. (Riendo.)—¡Está furioso!

SUSANA.—¡Furiosísimo! Es una buena idea esa de silbar... Sólo que a mí no me sale el silbido ese de los carreteros. (Silba normalmente.) Esto es lo más que puedo hacer.

PHILIPPE.—No es mucho para llamar a uno de un extremo al otro de la isla. Fíjate en mí: escucha.

(Se mete dos dedos en la boca y lanza un silbido estridente.)

VOZ HENRI. (A lo lejos, excitada.)—¿Qué? ¿Qué?

SUSANA.—¡Caramba! (Ríen los dos. Y ella grita.) ¡No! ¡No es nada! (A PHILIPPE.) Pero... oye... No te conocía esa habilidad. ¿Es que has sido vaquero del Oeste en tu juventud?

PHILIPPE.—No; pero antes de entregarme a los negocios..., ¿sabes?

SUSANA.—¿No me irás a decir que estuviste en un circo?

PHILIPPE.—Pues sí. Fui domador de leones. ¿Ves esta cicatriz que tengo aquí...?

SUSANA.—¿Dónde?

PHILIPPE.—Junto al ojo derecho.

SUSANA.—Necesitaría una lupa. Ni se ve.

PHILIPPE.—Pues es un zarpazo del célebre "Sultán". Me atrapó así...

(Lanza su brazo derecho en derredor del cuello de SUSANA y la atrae sobre sus rodillas.)

SUSANA.—¡Philippe!

PHILIPPE.—Era un león malísimo.

SUSANA.—Philippe, deja de hacer el idiota.

PHILIPPE.—...Un león malo, que quería abrazarme... a su manera.

(La abraza. Ella se desprende.)

SUSANA.—¡Philippe! ¿Es que te has vuelto loco?

PHILIPPE.—¡Oh... los leones! ¡Hay que desconfiar de ellos, de los leones!

SUSANA.—¡Estás completamente loco! Me has arañado...

PHILIPPE.—¿Lo ves?

SUSANA.—¿Qué?

PHILIPPE.—Ya ves... lo peligrosos que resultan.

SUSANA.—¿Los locos? ¡Ya lo sé! Sobre todo porque los que se ponen crema de ostras en la cara...

PHILIPPE.—¡Es verdad! ¿Sabes que es maravillosa?

SUSANA.—No me gusta oler a ostra cuando te beso.

PHILIPPE.—¡Sí... de acuerdo! Pero es sorprendente.

SUSANA.—No paras de hacer descubrimientos. La leche de coco para las ampollas; y una crema de afeitar "sorprendente", aplastándote una ostra en la cara...

PHILIPPE.—¡No conozco ninguna crema que deje un frescor parecido en la piel! ¡Te lo aseguro!

SUSANA.—Te creo. Pero es que yo no tengo necesidad de afeitarme.

PHILIPPE.—¿A dónde vas?

SUSANA.—A arreglar la cabaña de Henri...

PHILIPPE.—¡Si ya está arreglada!

SUSANA.—¡No! Hoy cambio las sábanas...; es decir, las hojas de palmera. Si no, cualquier mañana se levanta con reuma.

PHILIPPE.—Ya lo harás luego. Puedes quedarte conmigo un momento, ¿no?

SUSANA.—Sí; pero ¿qué te pasa?

PHILIPPE.—Nada... Que tengo deseos de estar a tu lado.

SUSANA.—¿No se te ha secado aún la camisa?

PHILIPPE.—¿Por qué?

SUSANA.—Porque preferiría que la llevases. Así pareces un panadero.

PHILIPPE.—Estará seca dentro de un rato. Pero me pondré el frac y así estaré más presentable.

SUSANA.—Tendrás mucho calor...

PHILIPPE.—Sí; pero no pareceré un panadero. Quiero tener el aspecto de tu marido.

SUSANA.—Bueno... Pero no hagas más el león...

PHILIPPE.—¿Te molesta?

SUSANA.—En estas horas, sí.

PHILIPPE.—¿Cómo? ¿Sólo me quieres a determinadas horas? Ya verás como dentro de poco encontraré una planta olorosa para después del afeitado; verás a lo que saben los besos. *(Coge un coco que está cerca de él.)* Entre tanto, la leche de coco no va mal. Voy a quedar limpio y azucarado como un bombón.

(Se frota el rostro con leche de la nuez.)

SUSANA.—Pero, amor mío, no hay necesidad de que nos besemos cada vez que te afeitas...

PHILIPPE.—¿Y si le entran a uno las ganas, qué?

SUSANA.—Me parece que tú vas teniendo ganas con demasiada frecuencia...

PHILIPPE.—Eso es verdad. Desde hace tres días... soy otro. Desde que he empezado mi semana.

SUSANA.—¡Ah! Ya.

PHILIPPE.—La semana en la que tú eres mi mujer; y ¿sabes de lo que me estoy dando cuenta? Pues que ya no me siento nada paternal.

SUSANA.—A quién se lo vas a decir.

PHILIPPE.—Me siento tu marido como nunca me sentí. ¿No somos felices los dos?

SUSANA.—Sí, Philippe.

PHILIPPE.—¿Por qué me llamas Philippe?

SUSANA.—¿Dónde?

PHILIPPE.—Junto al ojo derecho.

SUSANA.—Necesitaría una lupa. Ni se ve.

PHILIPPE.—Pues es un zarpazo del célebre "Sultán". Me atrapó así...

(Lanza su brazo derecho en derredor del cuello de SUSANA y la atrae sobre sus rodillas.)

SUSANA.—¡Philippe!

PHILIPPE.—Era un león malísimo.

SUSANA.—Philippe, deja de hacer el idiota.

PHILIPPE.—...Un león malo, que quería abrazarme... a su manera.

(La abraza. Ella se desprende.)

SUSANA.—¡Philippe! ¿Es que te has vuelto loco?

PHILIPPE.—¡Oh... los leones! ¡Hay que desconfiar de ellos, de los leones!

SUSANA.—¡Estás completamente loco! Me has arañado...

PHILIPPE.—¿Lo ves?

SUSANA.—¿Qué?

PHILIPPE.—Ya ves... lo peligrosos que resultan.

SUSANA.—¿Los locos? ¡Ya lo sé! Sobre todo porque los que se ponen crema de ostras en la cara...

PHILIPPE.—¡Es verdad! ¿Sabes que es maravillosa?

SUSANA.—No me gusta oler a ostra cuando te beso.

PHILIPPE.—¡Sí... de acuerdo! Pero es sorprendente.

SUSANA.—No paras de hacer descubrimientos. La leche de coco para las ampollas; y una crema de afeitar "sorprendente", aplastándote una ostra en la cara...

PHILIPPE.—¡No conozco ninguna crema que deje un frescor parecido en la piel! ¡Te lo aseguro!

SUSANA.—Te creo. Pero es que yo no tengo necesidad de afeitarme.

PHILIPPE.—¿A dónde vas?

SUSANA.—A arreglar la cabaña de Henri...

PHILIPPE.—¡Si ya está arreglada!

SUSANA.—¡No! Hoy cambio las sábanas...; es decir, las hojas de palmera. Si no, cualquier mañana se levanta con reuma.

PHILIPPE.—Ya lo harás luego. Puedes quedarte conmigo un momento, ¿no?

SUSANA.—Sí; pero ¿qué te pasa?

PHILIPPE.—Nada... Que tengo deseos de estar a tu lado.

SUSANA.—¿No se te ha secado aún la camisa?

PHILIPPE.—¿Por qué?

SUSANA.—Porque preferiría que la llevases. Así pareces un panadero.

PHILIPPE.—Estará seca dentro de un rato. Pero me pondré el frac y así estaré más presentable.

SUSANA.—Tendrás mucho calor...

PHILIPPE.—Sí; pero no pareceré un panadero. Quiero tener el aspecto de tu marido.

SUSANA.—Bueno... Pero no hagas más el león...

PHILIPPE.—¿Te molesta?

SUSANA.—En estas horas, sí.

PHILIPPE.—¿Cómo? ¿Sólo me quieres a determinadas horas? Ya verás como dentro de poco encontraré una planta olorosa para después del afeitado; verás a lo que saben los besos. *(Coge un coco que está cerca de él.)* Entre tanto, la leche de coco no va mal. Voy a quedar limpio y azucarado como un bombón.

(Se frota el rostro con leche de la nuez.)

SUSANA.—Pero, amor mío, no hay necesidad de que nos besemos cada vez que te afeitas...

PHILIPPE.—¿Y si le entran a uno las ganas, qué?

SUSANA.—Me parece que tú vas teniendo ganas con demasiada frecuencia...

PHILIPPE.—Eso es verdad. Desde hace tres días... soy otro. Desde que he empezado mi semana.

SUSANA.—¡Ah! Ya.

PHILIPPE.—La semana en la que tú eres mi mujer; y ¿sabes de lo que me estoy dando cuenta? Pues que ya no me siento nada paternal.

SUSANA.—A quién se lo vas a decir.

PHILIPPE.—Me siento tu marido como nunca me sentí. ¿No somos felices los dos?

SUSANA.—Sí, Philippe.

PHILIPPE.—¿Por qué me llamas Philippe?

SUSANA.—Porque te llamas Philippe.

PHILIPPE.—¡Eso es verdad!

SUSANA. (Riendo.)—¡Idiota!

PHILIPPE.—¡Ríete otra vez!

SUSANA.—¿Qué?

PHILIPPE.—Que te rías otra vez un poco.

SUSANA.—Pero ¿de qué?

PHILIPPE.—De nada.

SUSANA.—Oye: no soy una idiota... ¿Y por qué quieres que me ría así, sin ton ni son?

PHILIPPE.—Porque me gusta a mí.

SUSANA.—Philippe... Pero no puedo... Si me pidieras que hiciera volatines, lo intentaría; pero lo que no puedo hacer es ponerme a reír como una gansa... Aunque fuera por complacerte.

PHILIPPE.—Entonces no rías. Dame la mano.

SUSANA.—¿Quieres leerme las líneas de la mano? No sabes.

PHILIPPE. (Como SUSANA en el primer acto.)—¡Oh!

SUSANA.—¿Qué?

PHILIPPE.—¡Formula un deseo! ¡Rápido!

SUSANA.—¿Para qué?

PHILIPPE.—¡En seguida!

SUSANA. (Cerrando fuertemente los ojos.)—Ya está...

PHILIPPE. (Estático.)—¡Oh, oh, oh! ¡Era extraordinario!

SUSANA.—¿Qué has visto?

PHILIPPE. (Con el mismo juego.)—¡Oh! ¡No has visto esa gran cruz blanca en el cielo?

(Muerto de risa.)

SUSANA. (Golpeándole.)—¡Idiota, más que idiota!

PHILIPPE.—¡Te lo juro! ¡Una cruz formidable, con plátanos colgando por todas partes!

SUSANA.—No me gusta que te burles de esas cosas.

PHILIPPE.—Tienes razón. Son cosas muy serias.

SUSANA.—Tómalo a broma.

PHILIPPE.—¡Me encanta verte hecha una furia!

SUSANA.—Lo has conseguido. ¡Estoy hecha una furia!

PHILIPPE.—Ya lo veo.

SUSANA.—¿Y lo encuentras divertido, no?

PHILIPPE.—Me gustas mucho cuando te enfadas. Ven, ángel mío...

SUSANA.—¡No!

PHILIPPE.—¿No quieres que te pida perdón?

SUSANA.—¡No!

PHILIPPE.—Bueno, pues nos divorciamos.

SUSANA.—De acuerdo.

PHILIPPE.—No volveré a besarte en todo lo que queda de semana.

SUSANA.—¡Estupendo!

PHILIPPE.—No se hable más.

SUSANA.—Eso es... Philippe, ¿quieres contestar tú al teléfono?

PHILIPPE. (Maquinalmente.)—Sí... (Se vuelve para hacerlo y estalla furioso.) ¡Ah, no! Es la tercera vez que me haces lo mismo...

SUSANA. (Riendo a carcajadas.)—¡Y tú picas!

PHILIPPE.—Sí... Pico.

SUSANA.—¡Estás furioso!

PHILIPPE.—¡Sí!

SUSANA.—Me gusta mucho verte enfadado.

PHILIPPE.—Ya te enseñaré yo...

(La coge en vilo.)

SUSANA.—¡No! ¡No, Philippe!

PHILIPPE.—Yo te enseñaré a burlarte.

(La mantiene contra sí.)

SUSANA.—¡Philippe! ¡Amor... Philippe...! ¡Te lo suplico!

PHILIPPE.—¿Me lo suplicas?

SUSANA.—¡Sí!

PHILIPPE.—¿Me pides perdón?

SUSANA.—¡Sí!

PHILIPPE.—¿Juras a tu marido que serás la más amante de las esposas?

SUSANA.—¡Sí!

PHILIPPE.—¿Y que no volverás a mandarle que conteste al teléfono en una isla desierta?

SUSANA.—Lo juro.

SUSANA.—Porque te llamas Philippe.
 PHILIPPE.—¡Eso es verdad!
 SUSANA. (Riendo).—¡Idiota!
 PHILIPPE.—¡Ríete otra vez!
 SUSANA.—¿Qué?
 PHILIPPE.—Que te rías otra vez un poco.
 SUSANA.—Pero ¿de qué?
 PHILIPPE.—De nada.
 SUSANA.—Oye: no soy una idiota... ¿Y por qué quieres que me ría así, sin ton ni son?
 PHILIPPE.—Porque me gusta a mí.
 SUSANA.—Philippe... Pero no puedo... Si me pidieras que hiciera volatines, lo intentaría; pero lo que no puedo hacer es ponerme a reír como una gansa... Aunque fuera por complacerte.
 PHILIPPE.—Entonces no rías. Dame la mano.
 SUSANA.—¿Quieres lectme las líneas de la mano? No sabes.
 PHILIPPE. (Como SUSANA en el primer acto).—¡Oh!
 SUSANA.—¿Qué?
 PHILIPPE.—¡Formula un deseo! ¡Rápido!
 SUSANA.—¿Para qué?
 PHILIPPE.—¡En seguida!
 SUSANA. (Cerrando fuertemente los ojos).—Ya está...
 PHILIPPE. (Estático).—¡Oh, oh, oh! ¡Era extraordinario!
 SUSANA.—¿Qué has visto?
 PHILIPPE. (Con el mismo juego).—¡Oh! ¿No has visto esa gran cruz blanca en el cielo?

(Muerto de risa.)

SUSANA. (Golpeándole).—¡Idiota, más que idiota!
 PHILIPPE.—¡Te lo juro! ¡Una cruz formidable, con plátanos colgando por todas partes!
 SUSANA.—No me gusta que te burles de esas cosas.
 PHILIPPE.—Tienes razón. Son cosas muy serias.
 SUSANA.—Tómalo a broma.
 PHILIPPE.—¡Me encanta verte hecha una furia!
 SUSANA.—Lo has conseguido. ¡Estoy hecha una furia!
 PHILIPPE.—Ya lo veo.
 SUSANA.—¿Y lo encuentras divertido, no?

PHILIPPE.—Me gustas mucho cuando te enfadas. Ven, ángel mío...
 SUSANA.—¡No!
 PHILIPPE.—¿No quieres que te pida perdón?
 SUSANA.—¡No!
 PHILIPPE.—Bueno, pues nos divorciamos.
 SUSANA.—De acuerdo.
 PHILIPPE.—No volveré a besarte en todo lo que queda de semana.
 SUSANA.—¡Estupendo!
 PHILIPPE.—No se hable más.
 SUSANA.—Eso es... Philippe, ¿quieres contestar tú al teléfono?
 PHILIPPE. (Maquinalmente).—Sí... (Se vuelve para hacerlo y estalla furioso.) ¡Ah, no! Es la tercera vez que me haces lo mismo...
 SUSANA. (Riendo a carcajadas).—¡Y tú picas!
 PHILIPPE.—Sí... Pico.
 SUSANA.—¡Estás furioso!
 PHILIPPE.—¡Sí!
 SUSANA.—Me gusta mucho verte enfadado.
 PHILIPPE.—Ya te enseñaré yo...

(La coge en vilo.)

SUSANA.—¡No! ¡No, Philippe!
 PHILIPPE.—Yo te enseñaré a burlarte.

(La mantiene contra sí.)

SUSANA.—¡Philippe! ¡Amor... Philippe...! ¡Te lo suplico!
 PHILIPPE.—¿Me lo suplicas?
 SUSANA.—¡Sí!
 PHILIPPE.—¿Me pides perdón?
 SUSANA.—¡Sí!
 PHILIPPE.—¡Juras a tu marido que serás la más amante de las esposas?
 SUSANA.—¡Sí!
 PHILIPPE.—¿Y que no volverás a mandarle que conteste al teléfono en una isla desierta?
 SUSANA.—Lo juro.

PHILIPPE.—Está bien. Tu marido te perdona.

(La suelta.)

SUSANA.—¿Eso es todo?

PHILIPPE.—¿Qué?

SUSANA.—¿No me besas?

PHILIPPE.—No.

SUSANA.—¿Es una suerte! (El la coge inmediatamente.) ¡No!

¡Socorro!

PHILIPPE.—Mírame.

SUSANA.—¿Eres extraordinario!

PHILIPPE.—¿Me quieres?

SUSANA.—Ya lo sabes...

(Se miran y luego se besan largamente. Por la izquierda entra HENRI con una rama en la que han quedado prisioneros tres pájaros.)

HENRI.—¡Ah! ¡Perdón!

(PHILIPPE y SUSANA se separan.)

PHILIPPE.—¡Oh! Eres tú...

HENRI.—Perdón otra vez...

PHILIPPE.—¿Por Dios, no tiene importancia!

SUSANA.—¿Tres?

HENRI.—Ya los ves.

PHILIPPE.—Tienes mejores condiciones para la caza que para la pesca.

HENRI.—¡Pero no tengo arte ni parte en esta caza! Me limito a traer los pájaros que han querido dejarse atrapar. ¿Qué hago con ellos?

SUSANA.—Dáselos a Philippe. El se da mucha maña para matarlos y los despluma. Inmediatamente vuestra cocinera se pondrá manos a la obra en su fogón. ¡Ah! Y a propósito de fogón, tengo que decir que no nos queda más que una carga de gasolina para el mechero.

LOS DOS. (Deteniéndola como si acabara de pronunciar una palabra prohibida.)—¡Oye!

SUSANA.—¡Sí! ¡Ya sé que desde hace un mes las palabras "cigarrillos, cigarrillos, cerillas, mechero" están prohibidas para no haceros sufrir inútilmente por la falta de tabaco.

LOS DOS.—¡Oh!

SUSANA.—"Tabaco", también, ya lo sabía: es el número uno de las palabras prohibidas. Hace cuatro semanas que no fumáis. Comenzáis a perder la costumbre. Eso es importante para vuestra salud. Si he osado decir "mechero" es para anunciaros la gravedad de nuestra situación. Tenemos para una semana como máximo.

PHILIPPE.—¿Hemos gastado ya dos cargas?

SUSANA.—Sí... Casi...

PHILIPPE.—Tendréis que reconocer que tuve buen olfato al comprar a la estantería un cuarto de hora antes del naufragio dos piedras de mechero y tres cargas. ¡Y suerte de conservar mi encendedor!

SUSANA.—Un milagro más. Lo que os advierto es que la provisión se agota. Pensad en ello. Y ahora, verdugo, llévate a tus víctimas. Pero hazlo un poco leído, amor, para que con el aire no se nos meta a cada momento una pluma en los ojos.

PHILIPPE.—A tus órdenes, princesa. (Se despoja de su frac.) Si me lo permites, vuelvo a mi traje de panadero. No te olvides, Henri, que tienes que cortarme el pelo.

SUSANA.—¿Y con qué quieres que te lo corte?

PHILIPPE.—Con la maquinilla.

SUSANA.—Esa cuchilla sirve para todo.

PHILIPPE.—¡Me trasquilará un poco! (Cortando la rama de los pájaros.) ¡Hala! Voy a retorcerles el cuello con la mayor amabilidad posible. (Mirando a HENRI.) Hoy tienes muy buena cara; se ve que has descansado bien.

(Sole cantando "Golondrina, gentil golondrina"...)

HENRI.—¡Es grotesco!

SUSANA.—¿Qué dices?

HENRI.—Que es grotesco llegar como un imbécil para encontraros metiéndoos mano como os he encontrado.

SUSANA.—¡Henri!

PHILIPPE.—Está bien. Tu marido te perdona.

(*La suelta.*)

SUSANA.—¿Eso es todo?

PHILIPPE.—¿Qué?

SUSANA.—¿No me besas?

PHILIPPE.—No.

SUSANA.—¿Es una suerte! (*El la coge inmediatamente.*) ¡No!

¡Socorro!

PHILIPPE.—Mírame.

SUSANA.—¿Eres extraordinario!

PHILIPPE.—¿Me quieres?

SUSANA.—Ya lo sabes...

(*Se miran y luego se besan largamente. Por la izquierda entra HENRI con una rama en la que han quedado prisioneros tres pájaros.*)

HENRI.—¡Ah! ¡Perdón!

(*PHILIPPE y SUSANA se separan.*)

PHILIPPE.—¡Oh! Eres tú...

HENRI.—Perdón otra vez...

PHILIPPE.—¡Por Dios, no tiene importancia!

SUSANA.—¿Tres?

HENRI.—Ya los ves.

PHILIPPE.—Tienes mejores condiciones para la caza que para la pesca.

HENRI.—¡Pero no tengo arte ni parte en esta caza! Me limito a traer los pájaros que han querido dejarse atrapar. ¿Qué hago con ellos?

SUSANA.—Dáselos a Philippe. El se da mucha maña para matarlos y los desputa. Inmediatamente vuestra cocinera se pondrá manos a la obra en su fogón. ¡Ah! Y a propósito de fogón, tengo que decir que no nos queda más que una carga de gasolina para el mechero.

Los dos. (*Deteniéndola como si acabara de pronunciar una palabra prohibida.*)—¡Oye!

SUSANA.—¡Sí! ¡Ya sé que desde hace un mes las palabras "cigarrillos, cigarrillos, cerillas, mechero" están prohibidas para no haceros sufrir inútilmente por la falta de tabaco.

Los dos.—¡Oh!

SUSANA.—"Tabaco", también, ya lo sabía: es el número uno de las palabras prohibidas. Hace cuatro semanas que no fumáis. Comenzáis a perder la costumbre. Eso es importante para vuestra salud. Si he osado decir "mechero" es para anunciaros la gravedad de nuestra situación. Tenemos para una semana como máximo.

PHILIPPE.—¿Hemos gastado ya dos cargas?

SUSANA.—Sí... Casi...

PHILIPPE.—Tendréis que reconocer que tuve buen olfato al comorar a la estanquera un cuarto de hora antes del naufragio dos piedras de mechero y tres cargas. ¡Y suerte de conservar mi encendedor!

SUSANA.—Un milagro más. Lo que os advierto es que la provisión se agota. Pensad en ello. Y ahora, verdugo, llévate a tus víctimas. Pero hazlo un poco leíto, amor, para que con el aire no se nos meta a cada momento una pluma en los ojos.

PHILIPPE.—A tus órdenes, princesa. (*Se despoja de su frac.*) Si me lo permites, vuelvo a mi traje de panadero. No te olvides, Henri, que tienes que cortarme el pelo.

SUSANA.—¿Y con qué alicates que te lo corte?

PHILIPPE.—Con la maquinilla.

SUSANA.—Esa cuchilla sirve para todo.

PHILIPPE.—¡Me trasquilará un poco! (*Cojiendo la rama de los pájaros.*) ¡Hala! Voy a retorcerles el cuello con la mayor amabilidad posible. (*Mirando a HENRI.*) Hoy tienes muy buena cara; se ve que has descansado bien.

(*Se canta "Golondrina, gentil golondrina"...*)

HENRI.—¡Es grotesco!

SUSANA.—¿Qué dices?

HENRI.—Que es grotesco llegar como un imbécil para encontraros metiéndos mano como os he encontrado.

SUSANA.—¡Henri!

HENRI.—¿Qué? ¿No es verdad?

SUSANA.—Nos estábamos besando. ¿Qué tiene que ver un beso con la grosería que acabas de decir?

HENRI.—Bueno, como quieras. Es la tercera vez en cuatro días que os encuentro besándoos o que me tengo que ir porque veo que estoy de más...

SUSANA.—¿Cómo de más?

HENRI.—Ayer por la tarde, sin ir más lejos, recuérdalo, cuando estábamos tumbados los tres, tuve que irme.

SUSANA.—¿Por nosotros?

HENRI.—¿Por quién si no?

SUSANA.—No pensé en tal cosa. Creí que tendrías ganas de dar una vuelta.

HENRI.—Sí; sentía necesidad de irme a otro sitio, porque Philippe y tú me estabais molestando.

SUSANA.—Pero querido, ¿qué hacíamos de extraordinario?

HENRI.—¡Oh! ¡Nada! ¡Nada de extraordinario! Parece como si no quisieras comprender...

SUSANA.—No..., no lo comprendo.

HENRI.—¿No te das cuenta de que está detrás de ti a todas horas? ¿Que se comporta contigo como si estuvierais en la luna de miel? ¿Que está radiante de felicidad? ¿Que cada mirada y cada ademán están llenos de deseos indecentes? ¿Y no te das cuenta de que todo eso me resulta insoportable?

SUSANA.—Pero, amor mío..., ¡ésta es su semana!

HENRI.—¡Eso también! Hace destacar demasiadas veces que está en "su semana". Esa sola idea, su expresión, son indignas por sí mismas. Yo también tendré "mi semana", como tú dices, y no me comportaré como él...

SUSANA.—Acaso esté más enamorado de mí que tú.

HENRI.—Puede ser.

SUSANA.—¡Ah! ¡Sí!

HENRI.—Da esa impresión. Y eso es lo que le reprocho. No tiene ninguna razón para estar más enamorado que yo.

SUSANA.—¿Y tú qué sabes?

HENRI.—¡Sí! ¡Lo sé! ¡No tiene ninguna razón! Por eso me parece de mal gusto que se aproveche de la discreción de que he dado pruebas —por atención a él— hasta ahora para actuar como si yo no existiera en absoluto.

SUSANA.—¡Es mi marido!

HENRI.—¡Oh, no! En este momento el marido soy yo. El ha cambiado los papeles... Y tú, lo sabes mejor que nadie. Os pasáis el tiempo bromeando hablando con segunda intención... ¡Ha rejuvenecido veinticinco años! Desbarra como un enamorado de diecinueve años...

SUSANA.—¡Está alegre! Siempre se divierte con todo. ¿Y qué voy a hacer yo si no refirme o bromear con él?

HENRI.—Seguramente tú no te das cuenta, pero hay entre vosotros una complicidad de amantes. Y lo encuentro de lo más desagradable.

SUSANA.—Philippe ha podido encontrar también irritante, al vernos entrar a ti y a mí, después de que supo lo que supo. ¡Reconoce que eso era también una prueba! Imagino que, las primeras noches, no dormiría muy bien. ¡Ponte por un momento en su lugar! Le imponíamos una cosa que no es frecuente, hay que convenir en ello... Pues bien: nunca dijo nada desagradable ni amargo. Ha sido correcto, de una amabilidad que tú mismo admirabas. Y sin embargo estaba celoso, de seguro. Y sufría.

HENRI.—Pues no lo creo.

SUSANA.—¡Ah!

HENRI.—Sí. Pensándolo bien le imponíamos una prueba superior a las fuerzas humanas para un enamorado. Pero se acomodó a ello con una rapidez escalofriante.

SUSANA.—No. Hace diez minutos despotricabas porque me trata con el mimo de un amante en plena luna de miel...

HENRI.—¡Ahora sí! Le ha importado un comino todo y ahora que es "su turno" —porque hay que emplear esa expresión— vuelve a las andadas... Hace patente su alegría como para darme una lección... No me molesta compartirla —quería decirme— porque Susana sigue siendo mía. ¡Eso es lo que piensa! ¡Esa es su manera de vengarse! Lo encuentro desleal y nunca le hubiera creído capaz de semejante cosa.

SUSANA.—Henri... No creo que le juzgues con serenidad. Supones que ahora calcula, que desarrolla un juego; y a la vez dices que tiene veinticinco años menos, que cada uno de sus gestos y cada una de sus bromas son de un enamorado de diecinueve años; llegas inclusive a encontrarle "indecente"... No lo comprendo. ¿No estarás celoso, amor mío?

HENRI.—¿Qué? ¿No es verdad?

SUSANA.—Nos estábamos besando. ¿Qué tiene que ver un beso con la grosería que acabas de decir?

HENRI.—Bueno, como quieras. Es la tercera vez en cuatro días que os encuentro besándoos o que me tengo que ir porque veo que estoy de más...

SUSANA.—¿Cómo de más?

HENRI.—Ayer por la tarde, sin ir más lejos, recuérdalo, cuando estábamos tumbados los tres, tuve que irme.

SUSANA.—¿Por nosotros?

HENRI.—¿Por quién si no?

SUSANA.—No pensé en tal cosa. Creí que tendrías ganas de dar una vuelta.

HENRI.—Sí; sentía necesidad de irme a otro sitio, porque Philippe y tú me estabais molestando.

SUSANA.—Pero querido, ¿qué hacíamos de extraordinario?

HENRI.—¡Oh! ¡Nada! ¡Nada de extraordinario! Parece como si no quisieras comprender...

SUSANA.—No..., no lo comprendo.

HENRI.—¿No te das cuenta de que está detrás de ti a todas horas? ¿Que se comporta contigo como si estuvierais en la luna de miel? ¿Que está radiante de felicidad? ¿Que cada mirada y cada ademán están llenos de deseos indecentes? ¿Y no te das cuenta de que todo eso me resulta insoportable?

SUSANA.—Pero, amor mío..., ¡ésta es su semana!

HENRI.—¡Eso también! Hace destacar demasiadas veces que está en "su semana". Esa sola idea, su expresión, son indignas por sí mismas. Yo también tendré "mi semana", como tú dices, y no me comportaré como él...

SUSANA.—Acaso esté más enamorado de mí que tú.

HENRI.—Puede ser.

SUSANA.—¡Ah! ¡Sí!

HENRI.—Da esa impresión. Y eso es lo que le reprocho. No tiene ninguna razón para estar más enamorado que yo.

SUSANA.—¿Y tú qué sabes?

HENRI.—¡Sí! ¡Lo sé! ¡No tiene ninguna razón! Por eso me parece de mal gusto que se aproveche de la discreción de que he dado pruebas —por atención a él— hasta ahora para actuar como si yo no existiera en absoluto.

SUSANA.—¡Es mi marido!

HENRI.—¡Oh, no! En este momento el marido soy yo. El ha cambiado los papeles... Y tú, lo sabes mejor que nadie. Os pasáis el tiempo bromeando hablando con segunda intención... ¡Ha rejuvenecido veinticinco años! Desbarra como un enamorado de diecinueve años...

SUSANA.—¡Está alegre! Siempre se divierte con todo. ¿Y qué voy a hacer yo si no refirme o bromear con él?

HENRI.—Seguramente tú no te das cuenta, pero hay entre vosotros una complicidad de amantes. Y lo encuentro de lo más desagradable.

SUSANA.—Philippe ha podido encontrar también irritante, al vernos entrar a ti y a mí, después de que supo lo que supo. ¡Reconoce que eso era también una prueba! Imagino que, las primeras noches, no dormiría muy bien. ¡Ponte por un momento en su lugar! Le imponíamos una cosa que no es frecuente, hay que convenir en ello... Pues bien: nunca dijo nada desagradable ni amargo. Ha sido correcto, de una amabilidad que tú mismo admirabas. Y sin embargo estaba celoso, de seguro. Y sufría.

HENRI.—Pues no lo creo.

SUSANA.—¡Ah!

HENRI.—Sí. Pensándolo bien le imponíamos una prueba superior a las fuerzas humanas para un enamorado. Pero se acomodó a ello con una rapidez escalofriante.

SUSANA.—No. Hace diez minutos despotricabas porque me trata con el mimo de un amante en plena luna de miel...

HENRI.—¡Ahora sí! Le ha importado un camino todo y ahora que es "su turno" —porque hay que emplear esa expresión— vuelve a las andadas... Hace patente su alegría como para darme una lección... No me molesta compartirla —quería decirme— porque Susana sigue siendo mía. ¡Eso es lo que piensa! ¡Esa es su manera de vengarse! Lo encuentro desleal y nunca le hubiera creído capaz de semejante cosa.

SUSANA.—Henri... No creo que le juzgues con serenidad. Supones que ahora calcula, que desarrolla un juego; y a la vez dices que tiene veinticinco años menos, que cada uno de sus gestos y cada una de sus bromas son de un enamorado de diecinueve años; llegas inclusive a encontrarle "indecente"... No lo comprendo. ¿No estarás celoso, amor mío?

HENRI.—Sí, estoy celoso... de acuerdo. Yo te quiero. ¡Y no soportaré mucho esta situación!

SUSANA.—¿Cómo?

HENRI.—Sufro. Compréndelo. Cada vez que te agarra una mano siento ganas de saltar y de separaros.

SUSANA.—Eres difícil de contentar. Tú mismo quisiste...

HENRI.—Sí, ya lo sé. Fui yo mismo quien lo quise, pero ahora ya no lo quiero... Eso es todo.

SUSANA.—Entonces...

HENRI.—Voy a hablar con Philippe...

SUSANA.—¿Para qué?

HENRI.—Le diré que esta situación no puede continuar.

SUSANA.—¿Otra vez? Pues esta vez tengo la impresión de que te mandará a paseo.

HENRI.—¡Bien! En ese caso... me iré.

SUSANA.—¿Adónde?

HENRI.—A cualquier sitio.

SUSANA.—Amor mío... piensa un poco...

HENRI.—¡Se toma o se deja!

SUSANA.—¿Pero qué puedes pedirle ahora?

HENRI.—Que acepte aquella proposición tuya...

SUSANA.—¿Mía?

HENRI.—Sí; que compartiéramos él y yo una de las cabañas y tú vivieras en la otra.

SUSANA.—¿Yo sola?

HENRI.—Y yo pido que hasta el día en que abandonemos la isla vivamos los tres como hermanos y hermana...

SUSANA.—¡Ah!

HENRI.—Es la única manera de arreglarlo.

SUSANA.—¿Tú crees? Eres demasiado exigente... Ya es bastante insólito que hayas llegado a persuadir a Philippe para que vivamos como vivimos ahora; pero que quieras proponerle que se comporte conmigo como con una hermana, con el pretexto de que eres mi amante... ¡me parece que exageras!

HENRI.—Pero yo también sería un hermano para ti...

SUSANA.—Desde luego. ¡Lo contrario sería el colmo! Philippe va a decirte que tú puedes portarte conmigo como un hermano si quieres; pero que él sigue siendo mi marido. En el estado en que está no le auguro a tu proposición el menor

éxito. ¡Créeme! Además, ¡yo también cuento! ¡Tienes una manera de arreglar las cosas...! ¡Yo estoy muy bien así!

HENRI.—¿Que estás muy bien?

SUSANA.—Sí.

HENRI.—¿Tú también y por el simple hecho de que yo estoy aquí, te vuelves a encontrar en viaje de novios?

SUSANA.—No he querido decir eso.

HENRI.—Pero lo has dicho. Y además es evidente. Salta a la vista.

SUSANA.—¿Que estoy en viaje de novios?

HENRI.—Que estás encantada de ver a Philippe como un recién casado.

SUSANA.—Encantadísima.

HENRI.—¡Eso es!

SUSANA.—Piensa lo que quieras. Pero te aconsejo que no hagas tonterías y que dejes tranquilo a Philippe. No seas ridículo, querido.

HENRI.—¡Eso también! Ahora es a mí a quien llamas "querido" como por costumbre, y a él probablemente "amor mío". Te digo que hemos llegado a esto. ¡El marido soy yo! (*Se oye cantar a PHILIPPE.*) ¡Oye! ¿Lo oyes?

SUSANA.—¡También le vas a echar en cara que cante?

HENRI.—¡Susana! Te ruego que no me lleses la contraria ni salgas en su defensa a cada paso.

SUSANA.—Bien. Me voy a preparar los pájaros. Te ruego que aproveches la ocasión para pensar en otras cosas.

HENRI.—Dime, sencillamente, que te horripilo; será mucho mejor...

SUSANA.—Pues bien, ¡sí! ¡Me horripilas con esta escena! ¡Ya estoy harta!

HENRI.—¡Muy bien! ¡Perfectamente!

SUSANA.—¡Dios del cielo! ¡Cómo complicáis los hombres la vida cuando os empeñáis en ello...!

(*Entra PHILIPPE con una corona de flores en la cabeza, dando pasos de danza cómica.*)

PHILIPPE.—¡Aquí están! ¡Muertos y desplumados! Los pobres animalitos no aguardan más que los dedos mágicos de la cocinera. ¿Cómo está mi cocinera?

HENRI.—Sí, estoy celoso... de acuerdo. Yo te quiero. ¡Y no soportaré mucho esta situación!

SUSANA.—¿Cómo?

HENRI.—Sufro. Compréndelo. Cada vez que te agarra una mano siento ganas de saltar y de separaros.

SUSANA.—Eres difícil de contentar. Tú mismo quisiste...

HENRI.—Sí, ya lo sé. Fui yo mismo quien lo quise, pero ahora ya no lo quiero... Eso es todo.

SUSANA.—Entonces...

HENRI.—Voy a hablar con Philippe...

SUSANA.—¿Para qué?

HENRI.—Le diré que esta situación no puede continuar.

SUSANA.—¿Otra vez? Pues esta vez tengo la impresión de que te mandará a paseo.

HENRI.—¡Bien! En ese caso... me iré.

SUSANA.—¿Adónde?

HENRI.—A cualquier sitio.

SUSANA.—Amor mío... piensa un poco...

HENRI.—¡Se toma o se deja!

SUSANA.—¡Pero qué puedes pedirle ahora?

HENRI.—Que acepte aquella proposición tuya...

SUSANA.—¿Mía?

HENRI.—Sí; que compartiéramos él y yo una de las cabañas y tú vivieras en la otra.

SUSANA.—¿Yo sola?

HENRI.—Y yo pido que hasta el día en que abandonemos la isla vivamos los tres como hermanos y hermana...

SUSANA.—¡Ah!

HENRI.—Es la única manera de arreglarlo.

SUSANA.—¿Tú crees? Eres demasiado exigente... Ya es bastante insólito que hayas llegado a persuadir a Philippe para que vivamos como vivimos ahora; pero que quieras proponerle que se comporte conmigo como con una hermana, con el pretexto de que eres mi amante... ¡me parece que exageras!

HENRI.—Pero yo también sería un hermano para ti...

SUSANA.—Desde luego. ¡Lo contrario sería el colmo! Philippe va a decirte que tú puedes portarte conmigo como un hermano si quieres; pero que él sigue siendo mi marido. En el estado en que está no le auguro a tu proposición el menor

éxito. ¡Créeme! Además, ¡yo también cuento! ¡Tienes una manera de arreglar las cosas...! ¡Yo estoy muy bien así!

HENRI.—¿Que estás muy bien?

SUSANA.—Sí.

HENRI.—¿Tú también y por el simple hecho de que yo estoy aquí, te vuelves a encontrar en viaje de novios?

SUSANA.—No he querido decir eso.

HENRI.—Pero lo has dicho. Y además es evidente. Salta a la vista.

SUSANA.—¿Que estoy en viaje de novios?

HENRI.—Que estás encantada de ver a Philippe como un recién casado.

SUSANA.—Encantadísima.

HENRI.—¡Eso es!

SUSANA.—Piensa lo que quieras. Pero te aconsejo que no hagas tonterías y que dejes tranquilo a Philippe. No seas ridículo, querido.

HENRI.—¡Eso también! Ahora es a mí a quien llamas "querido" como por costumbre, y a él probablemente "amor mío". Te digo que hemos llegado a esto. ¡El marido soy yo! (*Se oye cantar a PHILIPPE.*) ¡Oye! ¡Lo oyes?

SUSANA.—¡También le vas a echar en cara que cante?

HENRI.—¡Susana! Te ruego que no me llesves la contraria ni salgas en su defensa a cada paso.

SUSANA.—Bien. Me voy a preparar los pájaros. Te ruego que aproveches la ocasión para pensar en otras cosas.

HENRI.—Dime, sencillamente, que te horripilo; será mucho mejor...

SUSANA.—Pues bien, ¡sí! ¡Me horripilas con esta escena! ¡Ya estoy harta!

HENRI.—¡Muy bien! ¡Perfectamente!

SUSANA.—¡Dios del cielo! ¡Cómo complicáis los hombres la vida cuando os empeñáis en ello...!

(*Entra PHILIPPE con una corona de flores en la cabeza, dando pasos de danza cómica.*)

PHILIPPE.—¡Aquí están! ¡Muertos y desplumados! Los pobres animalitos no aguardan más que los dedos mágicos de la cocinera. ¿Cómo está mi cocinera?

SUSANA.—¡Muy mal!

PHILIPPE.—¿Qué te han hecho, amor mío? ¿Es que tu tío Henri no ha sido amable contigo? ¡Cuéntamelo!...

SUSANA.—¡Oh, no! ¡No! No cuento nada. ¡Me voy a la cocina! ¡Arreglaos como podáis!

(Sale.)

PHILIPPE.—¡Está buena! Seguro que le has dicho alguna tontería. ¡Ah! ¡No tiene precio! ¡La he gastado la broma de la cruz blanca en el cielo! ¡Si la hubieras visto! ¡Cres que me iba a sacar los ojos! ¡Qué mujer más sorprendente! ¡Es adorable! En cuanto a mí, he de confesarte que nunca he sido más dichoso. Te debo una experiencia en la que yo no hubiera pensado por mí mismo y que pone en su lugar muchas cosas. Creo que mi camisa está ya seca. Sí. (La coge del mástil.) Henri..., ¡tenías razón! Cuando pienso que algunos hombres provocan escándalos y aun catástrofes porque sus mujeres tienen un amante, creo, verdaderamente, que hoy en el mundo no se acaban los imbéciles. Nosotros estamos en lo cierto. Yo me encargo de demostrárselo a todos los maridos del mundo. ¡Saber que nuestra mujer tiene también otro hombre es un resorte prodigioso, querido! Es un medio seguro de no dormirse en el matrimonio y de conservar entre marido y mujer esa especie de coquetería, esa atención sin la que no existe verdadera vida de hogar. ¡Eso es evidente! ¡Hay competencia! Está obligado a permanecer alerta y a defenderse... Se encuentra nuevamente en la situación de dos muchachos que, a los veinte años, se enamoran de una misma joven. ¿Qué ocurre entonces? Uno de los dos se la lleva. Se casa con la chica. El otro desaparece. Y diez años después —o cinco o tres—, ¿qué ocurre? Se ve a la mujer engañar a su marido con el antiguo enamorado, divorciarse y casarse con el que antes había desafiado. ¿Por qué? Porque el vencedor de entonces había empezado a dormirse en los laureles o a buscar otra cosa; ya no había competencia... Si en lugar de elegir y separarlos, la muchacha hubiera dicho que tomaba a los dos... en primer término, no habría tenido necesidad de divorciarse después; y, segundo, los dos hubieran seguido enamorados de ella. Habría sido la más feliz de las

mujeres; porque las mujeres sólo quieren una cosa: saber que se piensa en ellas a todas horas. ¡Es lógica pura! ¡Mírame, Henri! Yo no sé si eso se nota; pero puedo asegurarte que desde hace tres días tengo veinte años menos. Repentinamente ha venido a encenderse en mí una juventud, una llama... ¡La adoro! ¡Es la verdad! ¡Y ella también! Y todo eso, ¿por qué? Porque estás tú aquí. Y ya ves: lo maravilloso es que conozco tus sentimientos hacia Susana y los suyos hacia ti, y que eso no cuenta ab-so-lu-ta-men-te nada para mí. Que tú existas, me hace estar diez veces más enamorado de ella. Tú no cuentas... Es divertido, ¿verdad? Eso es lo que más me sorprendió al principio. Pero, reflexionando, lo encuentro bastante lógico. Me previnisteis. Me pusisteis al corriente. De esa manera, halagasteis mi amor propio. Lo que me resultó más desagradable fue la revelación del pasado. Una vez tragada la píldora lo demás no era nada. Es evidente que todos los dramas de celos —que erróneamente se llaman dramas de amor— no son, a fin de cuentas, sino historias de amor propio. ¡Eso es cosa de imbéciles! Por lo demás, un celoso es siempre un imbécil. ¿No? Ese es mi punto de vista... Mi camisa es formidable: ¡Míral... ¿En qué piensas?

HENRI.—En todo lo que acabas de decir.

PHILIPPE.—¿Y qué?

HENRI.—Pues que no.

PHILIPPE.—Que no ¿qué?

HENRI.—Que estás equivocado.

PHILIPPE.—¿Qué dices?

HENRI.—Todo cuanto acabas de decir sobre nuestra existencia es una utopía.

PHILIPPE.—¿Por qué?

HENRI.—¡Porque, para que lo sepas, yo no puedo soportar esta vida!

PHILIPPE.—¡Vaya! ¿No la "soportas"?

HENRI.—¡No!

PHILIPPE.—¿Qué es lo que te molesta?

HENRI.—¡Tú!

PHILIPPE.—¿Todavía?

HENRI.—Me desconsuela decirte esto, Philippe... Pero es la verdad. No puedo continuar viéndote vivir así con Susana.

SUSANA.—¡Muy mal!

PHILIPPE.—¿Qué te han hecho, amor mío? ¿Es que tu tío Henri no ha sido amable contigo? ¡Cuéntamelo!...

SUSANA.—¡Oh, no! ¡No! No cuento nada. ¡Me voy a la cocina! ¡Arreglaos como podáis!

(Sale.)

PHILIPPE.—¡Está buena! Seguro que le has dicho alguna tontería. ¡Ah! ¡No tiene precio! ¡La he gastado la broma de la cruz blanca en el cielo! ¡Si la hubieras visto! ¡Cree que me iba a sacar los ojos! ¡Qué mujer más sorprendente! ¡Es adorable! En cuanto a mí, he de confesarte que nunca he sido más dichoso. Te debo una experiencia en la que yo no hubiera pensado por mí mismo y que pone en su lugar muchas cosas. Creo que mi camisa está ya seca. Sí. (La coge del mástil.) Henri..., ¡tenías razón! Cuando pienso que algunos hombres provocan escándalos y aun catástrofes porque sus mujeres tienen un amante, creo, verdaderamente, que hoy en el mundo no se acaban los imbéciles. Nosotros estamos en lo cierto. Yo me encargo de demostrárselo a todos los maridos del mundo. ¡Saber que nuestra mujer tiene también otro hombre es un resorte prodigioso, querido! Es un medio seguro de no dormirse en el matrimonio y de conservar entre marido y mujer esa especie de coquetería, esa atención sin la que no existe verdadera vida de hogar. ¡Eso es evidente! ¡Hay competencia! Está obligado a permanecer alerta y a defenderse... Se encuentra nuevamente en la situación de dos muchachos que, a los veinte años, se enamoran de una misma joven. ¿Qué ocurre entonces? Uno de los dos se la lleva. Se casa con la chica. El otro desaparece. Y diez años después —o cinco o tres—, ¿qué ocurre? Se ve a la mujer engañar a su marido con el antiguo enamorado, divorciarse y casarse con el que antes había desdefiado. ¿Por qué? Porque el vencedor de entonces había empezado a dormirse en los laureles o a buscar otra cosa; ya no había competencia... Si en lugar de elegir y separarlos, la muchacha hubiera dicho que tomaba a los dos... en primer término, no habría tenido necesidad de divorciarse después; y, segundo, los dos hubieran seguido enamorados de ella. Habría sido la más feliz de las

mujeres; porque las mujeres sólo quieren una cosa: saber que se piensa en ellas a todas horas. ¡Es lógica pura! ¡Mírame, Henri! Yo no sé si eso se nota; pero puedo asegurarte que desde hace tres días tengo veinte años menos. Repentinamente ha venido a encenderse en mí una juventud, una llama... ¡La adoro! ¡Es la verdad! ¡Y ella también! Y todo eso, ¿por qué? Porque estás tú aquí. Y ya ves: lo maravilloso es que conozco tus sentimientos hacia Susana y los suyos hacia ti, y que eso no cuenta ab-so-lu-ta-men-te nada para mí. Que tú existas, me hace estar diez veces más enamorado de ella. Tú no cuentas... Es divertido, ¿verdad? Eso es lo que más me sorprendió al principio. Pero, reflexionando, lo encuentro bastante lógico. Me previnisteis. Me pusisteis al corriente. De esa manera, halagasteis mi amor propio. Lo que me resultó más desagradable fue la revelación del pasado. Una vez tragada la píldora lo demás no era nada. Es evidente que todos los dramas de celos —que erróneamente se llaman dramas de amor— no son, a fin de cuentas, sino historias de amor propio. ¡Eso es cosa de imbéciles! Por lo demás, un celoso es siempre un imbécil. ¿No? Esc es mi punto de vista... Mi camisa es formidable: ¡Míral... ¿En qué piensas?

HENRI.—En todo lo que acabas de decir.

PHILIPPE.—¿Y qué?

HENRI.—Pues que no.

PHILIPPE.—Que no ¿qué?

HENRI.—Que estás equivocado.

PHILIPPE.—¿Qué dices?

HENRI.—Todo cuanto acabas de decir sobre nuestra existencia es una utopía.

PHILIPPE.—¿Por qué?

HENRI.—¿Porque, para que lo sepas, yo no puedo soportar esta vida!

PHILIPPE.—¡Vaya! ¿No la "soportas"?

HENRI.—¡No!

PHILIPPE.—¿Qué es lo que te molesta?

HENRI.—¡Tú!

PHILIPPE.—¿Todavía?

HENRI.—Me desconsuela decirte esto, Philippe... Pero es la verdad. No puedo continuar viéndote vivir así con Susana.

PHILIPPE.—Pero ¡si acabas de ocupar mi puesto durante ocho días! ¿No vas a ser feliz?

HENRI.—No.

PHILIPPE.—¡Ah!

HENRI.—Porque durante esos ocho días estaré siempre pensando en ti.

PHILIPPE.—Muy amable...

HENRI.—Una vez dichas y decididas las cosas, he comprendido que te imponía una prueba sobrehumana. Y me he reprochado el haber descubierto una situación que debiera haber conservado en riguroso secreto.

PHILIPPE.—¡Nada de eso!

HENRI.—Sí, sí. Lo he comprendido demasiado tarde. He comprendido que yo era un fresco y un egoísta... y, además, un imbécil de marca mayor. La única solución inteligente era la que podía parecer menos leal, pero que, siquiera, no hacía sufrir a nadie.

PHILIPPE.—O sea...

HENRI.—No confesarte nada y aprovechar simplemente los momentos en que tú no estuvieras aquí.

PHILIPPE.—¡Muy bien! ¡Muchas gracias!

HENRI.—¡Es la verdad!

PHILIPPE.—¡No estoy de acuerdo! Ya te lo he dicho. Os estoy infinitamente agradecido por la lealtad que me habéis demostrado. Sólo he lamentado que las circunstancias y vuestros escrúpulos no os hayan dejado hacerme antes esa confesión.

HENRI.—Pero ¿crees que el sufrimiento que te impondría cada noche al entrar con Susana en esa cabaña me permitiría ser feliz con ella?

PHILIPPE.—¿Qué sufrimiento? ¡Cuando llegue la ocasión yo no me imaginaría nada! Roncaré a pierna suelta...

HENRI.—¿Roncarás?

PHILIPPE.—¡Claro!

HENRI.—¿Sin pensar en nada? ¿Como si nosotros no existiéramos?

PHILIPPE.—Así es.

HENRI.—¡A otro perro con ese hueso!

PHILIPPE.—¿Por qué? Pero ¡si nada había cambiado! Empleaste una hora en demostrármelo el otro día. Yo había sido feliz durante los seis años que tú eras el amante de Susana, tu

razonamiento era muy lógico y no había ningún motivo para que en lo sucesivo me considerase el más desgraciado de los hombres, ya que, en el fondo, la situación seguía siendo la misma. Tú no llegabas ahora a nuestra vida, estabas en ella hacia seis años.

HENRI.—Es decir, que para llegar a impresionarte hubiera sido necesario que yo "me convirtiera", aquí, en amante de tu mujer; es decir, que fuese un elemento nuevo en tu vida.

PHILIPPE.—Eso sería otra cosa.

HENRI.—Y si Susana tuviese cuatro amantes y todos ellos estuvieran aquí.

PHILIPPE.—¡Oye, que Susana es mi mujer y no la Madelón!

HENRI.—Llevo la situación hasta el absurdo.

PHILIPPE.—¡Una situación que has provocado tú!

HENRI.—¿De acuerdo! Pero que es absurda... ¿Tú sabes por qué te propuse esa barbaridad? Pues porque tú—"sabías", en lugar de no saber. Toda la diferencia estaba en eso. ¡Ahora yo también "sé"! Y me doy cuenta de que es intolerable...

PHILIPPE.—Bien. Pero me obligas a responderte —y perdóname— que tu caso nada tiene que ver con el mío; porque si es exacto que yo no sabía nada, tú supiste siempre que Susana era mi mujer. Entonces, ¿de qué te quejas? ¿Qué es lo que quieres? ¿Acaso quieres que renuncie a ser el marido de Susana y a amarla?

HENRI.—Provisionalmente, sí.

PHILIPPE.—¿Provisionalmente?

HENRI.—Mientras estemos aquí. Te pido que vivamos como hermanos los tres.

PHILIPPE.—¡Pero hace diez días vivías como hermano y no lo podías soportar! Además, imagínate que no llega ningún barco antes de tres meses: te veo venir, dentro de un par de semanas, a proponerme una nueva fórmula... menos fraternal.

HENRI.—No bromeo, Philippe. Susana vivirá en la cabaña pequeña.

PHILIPPE.—¿Y yo?

HENRI.—Conmigo, en la otra.

PHILIPPE.—¡Ah! Escúchame, Henri, tú sabes que te quiero, ¿no es así? (De repente.) ¿También has consultado eso con ella? ¿Se lo has dicho?

PHILIPPE.—Pero ¡si acabas de ocupar mi puesto durante ocho días! ¿No vas a ser feliz?

HENRI.—No.

PHILIPPE.—¡Ah!

HENRI.—Porque durante esos ocho días estaré siempre pensando en ti.

PHILIPPE.—Muy amable...

HENRI.—Una vez dichas y decididas las cosas, he comprendido que te imponía una prueba sobrehumana. Y me he reprochado el haber descubierto una situación que debiera haber conservado en riguroso secreto.

PHILIPPE.—¡Nada de eso!

HENRI.—Sí, sí. Lo he comprendido demasiado tarde. He comprendido que yo era un fresco y un egoísta... y, además, un imbécil de marca mayor. La única solución inteligente era la que podía parecer menos loca, pero que, siquiera, no hacía sufrir a nadie.

PHILIPPE.—O sea...

HENRI.—No confesarte nada y aprovechar simplemente los momentos en que tú no estuvieras aquí.

PHILIPPE.—¡Muy bien! ¡Muchas gracias!

HENRI.—¡Es la verdad!

PHILIPPE.—¡No estoy de acuerdo! Ya te lo he dicho. Os estoy infinitamente agradecido por la lealtad que me habéis demostrado. Sólo he lamentado que las circunstancias y vuestros escrúpulos no os hayan dejado hacerme antes esa confesión.

HENRI.—Pero ¿crees que el sufrimiento que te impondría cada noche al entrar con Susana en esa cabaña me permitiría ser feliz con ella?

PHILIPPE.—¿Qué sufrimiento? ¡Cuando llegue la ocasión yo no me imaginaría nada! Roncaré a pierna suelta...

HENRI.—¿Roncarás?

PHILIPPE.—¡Claro!

HENRI.—¿Sin pensar en nada? ¿Como si nosotros no existiéramos?

PHILIPPE.—Así es.

HENRI.—¡A otro perro con ese hueso!

PHILIPPE.—¿Por qué? Pero ¡si nada había cambiado! Empleaste una hora en demostrármelo el otro día. Yo había sido feliz durante los seis años que tú eras el amante de Susana, tu

razonamiento era muy lógico y no había ningún motivo para que en lo sucesivo me considerase el más desgraciado de los hombres, ya que, en el fondo, la situación seguía siendo la misma. Tú no llegabas ahora a nuestra vida, estabas en ella hacia seis años.

HENRI.—Es decir, que para llegar a impresionarte hubiera sido necesario que yo "me convirtiera", aquí, en amante de tu mujer; es decir, que fuese un elemento nuevo en tu vida.

PHILIPPE.—Eso sería otra cosa.

HENRI.—Y si Susana tuviese cuatro amantes y todos ellos estuvieran aquí.

PHILIPPE.—¡Oye, que Susana es mi mujer y no la Madelón!

HENRI.—Llevo la situación hasta el absurdo.

PHILIPPE.—¡Una situación que has provocado tú!

HENRI.—¡De acuerdo! Pero que es absurda... ¿Tú sabes por qué te propuse esa barbaridad? Pues porque tú—"sabías", en lugar de no saber. Toda la diferencia estaba en eso. ¡Ahora yo también "sé"! Y me doy cuenta de que es intolerable...

PHILIPPE.—Bien. Pero me obligas a responderte —y perdóname— que tu caso nada tiene que ver con el mío; porque si es exacto que yo no sabía nada, tú supiste siempre que Susana era mi mujer. Entonces, ¿de qué te quejas? ¿Qué es lo que quieres? ¿Acaso quieres que renuncie a ser el marido de Susana y a amarla?

HENRI.—Provisionalmente, sí.

PHILIPPE.—¿Provisionalmente?

HENRI.—Mientras estemos aquí. Te pido que vivamos como hermanos los tres.

PHILIPPE.—¡Pero hace diez días vivías como hermano y no lo podías soportar! Además, imagínate que no llega ningún barco antes de tres meses: te veo venir, dentro de un par de semanas, a proponerme una nueva fórmula... menos fraternal.

HENRI.—No bromeo, Philippe. Susana vivirá en la cabaña pequeña.

PHILIPPE.—¿Y yo?

HENRI.—Conmigo, en la otra.

PHILIPPE.—¡Ah! Escúchame, Henri, tú sabes que te quiero, ¿no es así? (De repente.) ¿También has consultado eso con ella? ¿Se lo has dicho?

HENRI.—Sí.

PHILIPPE.—¿Y está de acuerdo ahora también?

HENRI.—No... ¡Todavía no!

PHILIPPE.—No... ¿Pero y tú? *(Breve pausa.)* Yo tampoco.

HENRI.—¿No quieres?

PHILIPPE.—¡Ah! ¡No y no! ¡Eres demasiado exigente! Creo que, en términos generales, he sido bastante bueno... Te doy a Susana; te he dado un par de zapatos.

HENRI.—¿Cómo eres? ¡Te digo que sufro y me niegas tu ayuda!

PHILIPPE.—¡Mi ayuda! ¡Qué cosas tienes! ¡Qué puedo hacer yo? Sé lo que te desespera. Pensar que amo a Susana y que ella me ama. ¿Te imaginas que está loca por ti? ¡Nada de eso! Anoche mismo hablamos de eso.

HENRI.—¿Ah, sí? ¡De modo que habláis de mí! Os estoy oyendo: El bueno de Henri. "Ese buen Henri"... ¡El amigo de la familia! Hemos dado un salto atrás... Una mujer, por lo general, evita hablar a su marido de su amante. ¡Y aquí se hace al revés! Ya ves donde estamos. Habláis de mí, como si tal cosa.

PHILIPPE.—Bueno, bueno... Yo se lo diré, te lo prometo. No hablaremos más de ti.

(Pausa.)

HENRI.—A lo que íbamos..., ¿no?, ¿o sí?

PHILIPPE.—¿No o sí, qué?

HENRI.—¿Rechazas mi proposición?

PHILIPPE.—¡Ah!... sí. Te conviene. Dentro de cuatro días tú vendrás aquí y yo pasaré mi semana en la cabaña pequeña.

HENRI.—No comprendes que me importa un comino la cabaña pequeña. Estar o no estar en ella no es la cuestión... ¡Eso no cuenta!

PHILIPPE.—Entonces... ¿qué es lo que cuenta?

HENRI.—Saber que, en ella, yo sufro y tú roncas. ¿Comprendes?

PHILIPPE.—¡Ah! Bueno. Si es por eso voy a tranquilizarte en seguida. Susana podrá decírtelo también: yo no ronco jamás. Era una metáfora.

HENRI.—¡Eres un cerdo!

PHILIPPE.—¡Grosérol!

HENRI.—¡Ah! ¡Me gustaría que esta isla no estuviera desierta

y que algún negro se fuera con tu mujer. Entonces sabrías comprenderme...

(Sale.)

PHILIPPE. *(Solo.)*—Está como una cabra... ¡Bueno! Ahora voy a ver si la plancha de corcho está seca... *(Se acerca al mástil contra el que, desde el principio, está apoyado un gran trozo de corcho expuesto al sol.)* ¡Es perfecta para clavar las mariposas! *(Se dirige hacia la cabaña pequeña.)* ¡Habrás que verlo más despacio!... *(Después cambia de camino.)* ¡Ah! ¡Es verdad! *(Se dirige a la otra cabaña.)* Ahora vivo en esa otra.

(Desaparece por la grande. Se oye el silbido de una flecha que, saliendo aparentemente de entre bastidores, va a clavarse, vibrando, en el poste. Casi inmediatamente aparece un soberbio NEGRO, joven, atlético, una estatua vestida con un taparrabos. Lleva, como los tahitianos, un gran collar de flores al cuello, y en la cabeza, enormes plumas. Entra y permanece en pie, inmóvil, con su arco en la mano. PHILIPPE sale de su cabaña con otra plancha de corcho donde están clavadas algunas mariposas. Las examina, inclinando la cabeza y avanzando, mientras canta alegremente.)

"Cuando las mariposas
lleven tirantes
serán fieles los pechos
de los amantes."

(Llega al poste y sorprende sin comprender, al principio, la presencia de la flecha, contemplándola largo rato. Después, sin decidirse a volverse demasiado aprisa, sigue lentamente, primero con la mirada, luego con la cabeza y finalmente con el busto, la trayectoria que ha seguido para llegar allí... Y cuando ya se ha vuelto del todo descubre al NEGRO y se apresura a ponerse detrás del mástil.)

HENRI.—Sí.

PHILIPPE.—¿Y está de acuerdo ahora también?

HENRI.—No... ¡Todavía no!

PHILIPPE.—No... ¡Pero y tú? *(Breve pausa.)* Yo tampoco.

HENRI.—¿No quieres?

PHILIPPE.—¡Ah! ¡No y no! ¡Eres demasiado exigente! Creo que, en términos generales, he sido bastante bueno... Te doy a Susana; te he dado un par de zapatos.

HENRI.—¿Cómo eres? ¡Te digo que sufro y me niegas tu ayuda!

PHILIPPE.—¡Mi ayuda! ¡Qué cosas tienes! ¿Qué puedo hacer yo? Sé lo que te desespera. Pensar que amo a Susana y que ella me ama. ¿Te imaginas que está loca por ti? ¡Nada de eso! Anoche mismo hablamos de eso.

HENRI.—¡Ah, sí? ¡De modo que habláis de mí! Os estoy oyendo: El bueno de Henri. "Ese buen Henri"... ¡El amigo de la familia! Hemos dado un salto atrás... Una mujer, por la general, evita hablar a su marido de su amante. ¡Y aquí se hace al revés! Ya ves donde estamos. Habláis de mí, como si tal cosa.

PHILIPPE.—Bueno, bueno... Yo se lo diré, te lo prometo. No hablaremos más de ti.

(Pausa.)

HENRI.—A lo que íbamos..., ¿no?, ¿o sí?

PHILIPPE.—¿No o sí, qué?

HENRI.—¿Rechazas mi proposición?

PHILIPPE.—¡Ah!... sí. Te conviene. Dentro de cuatro días tú vendrás aquí y yo pasaré mi semana en la cabaña pequeña.

HENRI.—No comprendes que me importa un comino la cabaña pequeña. Estar o no estar en ella no es la cuestión... ¡Eso no cuenta!

PHILIPPE.—Entonces... ¿qué es lo que cuenta?

HENRI.—Saber que, en ella, yo sufro y tú roncas. ¿Comprendes?

PHILIPPE.—¡Ah! Bueno. Si es por eso voy a tranquilizarte en seguida. Susana podrá decírtelo también: yo no ronco jamás. Era una metáfora.

HENRI.—¡Eres un cerdo!

PHILIPPE.—¡Grosero!

HENRI.—¡Ah! ¡Me gustaría que esta isla no estuviera desierta

y que algún negro se fuera con tu mujer. Entonces sabrías comprenderme...

(Sale.)

PHILIPPE. *(Solo.)*—Está como una cabra... ¡Bueno! Ahora voy a ver si la plancha de corcho está seca... *(Se acerca al mástil contra el que, desde el principio, está apoyado un gran trozo de corcho expuesto al sol.)* ¡Es perfecta para clavar las mariposas! *(Se dirige hacia la cabaña pequeña.)* ¡Habrà que verlo más despaciol... *(Después cambia de camino.)* ¡Ah! ¡Es verdad! *(Se dirige a la otra cabaña.)* Ahora vivo en esa otra.

(Desaparece por la grande. Se oye el silbido de una flecha que, saliendo aparentemente de entre bastidores, va a clavarse, vibrando, en el poste. Casi inmediatamente aparece un soberbio NEGRO, joven, atlético, una estatua vestida con un taparrabos. Lleva, como los tahitianos, un gran collar de flores al cuello, y en la cabeza, enormes plumas. Entra y permanece en pie, inmóvil, con su arco en la mano. PHILIPPE sale de su cabaña con otra plancha de corcho donde están clavadas algunas mariposas. Las examina, inclinando la cabeza y avanzando, mientras canta alegremente.)

"Cuando las mariposas
lleven tirantes
serán fieles los pechos
de los amantes."

(Llega al poste y sorprende sin comprender, al principio, la presencia de la flecha, contemplándola largo rato. Después, sin decidirse a volverse demasiado aprisa, sigue lentamente, primero con la mirada, luego con la cabeza y finalmente con el busto, la trayectoria que ha seguido para llegar allí... Y cuando ya se ha vuelto del todo descubre al NEGRO y se apresura a ponerse detrás del mástil.)

¡Caramba! ¿De dónde salió usted? *(El NEGRO se inclina respetuosamente.)* ¡Buenos días... buenos días, amigo...! *(El NEGRO sigue saludando.)* ¡De acuerdo, señor! ¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡No vamos a estar dándonos los buenos días hasta mañana! En fin... más vale así... No debe ser un negro violento... *(Al NEGRO.)* ¡Eh! Usted... usted. *(No sabe qué decir.)* Ante todo, ¿qué idioma hablará? ¡Sí, que va a ser cómodo! *(Al NEGRO.)* Usted hablará... hablará el negro, naturalmente, ¿no? *(El NEGRO saluda otra vez.)* ¡Ya, ya! ¡Buenos días! Empieza de nuevo... Un momento, ¿me permite? Voy a buscar refuerzos. No se mueva, Arthur..., vuelvo en seguida... *(Sale llamando.)* ¡Susana! ¡Henri!

(El NEGRO va al mástil, retira la flecha y la coloca, entre otras varias, en un pequeño carcaj de madera. Entra HENRI, corriendo.)

HENRI. *(Se dirige con paso decidido hacia la cabaña. Al ver al NEGRO se detiene. El NEGRO saluda. HENRI sale por la derecha, llamando.)*—¡Philippe!...

SUSANA.—Luego diréis que no soy una excelente ama de casa... Ya tengo preparada la comida y ahora estoy con las camas. *(Se detiene de pronto y lanza un grito de espanto.)* ¡Ay! *(Queda inmóvil frente al NEGRO, examinándolo detenidamente a través de las hojas que le ocultan el rostro; después deja caer el brazado, y con una especie de interés y de sorpresa ante la bella estatua masculina, lanza un breve "¡Oh!" de sorpresa no exento de admiración. El NEGRO se inclina respetuosamente. Ella hace una leve reverencia. El NEGRO insiste. Ella acentúa su reverencia. Luego, con la garganta paralizada aún por la sorpresa y la emoción, aventura:)* Usted... usted... ¿Vive en la isla? Usted... Usted... ¿es usted el rey? ¿El rey de la isla? ¿El hijo...? ¿El hijo del rey...? *(El NEGRO hace una gran inclinación y avanza hacia ella, que retrocede.)* ¡Eh! *(El se detiene. Ella está molesta.)* Yo no he querido... No es que yo... He dicho "¡eh!" porque... Ustedes no son antropófagos, ¿verdad? Quiero decir su familia... *(El NEGRO se quita la guirnalda de flores que lleva al cuello y se la tiende, estirando el brazo. Ella se hace de mieles.)* ¡Oh! Pero... Eso es demasiada galantería... Gracias... Verdadera-

mente... sí... *(No sabe lo que debe hacer. Finalmente se aproxima y se arrodilla ante él.)* Con mucho gusto, príncipe... En fin, yo... *(El la pone al cuello la guirnalda y la levanta. Ella inicia otra reverencia.)* ¡Gracias, príncipe..., muchas gracias! Es demasiado... *(Ella sonríe ampliamente y el NEGRO también. Se oyen las voces de HENRI y de PHILIPPE que se aproximan, llamando a SUSANA.)* ¡Ah!... Sí, precisamente estoy aquí con mi marido y con mi... un amigo... Son ellos los que me llaman... No tenga miedo... *(Contestando.)* ¡Estoy aquí!

(PHILIPPE, por la derecha, y HENRI, por la izquierda, entran en tromba.)

LOS DOS. *(A la vez.)*—¿Estás ahí? ¿Lo has visto?

SUSANA.—¿Vosotros también?

LOS DOS.—¡Sí!

SUSANA.—Está muy bien. Es el hijo del rey...

(Los dos la miran.)

PHILIPPE.—¿Te ha hablado?

SUSANA.—No; pero basta verle...

HENRI.—¿Qué ha hecho?

(El NEGRO saluda.)

SUSANA.—Nada. Saluda... Me ha dado esta guirnalda en señal de amistad.

PHILIPPE.—Ya lo veo. Esta isla es muy grande y está habitada. ¡Ya os lo decía yo!

HENRI.—Tú nos lo decías, pero no has llegado nunca al extremo de la isla. Si fuera de las dimensiones de Australia, no me sorprendería mucho que estuviese habitada.

(Larga pausa de observación recíproca.)

PHILIPPE.—¿Vamos a estarnos así quince días? Será necesario tratar de entendernos con este muchacho. Bueno: voy a probar...

(Avanza un paso. HENRI lo retiene.)

¡Caramba! ¿De dónde sale usted? *(El NEGRO se inclina respetuosamente.)* ¡Buenos días... buenos días, amigo...! *(El NEGRO sigue saludando.)* ¡De acuerdo, señor! ¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡No vamos a estar dándonos los buenos días hasta mañana! En fin... más vale así... No debe ser un negro violento... *(Al NEGRO.)* ¡Eh! Usted... usted. *(No sabe qué decir.)* Ante todo, ¿qué idioma hablará? ¡Sí, que va a ser cómodo! *(Al NEGRO.)* Usted hablará... hablará el negro, naturalmente, ¿no? *(El NEGRO saluda otra vez.)* ¡Ya, ya! ¡Buenos días! Empieza de nuevo... Un momento, ¿me permite? Voy a buscar refuerzos. No se mueva, Arthur..., vuelvo en seguida... *(Sale llamando.)* ¡Susana! ¡Henri!

(El NEGRO va al mástil, retira la flecha y la coloca, entre otras varias, en un pequeño carcaj de madera. Entra HENRI, corriendo.)

HENRI. *(Se dirige con paso decidido hacia la cabaña. Al ver al NEGRO se detiene. El NEGRO saluda. HENRI sale por la derecha, llamando.)*—¡Philippel...

SUSANA.—Luego diréis que no soy una excelente ama de casa... Ya tengo preparada la comida y ahora estoy con las camas. *(Se detiene de pronto y lanza un grito de espanto.)* ¡Ay! *(Queda inmóvil frente al NEGRO, examinándolo detenidamente a través de las hojas que le ocultan el rostro; después deja caer el brazo, y con una especie de interés y de sorpresa ante la bella estatua masculina, lanza un breve "Oh!" de sorpresa no exento de admiración. El NEGRO se inclina respetuosamente. Ella hace una leve reverencia. El NEGRO insiste. Ella acentúa su reverencia. Luego, con la garganta paralizada aún por la sorpresa y la emoción, aventura:)* Usted... usted... ¿Vive en la isla? Usted... Usted... ¿es usted el rey? ¿El rey de la isla? ¿El hijo...? ¿El hijo del rey...? *(El NEGRO hace una gran inclinación y avanza hacia ella, que retrocede.)* ¡Eh! *(El se detiene. Ella está molesta.)* Yo no he querido... No es que yo... He dicho "¡eh!" porque... Ustedes no son antropófagos, ¿verdad? Quiero decir su familia... *(El NEGRO se quita la guirnalda de flores que lleva al cuello y se la tiende, estirando el brazo. Ella se hace de muelas.)* ¡Oh! Pero... Eso es demasiada galantería... Gracias... Verdadera-

mente... sí... *(No sabe lo que debe hacer. Finalmente se aproxima y se arrodilla ante él.)* Con mucho gusto, príncipe... En fin, yo... *(El la pone al cuello la guirnalda y la levanta. Ella inicia otra reverencia.)* ¡Gracias, príncipe..., muchas gracias! Es demasiado... *(Ella sonríe ampliamente y el NEGRO también. Se oyen las voces de HENRI y de PHILIPPE que se aproximan, llamando a SUSANA.)* ¡Ah!... Sí, precisamente estoy aquí con mi marido y con mí... un amigo... Son ellos los que me llaman... No tenga miedo... *(Contestando.)* ¡Estoy aquí!

(PHILIPPE, por la derecha, y HENRI, por la izquierda, entran en tromba.)

LOS DOS. *(A la vez.)*—¿Estás ahí? ¿Lo has visto?

SUSANA.—¿Vosotros también?

LOS DOS.—¡Sí!

SUSANA.—Está muy bien. Es el hijo del rey...

(Los dos la miran.)

PHILIPPE.—¿Te ha hablado?

SUSANA.—No; pero basta verle...

HENRI.—¿Qué ha hecho?

(El NEGRO saluda.)

SUSANA.—Nada. Saluda... Me ha dado esta guirnalda en señal de amistad.

PHILIPPE.—Ya lo veo. Esta isla es muy grande y está habitada. ¡Ya os lo decía yo!

HENRI.—Tú nos lo decías, pero no has llegado nunca al extremo de la isla. Si fuera de las dimensiones de Australia, no me sorprendería mucho que estuviese habitada.

(Larga pausa de observación recíproca.)

PHILIPPE.—¿Vamos a estarnos así quince días? Será necesario tratar de entendernos con este muchacho. Bueno: voy a probar...

(Avanza un paso. HENRI lo retiene.)

HENRI.—¡Con suavidad!

PHILIPPE.—Ya lo voy conociendo... *(Avanza gravemente. El NEGRO hace un ademán brusco, como para requerir su cuchillo. Hay un grito general y un retroceso de PHILIPPE; éste explica después.)* ¡Ha tenido miedo! Díme, amigo, ¿eres mudo, acaso? Vamos, quiero decir que... ¿Hablas? ¿No hablas?

(Hace gestos para expresarse.)

SUSANA.—¡Ah! Creo que no entiende nuestra lengua...

HENRI.—Eso me figuro yo también.

SUSANA.—No he pensado en ello un instante... ¿Y el inglés?

PHILIPPE.—¡Ah! ¡Buena idea! ¿Habla usted el inglés? *(Rectificando.)* "Do you speak english? You don't speak english?"

(El NEGRO baja la cabeza, siempre como expresando buenas intenciones y su cortesía.)

HENRI.—¡Vaya! Creo que no vale la pena cansarse. No es políglota. Pienso que estamos frente a una población muda o idiota.

SUSANA.—Este no lo parece.

HENRI.—¿Qué hace ahí, plantado como un árbol?

PHILIPPE.—¿Por qué no probamos con sonidos?

HENRI.—¿Qué sonidos?

PHILIPPE.—¡Cualesquiera! *(Señala a lo lejos; gesticula.)* "¿Bulu bulu krakra notnot zizik?"

(SUSANA y HENRI ríen a carcajadas.)

HENRI.—¿Qué es lo que quieres decirle con eso? ¿Si le gusta la música?

PHILIPPE.—¡No, hombre, no! Le pregunto si el resto de su tribu está allí.

SUSANA.—Pues no parece que lo ha comprendido.

PHILIPPE.—Contesta que sí a todo.

SUSANA.—No tiene espíritu de contradicción.

HENRI *(A su vez.)*—Veamos... ¿qué es lo que quieres? *(Haciendo el gesto.)* ¿Comer algo?

(El NEGRO niega, moviendo la cabeza.)

PHILIPPE.—¡No le preguntes esas cosas! Nunca se sabe.

HENRI.—¿Lo veis? Por gestos se comprende todo en seguida.

PHILIPPE.—Entonces, pregúntale por gestos si hay muchos como él en la isla, dónde está su aldea y si están dispuestos a acoger a tres personas que naufragaron hace un mes... ¡Anda!

(El NEGRO se ha vuelto y mira al poste de arriba abajo.)

SUSANA.—¡Ah! ¡Está mirando el poste!

HENRI.—Esto es interesante. Poste. Gran poste.

(El NEGRO toca las cuerdas del mástil.)

PHILIPPE. *(Al NEGRO.)*—Eso son cor-cordeles para tender la ropa... ¿Comprendes?

HENRI.—O, dicho de otra manera: "coco krikri, zazukiminioc"... *(PHILIPPE ríe. El NEGRO se vuelve hasta HENRI y le mira serio.)* ¡Ah! ¡Creo que he dado con algo parecido a su dialecto! ¿Qué es lo que he dicho? *(Repite señalando el mástil y la cuerda.)* ¡Ninive krikri dádac sicoc! ¿Comprendes? *(El NEGRO afirma con un gesto muy seriamente.)* ¿Lo veis? ¡Lo ha comprendido! ¡Es maravilloso! *(El NEGRO se arrima al poste, pone una mano, de plano, sobre su cabeza y se separa conservando dicha mano apoyada en aquél, como para señalar su estatura. Lanza un alegre gruñido indicativo a PHILIPPE.)* ¡Ha lanzado un sonido, el hijo del rey! Esto marcha; progresamos... Creo, Philippe, que desea saber tu estatura. Es la talla. ¡Se propone enrolarte en la guardia de honor de su padre, el rey! ¡Ahora está contento, míralo! ¡Le brillan los ojos! Anda... No se debe disgustar a los hijos de reyes... PHILIPPE.—¡Ahá voy.

(PHILIPPE se coloca, apoyado en el poste, bajo la mano del NEGRO. Este hace señas, alegremente, a HENRI para que se coloque igual al otro lado.)

HENRI.—¿Yo también? ¡También quedo enrolado en la guardia real! Este no es el hijo del rey... ¡Es un agente de reclutamiento! Bueno: aquí estoy, por complacerte... *(Se coloca*

HENRI.—¡Con suavidad!

PHILIPPE.—Ya lo voy conociendo... *(Avanza gravemente. El NEGRO hace un ademán brusco, como para requerir su cuchillo. Hay un grito general y un retroceso de PHILIPPE; éste explica después.)* ¡Ha tenido miedo! Dime, amigo, ¿eres mudo, acaso? Vamos, quiero decir que... ¿Hablas? ¿No hablas?

(Hace gestos para expresarse.)

SUSANA.—¡Ah! Creo que no entiende nuestra lengua...

HENRI.—Eso me figuro yo también.

SUSANA.—No he pensado en ello un instante... ¿Y el inglés?

PHILIPPE.—¡Ah! ¡Buena idea! ¿Habla usted el inglés? *(Rectificando.)* "Do you speak english? You don't speak english?"

(El NEGRO baja la cabeza, siempre como expresando buenas intenciones y su cortesía.)

HENRI.—¡Vaya! Creo que no vale la pena cansarse. No es políglota. Pienso que estamos frente a una población muda o idiota.

SUSANA.—Este no lo parece.

HENRI.—¿Qué hace ahí, plantado como un árbol?

PHILIPPE.—¿Por qué no probamos con sonidos?

HENRI.—¿Qué sonidos?

PHILIPPE.—¡Cualesquiera! *(Señala a lo lejos; gesticula.)* "¿Bulu bulu krakra notnot zizik?"

(SUSANA y HENRI ríen a carcajadas.)

HENRI.—¿Qué es lo que quieres decirle con eso? ¿Si le gusta la música?

PHILIPPE.—¡No, hombre, no! Le pregunto si el resto de su tribu está allí.

SUSANA.—Pues no parece que lo ha comprendido.

PHILIPPE.—Contesta que sí a todo.

SUSANA.—No tiene espíritu de contradicción.

HENRI. *(A su vez.)*—Veamos... ¿qué es lo que quieres? *(Haciendo el gesto.)* ¿Comer algo?

(El NEGRO niega, moviendo la cabeza.)

PHILIPPE.—¡No le preguntes esas cosas! Nunca se sabe.

HENRI.—¿Lo veis? Por gestos se comprende todo en seguida.

PHILIPPE.—Entonces, pregúntale por gestos si hay muchos como él en la isla, dónde está su aldea y si están dispuestos a acoger a tres personas que naufragaron hace un mes... ¡Anda!

(El NEGRO se ha vuelto y mira al poste de arriba abajo.)

SUSANA.—¡Ah! ¡Está mirando el poste!

HENRI.—Esto es interesante. Poste. Gran poste.

(El NEGRO toca las cuerdas del mástil.)

PHILIPPE. *(Al NEGRO.)*—Eso son cor-cordeles para tender la ropa... ¿Comprendes?

HENRI.—O, dicho de otra manera: "coco krikri, zazukiminioc"...

(PHILIPPE ríe. El NEGRO se vuelve hasta HENRI y le mira serio.) ¡Ah! ¡Creo que he dado con algo parecido a su dialecto! ¿Qué es lo que he dicho? *(Repite señalando el mástil y la cuerda.)* ¡Ninive krikri dadac sicoc! ¿Comprendes? *(El NEGRO afirma con un gesto muy seriamente.)* ¿Lo veis? ¡Lo ha comprendido! ¡Es maravilloso! *(El NEGRO se arrima al poste, pone una mano, de plano, sobre su cabeza y se separa conservando dicha mano apoyada en aquél, como para señalar su estatura. Lanza un alegre gruñido indicativo a PHILIPPE.)* ¡Ha lanzado un sonido, el hijo del rey! Esto marcha; progresamos... Creo, Philippe, que desea saber tu estatura. Es la talla. ¡Se propone enrolarte en la guardia de honor de su padre, el rey! ¡Ahora está contento, míralo! ¡Le brillan los ojos! Anda... No se debe disgustar a los hijos de reyes... PHILIPPE.—Allá voy.

(PHILIPPE se coloca, apoyado en el poste, bajo la mano del NEGRO. Este hace señas, alegremente, a HENRI para que se coloque igual al otro lado.)

HENRI.—¿Yo también? ¡También quedo enrolado en la guardia real! Este no es el hijo del rey... ¡Es un agente de reclutamiento! Bueno: aquí estoy, por complacerte... *(Se coloca)*

apoyado en el poste, de espalda a PHILIPPE.) ¿Así? (El NEGRO retira la mano y les hace señas de que no se muevan.) ¡Sin movernos! Veréis cómo nos va a retratar... (Bruscamente con rápido ademán, el NEGRO les pasa una cuerda alrededor del cuello, sujetándolos a los dos fuertemente. Luego, con igual rapidez, coge una de las cuerdas que penden del mástil y en espiral, les ata desde la garganta a los pies; después de lo cual les quita la cuerda que casi los estrangulaba. Todo esto ha durado treinta segundos. SUSANA lanza un fuerte grito y contempla, petrificada, la escena. Apenas les quitan la cuerda del cuello, los estertores de HENRI se transforman en injurias.)

¡Hijo de Satanás! ¡Nos ha amarrado como fardos!

SUSANA.—¡Os está bien empleado! Os dio una buena lección. ¡Así aprenderéis a no burlaros de él!

HENRI.—¿Cómo? ¿Le defiendes aún? ¿Oyes eso, Philippe? ¡Este bandido nos coge a traición y Susana dice que ha hecho bien!

PHILIPPE.—No nos hemos burlado de él, Susana.

SUSANA.—¡Sí! ¡Habéis hablado de negrito y os habéis reído! ¿No veis que él no se ríe nunca? Es de una dignidad magnífica. En primer lugar, que no se llama negrito a un negro; eso es un insulto. ¡Sobre todo para éste! ¿No veis que es excepcional?

HENRI.—¡El hijo del rey, evidentemente!

SUSANA.—¡Sí! ¡Le habéis ofendido! Y ha querido demostraros que era más fuerte que los dos juntos... (Al NEGRO.) ¿No es así? (El NEGRO le tiende la mano.) ¡Fijaos! ¡Me tiende la mano!

PHILIPPE.—Pues dáscela. Hazle comprender que somos amigos. (Al NEGRO.) Amigos... Fraternidad...

(SUSANA entrecacha la mano del NEGRO, el cual sonríe y, con un gesto, la rodea y la conduce hacia la cabaña grande.)

SUSANA.—¿Qué es lo que quiere?

HENRI (Que está atado de cara a los bastidores, de espaldas a la escena, no puede ver a los otros personajes).—¿Qué pasa? ¿Queréis hacer el favor de tenerme al corriente?

(Delante de la cabaña, el NEGRO invita a SUSANA a entrar.)

SUSANA.—¡Ah! ¡Philippe!

PHILIPPE.—¡Amor mío! ¿Qué? ¿Habla?

SUSANA.—¡No... no!... No habla... Pero quiere...

HENRI.—¿Qué?

PHILIPPE.—¿Qué?

SUSANA.—No. No será para qué será. Quiere... que entre con él en la cabaña.

HENRI.—¡Cerdo! ¡Ya te ajustaré yo a ti las cuentas!

SUSANA.—Pero ¿qué es lo que le quieres ajustar tú? ¡No ves que es fuerte como una roca!

HENRI.—¡Roca o no, éste me va a oír dos palabras!

PHILIPPE.—¡Y como no las entenderá!

SUSANA.—¿Os habéis fijado? No sé... Tiene un aire muy dulce... No parece querer nada malo...

HENRI.—¡Eso es! No quiere nada malo, pero empieza por amarrarnos. ¡Eh, Philippe, habla tú!

PHILIPPE.—¿Qué quieres que diga? Pienso. Sólo pienso.

SUSANA.—Estoy convencida de que tiene las mejores intenciones del mundo y que no piensa ni por un instante en ofenderme. (El NEGRO le tiende otra vez la mano.) ¡No hay más que verlo! ¡Tiene un aire muy correcto!

(El NEGRO sigue llevándola hacia la cabaña.)

HENRI.—Tenemos que hacer algo.

SUSANA.—Sí..., pero ¿qué?

HENRI.—¡Vete! ¡Huye!

SUSANA.—¿Y a dónde quieres que vaya? Me alcanzará en seguida. ¡Míralo, ya está! Tú no ves lo que pasa... ¿Y si lo toma a mal y se venga en vosotros? ¡Tiene un puñal...!

HENRI.—Bien: pues aparenta acceder, cógele disimuladamente el cuchillo y ¡mátale! Repite la hazaña de Judith.

SUSANA.—¿Crees que resulta divertido matar a un hombre así, sin más ni más? ¿Es culpa mía que os hayáis dejado amarrar? ¡Me dais risa! (Mirando al NEGRO.) ¿Qué? ¡Bueno!

(El NEGRO insiste.)

PHILIPPE.—¿Qué quiere ahora?

SUSANA.—Insiste. Tiene una idea fija... Un segundo, príncipe...

apoyado en el poste, de espalda a PHILIPPE.) ¿Así? (El NEGRO retira la mano y les hace señas de que no se muevan.) ¡Sin movernos! Veréis cómo nos va a retratar... (Bruscamente con rápido ademán, el NEGRO les pasa una cuerda alrededor del cuello, sujetándolos a los dos fuertemente. Luego, con igual rapidez, coge una de las cuerdas que penden del mástil y en espiral, les ata desde la garganta a los pies; después de lo cual les quita la cuerda que casi los estrangulaba. Todo esto ha durado treinta segundos. SUSANA lanza un fuerte grito y contempla, petrificada, la escena. Apenas les quitan la cuerda del cuello, los estertores de HENRI se transforman en injurias.) ¡Hijo de Satanás! ¡Nos ha amarrado como fardos!

SUSANA.—¡Os está bien empleado! Os dio una buena lección. ¡Así aprenderéis a no burlaros de él!

HENRI.—¿Cómo? ¿Le defiendes aún? ¡Oyes eso, Philippe? ¡Este bandido nos coge a traición y Susana dice que ha hecho bien!

PHILIPPE.—No nos hemos burlado de él, Susana.

SUSANA.—¡Sí! ¡Habéis hablado de negrito y os habéis reído! ¿No veis que él no se ríe nunca? Es de una dignidad magnífica. En primer lugar, que no se llama negrito a un negro; eso es un insulto. ¡Sobre todo para éste! ¿No veis que es excepcional?

HENRI.—¡El hijo del rey, evidentemente!

SUSANA.—¡Sí! ¡Le habéis ofendido! Y ha querido demostraros que era más fuerte que los dos juntos... (Al NEGRO.) ¿No es así? (El NEGRO le tiende la mano.) ¡Fijaos! ¡Me tiende la mano!

PHILIPPE.—Pues dáscela. Hazle comprender que somos amigos. (Al NEGRO.) Amigos... Fraternidad...

(SUSANA entrecacha la mano del NEGRO, el cual sonríe y, con un gesto, la rodea y la conduce hacia la cabaña grande.)

SUSANA.—¿Qué es lo que quiere?

HENRI. (Que está atado de cara a los bastidores, de espaldas a la escena, no puede ver a los otros personajes.)—¿Qué pasa? ¿Queréis hacer el favor de tenerme al corriente?

(Delante de la cabaña, el NEGRO invita a SUSANA a entrar.)

SUSANA.—¡Ah! ¡Philippe!

PHILIPPE.—¡Amor mío! ¿Qué? ¿Habla?

SUSANA.—¡No... no!... No habla... Pero quiere...

HENRI.—¿Qué?

PHILIPPE.—¿Qué?

SUSANA.—No. No será para qué será. Quiere... que entre con él en la cabaña.

HENRI.—¡Cerdo! ¡Ya te ajustaré yo a ti las cuentas!

SUSANA.—Pero ¿qué es lo que le quieres ajustar tú? ¡No ves que es fuerte como una roca!

HENRI.—¡Roca o no, éste me va a oír dos palabras!

PHILIPPE.—¡Y como no las entenderá!

SUSANA.—¿Os habéis fijado? No sé... Tiene un aire muy dulce... No parece querer nada malo...

HENRI.—¡Eso es! No quiere nada malo, pero empieza por amarrarnos. ¡Eh, Philippe, habla tú!

PHILIPPE.—¿Qué quieres que diga? Pienso. Sólo pienso.

SUSANA.—Estoy convencida de que tiene las mejores intenciones del mundo y que no piensa ni por un instante en ofenderme. (El NEGRO le tiende otra vez la mano.) ¡No hay más que verlo! ¡Tiene un aire muy correcto!

(El NEGRO sigue llevándola hacia la cabaña.)

HENRI.—Tenemos que hacer algo.

SUSANA.—Sí..., pero ¿qué?

HENRI.—¡Vete! ¡Huye!

SUSANA.—¿Y a dónde quieres que vaya? Me alcanzará en seguida. ¡Míralo, ya está! Tú no ves lo que pasa... ¿Y si lo toma a mal y se venga en vosotros? ¡Tiene un puñal...!

HENRI.—Bien: pues aparenta acceder, cógele disimuladamente el cuchillo y ¡mátale! Repite la hazaña de Judith.

SUSANA.—¿Crees que resulta divertido matar a un hombre así, sin más ni más? ¿Es culpa mía que os hayáis dejado amarrar? ¡Me dais risa! (Mirando al NEGRO.) ¿Qué? ¡Bueno!

(El NEGRO insiste.)

PHILIPPE.—¿Qué quiere ahora?

SUSANA.—Insiste. Tiene una idea fija... Un segundo, príncipe...

Estaré con usted en seguida. (A PHILIPPE y HENRI.) Pero acaso no acceda a libertaros sino "bajo condiciones".

HENRI.—¡Sí! ¡Somos sus rehenes!

PHILIPPE.—Pregúntale qué es lo que quiere.

HENRI.—¿Pero va a aceptar?...

PHILIPPE.—¡No acepto! ¡Me aguantó!

HENRI.—¡Grita! ¡Muévete!

PHILIPPE.—¡Muévete tú, si puedes!... Yo no puedo.

HENRI.—De todas maneras, es un poco fuerte...

PHILIPPE.—Es fuerte, no cabe duda. Muy fuerte...

HENRI.—Tú también lo eres...

SUSANA. (Que entre tanto ha planteado por gestos la cuestión. Encantada.)—¿Dice que sí!

HENRI.—¿Qué?

SUSANA.—Dice que os libertará en seguida de...

PHILIPPE.—¿En seguida de qué?

SUSANA.—No sé... ¡No creáis que es fácil de comprender! Vamos... ¡No voy a dejaros ahí atados hasta mañana! Sería bochornoso para mí. (Al NEGRO.) ¡Pasad, príncipe!

(Entra con rapidez en la cabaña.)

HENRI.—¡Apuesto a que esta mañana, al despertarse, ha visto un geranio o un tulipán... Creerá que esto "estaba escrito". (Pausa.) ¡Ahí tienes un amante que no soy yo... Te lo estaba diciendo... ¡Creo que ahora te darás cuenta! ¿O también éste te deja indiferente?

PHILIPPE. (Mirando con impaciencia y fijamente la entrada de la cabaña.)—¡Ahora! ¡Ahora!

HENRI.—Ahora, ¿qué?

PHILIPPE.—¿Qué esperan?

HENRI.—¿Qué esperan?

PHILIPPE.—Sí... para bajar el... telón.

HENRI.—¡Ah! Pobre Philippe. ¿Crees que un hijo de rey se ocupa del telón?

(La cortina de la cabaña cae, desenganchada por una mano invisible.)

PHILIPPE. (Respirando.)—¡Ah!

HENRI. (En un grito.)—¡Telón, que baja el telón!

(El telón de la escena comienza a caer.)

PHILIPPE.—¡Ya cae, Henri, amigo mío! ¡Ya cae!

(Y en efecto, cae el

TELÓN)

Estaré con usted en seguida. (A PHILIPPE y HENRI.) Pero acaso no acceda a libertaros sino "bajo condiciones".

HENRI.—¡Sí! ¡Somos sus rebenes!

PHILIPPE.—Pregúntale qué es lo que quiere.

HENRI.—¿Pero va a aceptar?...

PHILIPPE.—¡No acepto! ¡Me aguanto!

HENRI.—¡Grita! ¡Muévete!

PHILIPPE.—¡Muévete tú, si puedes!... Yo no puedo.

HENRI.—De todas maneras, es un poco fuerte...

PHILIPPE.—Es fuerte, no cabe duda. Muy fuerte...

HENRI.—Tú también lo eres...

SUSANA. (Que entre tanto ha planteado por gestos la cuestión. Encantada.)—¡Dice que sí!

HENRI.—¿Qué?

SUSANA.—Dice que os libertará en seguida de...

PHILIPPE.—¿En seguida de qué?

SUSANA.—No sé... ¡No creáis que es fácil de comprender! Vamos... ¡No voy a dejaros ahí atados hasta mañana! Sería bochornoso para mí. (Al NEGRO.) ¡Pasad, príncipe!

(Entra con rapidez en la cabaña.)

HENRI.—¡Apuesto a que esta mañana, al despertarse, ha visto un geranio o un tulipán... Creerá que esto "estaba escrito". (Pausa.) ¡Ahí tienes un amante que no soy yo... Te lo estaba diciendo... ¡Creo que ahora te darás cuenta! ¿O también éste te deja indiferente?

PHILIPPE. (Mirando con impaciencia y fijamente la entrada de la cabaña.)—¡Ahora! ¡Ahora!

HENRI.—Ahora, ¿qué?

PHILIPPE.—¿Qué esperan?

HENRI.—¿Qué esperan?

PHILIPPE.—Sí... para bajar el... telón.

HENRI.—¡Ah! Pobre Philippe. ¿Crees que un hijo de rey se ocupa del telón?

(La cortina de la cabaña cae, desenganchada por una mano invisible.)

PHILIPPE. (Respirando.)—¡Ah!

HENRI. (En un grito.)—¡Telón, que baja el telón!

(El telón de la escena comienza a caer.)

PHILIPPE.—¡Ya cae, Henri, amigo mío! ¡Ya cae!

(X en efecto, cae el

TELON

ACTO TERCERO

(PHILIPPE y SUSANA están sentados ante una caja grande que les sirve de mesa. Están terminado de comer con unos utensillos muy curiosos por cierto (astillas puntiagudas que sirven de tenedores y los platos son conchas). En el centro de la mesa, y en una gran concha, hay una ración de pescado. HENRI, sentado a cierta distancia de la mesa, está solitario.)

SUSANA.—¡Pero qué testarudo eres! Este pescado está extraordinario, yo misma sería incapaz de prepararlo así.

HENRI.—¡Pues que os aproveche!

SUSANA.—Se te está poniendo un carácter intolerable. Te pasas de la raya. Si ahora empiezas la huelga del hambre, nos vas a amargar la existencia.

HENRI.—¿Quién habla de huelga de hambre? Yo he dicho que no me como ese pescado y es todo.

PHILIPPE.—No hay otro desayuno...

HENRI.—Pues no desayunaré.

SUSANA.—¡Es absurdo, cariño!

HENRI.—No me hace gracia que ese negro se convierta en nuestro cocinero oficial y se encargue de prepararnos todas las comidas en las cocinas de su padre el rey.

SUSANA.—¡No estaría mal! Es una cocinera la que te lo dice.

PHILIPPE.—Sin menospreciar a la cocinera, estoy completamente de acuerdo con ella. ¡No estaría nada mal!

HENRI.—Claro que no. Lo que me extraña es que tú no acon-

sejes a ese caballero que coja a tu mujer de la mano y se la lleve a su choza real, y que en compensación nos sirva diariamente un par de peccos como ése, y hasta estoy seguro de que a Susana le encantaría también esta solución.

SUSANA.—Te estás saliendo por la tangente.

HENRI.—Pero desgraciados, ¿qué habéis hecho de vuestra dignidad?

PHILIPPE.—¿Nuestra dignidad?

SUSANA.—¿A qué te refieres?

HENRI.—¡Es increíble! Ayer al mediodía aparece ante nosotros un individuo, nos ata a Philippe y a mí, como si fuésemos unos malhechores y te seduce tranquilamente. Después ese energúmeno (de quien vosotros decís, no sé por qué, que es el hijo del rey) se marcha como si no hubiera pasado nada. Esta mañana temprano vuelve y nos trae para desayuno un pescado preparado por él o por sus esbirros. Y vosotros, en lugar de tiraros a él para retorcerle el pescuezo y decirle todo lo que pensáis o al menos lo que yo supongo que pensáis, le dais las gracias amablemente y os sentáis a comer como si no hubieseis comido en tres semanas. ¿Qué queréis que os diga... yo creo que en vuestra manera de comportaros con el enemigo no hay ninguna dignidad. Y para colmo de vuestra felicidad sólo falta que os traiga un postre de su cosecha... coco en rodajas o algo por el estilo, jugo de cactus a la hora del té y una succulenta cena después. Entre seis y siete, naturalmente, nos pedirá a Philippe y a mí que nos dejemos maníatar otra vez una media horita, ¿no es así?

PHILIPPE.—Me permito recordarte que tú también estabas aquí cuando el negro ha traído el pescado y tampoco le has retorcido el cuello, aunque sea lo mejor que has podido hacer comparadas tu musculatura con la suya, ni le has dicho una sola palabra de lo que pensabas, que también ha estado muy bien porque no hubiese entendido ni una palabra de tu discurso.

SUSANA.—En cuanto a mí, te aseguro que... contrariamente a lo que afirmas... con humor... no he sido seducida ni mucho menos.

HENRI.—¡Ah! Bueno. Enhorabuena. Estoy maravillado por tanta comprensión.

SUSANA.—Muchas gracias. Tuvimos, eso sí, un cambio de im-

ACTO TERCERO

(PHILIPPE y SUSANA están sentados ante una caja grande que les sirve de mesa. Están terminando de comer con unos utensillos muy curiosos por cierto (astillas puntiagudas que sirven de tenedores y los platos son conchas). En el centro de la mesa, y en una gran concha, hay una ración de pescado. HENRI, sentado a cierta distancia de la mesa, está solitario.)

SUSANA.—¡Pero qué testarudo eres! Este pescado está extraordinario, yo misma sería incapaz de prepararlo así.

HENRI.—¡Pues que os aprovechel!

SUSANA.—Se te está poniendo un carácter intolerable. Te pasas de la raya. Si ahora empiezas la huelga del hambre, nos vas a amargar la existencia.

HENRI.—¿Quién habla de huelga de hambre? Yo he dicho que no me como ese pescado y es todo.

PHILIPPE.—No hay otro desayuno...

HENRI.—Pues no desayunaré.

SUSANA.—¡Es absurdo, cariño!

HENRI.—No me hace gracia que ese negro se convierta en nuestro cocinero oficial y se encargue de prepararnos todas las comidas en las cocinas de su padre el rey.

SUSANA.—¡No estaría mal! Es una cocinera la que te lo dice.

PHILIPPE.—Sin menospreciar a la cocinera, estoy completamente de acuerdo con ella. ¡No estaría nada mal!

HENRI.—Claro que no. Lo que me extraña es que tú no acon-

sejes a ese caballero que coja a tu mujer de la mano y se la lleve a su choza real, y que en compensación nos sirva diariamente un par de peces como ése, y hasta estoy seguro de que a Susana le encantaría también esta solución.

SUSANA.—Te estás saliendo por la tangente.

HENRI.—Pero desgraciados, ¿qué habéis hecho de vuestra dignidad?

PHILIPPE.—¿Nuestra dignidad?

SUSANA.—¿A qué te refieres?

HENRI.—¡Es increíble! Ayer al mediodía aparece ante nosotros un individuo, nos ata a Philippe y a mí, como si fuésemos unos malhechores y te seduce tranquilamente. Después ese energúmeno (de quien vosotros decís, no sé por qué, que es el hijo del rey) se marcha como si no hubiera pasado nada. Esta mañana temprano vuelve y nos trae para desayuno un pescado preparado por él o por sus esbirros. Y vosotros, en lugar de tiraros a él para retorcerle el pescuezo y decirle todo lo que pensáis o al menos lo que yo supongo que pensáis, le dais las gracias amablemente y os sentáis a comer como si no hubieseis comido en tres semanas. Qué queréis que os diga... yo creo que en vuestra manera de comportaros con el enemigo no hay ninguna dignidad. Y para colmo de vuestra felicidad sólo falta que os traiga un postre de su cosecha... coco en rodajas o algo por el estilo, jugo de cactus a la hora del té y una succulenta cena después. Entre seis y siete, naturalmente, nos pedirá a Philippe y a mí que nos dejemos maniar otra vez una media horita, ¿no es así?

PHILIPPE.—Me permito recordarte que tú también estabas aquí cuando el negro ha traído el pescado y tampoco le has retorcido el cuello, aunque sea lo mejor que has podido hacer comparadas tu musculatura con la suya, ni le has dicho una sola palabra de lo que pensabas, que también ha estado muy bien porque no hubiese entendido ni una palabra de tu discurso.

SUSANA.—En cuanto a mí, te aseguro que... contrariamente a lo que afirmas... con humor... no he sido seducida ni mucho menos.

HENRI.—¡Ah! Bueno. Enhorabuena. Estoy maravillado por tanta comprensión.

SUSANA.—Muchas gracias. Tuvimos, eso sí, un cambio de im-

presiones muy cordial; se trataba de ponerlos en libertad. Es injusto decir que ese muchacho se comportó como un salvaje.

HENRI.—¡Claro, claro! ¡No se puede ser más galante de lo que él lo ha sido!

SUSANA.—Es verdad. Tengo que admitir que conmigo se ha comportado de una forma extremadamente correcta.

HENRI.—¡Por el amor de Dios, Philippe, di algo! No me negarás que uno pierde los estribos al oír estas cosas... ¿Tú también encuentras correcto al tipo ese que...? Me pregunto si es que yo me he vuelto loco o sois vosotros los que habéis perdido por completo la razón.

PHILIPPE.—Querido Henri..., yo encuentro su actitud "abusivo"...

HENRI.—"Abusivo"... ¡Perfecto!

PHILIPPE.—Sí, "abusivo" en el más amplio sentido de la palabra; en eso estamos de acuerdo. Ha sido un trato comercial y eso entre nosotros es un hecho inadmisiblemente fuera de uso desde la Edad Media. Sólo que yo me digo que aquí estamos justamente en unas condiciones de vida medievales y cara a cara con un pueblo que tienen una civilización aún más atrasada. Completamente salvaje según parece. Nosotros no tenemos armas y somos dos hombres y una mujer contra un negro que tiene a sus espaldas a toda una tribu. Además, es el jefe. Así que ante este estado de cosas, juzgo preferible, para evitar daños mayores, tenerlo por amigo antes que por enemigo, porque de ser así, estoy seguro de que probaríamos su ferocidad. He ahí mi punto de vista.

HENRI.—O sea, que tú no te atreves con el "príncipe".

PHILIPPE.—¿Y qué harías tú?

HENRI.—¿Yo? Yo me resisto.

PHILIPPE.—¿Qué significa eso?

HENRI.—Que yo como raíces antes que comerme el pescado que me trae quien me seduce.

SUSANA.—¡Y dale!

HENRI.—Es un decir. El es más fuerte que yo, de acuerdo, pero yo le resisto. ¿Cómo? No comiendo.

PHILIPPE.—¿Y qué más?

HENRI.—No hago pactos con un enemigo al que desprecio.

¡Eso es!

SUSANA.—¿Y si te mata?

HENRI.—¡Pues me muero!

SUSANA.—¡Eso es idiota!

HENRI.—¿El qué?

SUSANA.—Morirse.

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Porque quizás dentro de tres días llegue un barco y seamos rescatados. Rescatar a un muerto no tiene objeto.

HENRI.—Ya veo que no vamos a ponernos de acuerdo. Dejémoslo. ¡Comed, comed su pescado! *(Ve venir al NEGRO.)* ¿Ves? Lo que os decía... Las rodajas de coco. ¡Qué barbaridad!

(El NEGRO trae frutas. Deja en el suelo una gran concha que le sirve de plato. Hace una reverencia rodilla en tierra y SUSANA y PHILIPPE responden a su vez.)

SUSANA.—¡Qué frutas tan maravillosas! ¡Soberbias!... Es usted muy amable. Gracias... El pescado estaba succulento, ¿sabe? Buenísimo... Mmmm... buenísimo. *(Ella se frota el estómago con deleite a la vez que intenta dibujar el pescado.)* ¡Si pudiéramos entendernos, te pediría la receta de ese pescado tan... su-cu-jen-to!

NEGRO.—Puedo dársela cuando quiera, señora.

SUSANA, HENRI y PHILIPPE. *(Al mismo tiempo.)*—¿Qué?

NEGRO.—Yo soy francés y náufrago como ustedes, señores.

SUSANA.—¡No!

NEGRO.—Yo era el cocinero del barco. Perdóname...

(Deja las frutas y se va. Los otros quedan petrificados. Pausa.)

HENRI. *(Triunfante.)*—Esto es el postre. La señora está servida.

SUSANA.—¡Oh!

PHILIPPE.—¡Caramba!

HENRI.—¡Para que os fieis!

PHILIPPE.—¡Es el colmo!

HENRI.—Esta vez "el príncipe", como tú dices, aparece en todo su esplendor.

PHILIPPE.—¿Y tú no te habías dado cuenta?

SUSANA.—¿Yo? ¿Cómo iba a imaginarme?

presiones muy cordial; se trataba de poneros en libertad. Es injusto decir que ese muchacho se comportó como un salvaje.

HENRI.—¡Claro, claro! ¡No se puede ser más galante de lo que él lo ha sido!

SUSANA.—Es verdad. Tengo que admitir que conmigo se ha comportado de una forma extremadamente correcta.

HENRI.—¡Por el amor de Dios, Philippe, dí algo! No me negarás que uno pierde los estribos al oír estas cosas... ¿Tú también encuentras correcto al tipo ese que...? Me pregunto si es que yo me he vuelto loco o sois vosotros los que habéis perdido por completo la razón.

PHILIPPE.—Querido Henri..., yo encuentro su actitud "abusivo"...

HENRI.—"Abusivo"... ¡Perfecto!

PHILIPPE.—Sí, "abusivo" en el más amplio sentido de la palabra; en eso estamos de acuerdo. Ha sido un trato comercial y eso entre nosotros es un hecho inadmisiblemente, fuera de uso desde la Edad Media. Sólo que yo me digo que aquí estamos justamente en unas condiciones de vida medievales y cara a cara con un pueblo que tienen una civilización aún más atrasada. Completamente salvaje según parece. Nosotros no tenemos armas y somos dos hombres y una mujer contra un negro que tiene a sus espaldas a toda una tribu. Además, es el jefe. Así que ante este estado de cosas, juzgo preferible, para evitar daños mayores, tenerlo por amigo antes que por enemigo, porque de ser así, estoy seguro de que probaríamos su ferocidad. He ahí mi punto de vista.

HENRI.—O sea, que tú no te atreves con el "príncipe".

PHILIPPE.—¿Y qué harías tú?

HENRI.—¿Yo? Yo me resisto.

PHILIPPE.—¿Qué significa eso?

HENRI.—Que yo como raíces antes que comerme el pescado que me trae quien me seduce.

SUSANA.—¡Y dale!

HENRI.—Es un decir. El es más fuerte que yo, de acuerdo, pero yo le resisto. ¿Cómo? No comiendo.

PHILIPPE.—¿Y qué más?

HENRI.—No hago pactos con un enemigo al que desprecio. ¡Eso es!

SUSANA.—¿Y si te mata?

HENRI.—¡Pues me muero!

SUSANA.—¡Eso es idiota!

HENRI.—¿El qué?

SUSANA.—Morirse.

HENRI.—¿Por qué?

SUSANA.—Porque quizás dentro de tres días llegue un barco y seamos rescatados. Rescatar a un muerto no tiene objeto.

HENRI.—Ya veo que no vamos a ponernos de acuerdo. Déjemoslo. ¡Comed, comed su pescado! (Ve venir al NEGRO.) ¿Ves? Lo que os decía... Las rodajas de coco. ¡Qué barbaridad!

(El NEGRO trae frutas. Deja en el suelo una gran concha que le sirve de plato. Hace una reverencia rodilla en tierra y SUSANA y PHILIPPE corresponden a su vez.)

SUSANA.—¡Qué frutas tan maravillosas! ¡Soberbias!... Es usted muy amable. Gracias... El pescado estaba succulento, ¿sabe? Buenísimo... Mmmm... buenísimo. (Ella se frota el estómago con deleite a la vez que intenta dibujar el pescado.) ¡Si pudiéramos entendernos, te pediría la receta de ese pescado tan... su-cu-len-to!

NEGRO.—Puedo dársela cuando quiera, señora.

SUSANA, HENRI y PHILIPPE. (Al mismo tiempo.)—¿Qué?

NEGRO.—Yo soy francés y náufrago como ustedes, señores.

SUSANA.—¡No!

NEGRO.—Yo era el cocinero del barco. Perdónenme...

(Deja las frutas y se va. Los otros quedan petrificados. Pausa.)

HENRI. (Triunfante.)—Esto es el postre. La señora está servida.

SUSANA.—¡Oh!

PHILIPPE.—¡Caramba!

HENRI.—¡Para que os fieis!

PHILIPPE.—¡Es el colmo!

HENRI.—Esta vez "el príncipe", como tú dices, aparece en todo su esplendor.

PHILIPPE.—¿Y tú no te habías dado cuenta?

SUSANA.—¿Yo? ¿Cómo iba a imaginarme?

PHILIPPE.—¡Qué tiempos! ¡Cocinero... y negro!

SUSANA.—Bueno... ¿Y a qué esperáis?

PHILIPPE.—¿Para qué?

SUSANA.—¿Cómo que para qué? ¡Para lincharle! A fin de cuentas, es un negro. No tiene una tribu que le respalde. Vosotros sois dos contra uno: es el momento de demostrar vuestra hombría. ¿Es que no os dais cuenta de que el cocinero de un barco me ha ofendido?

PHILIPPE.—¿Pero no acabas de decir?...

SUSANA.—He dicho que se podía tolerar en un rey salvaje que obraba de acuerdo con unas leyes que nosotros desconocíamos, pero no a un cocinero de un barco. Reconoceréis conmigo que no es lógico aceptar eso de una persona civilizada. ¡Salvaje! Con razón dicen que el cine educa a las masas. Les infunde ideas propias. Un verdadero salvaje nunca hubiera obrado así. Hubiera tenido miedo de que su dios le castigase. ¿Y qué? ¿No vais a lincharle? ¿Es así como vais a vengar la violencia de la que he sido víctima?

PHILIPPE.—Pero Susana, ¿cómo quieres que le linchemos si ya no está aquí?

SUSANA.—¡Perseguidle!... ¡Prendedle! ¡Rodeadle!

PHILIPPE.—No se puede rodear a nadie entre dos.

SUSANA.—¿Entonces tendríais que ser diez?

PHILIPPE.—Para rodearle por lo menos cinco o seis. Y tiene un cuchillo de cocina así de largo y sin duda lo sabe usar muy bien.

SUSANA.—Es posible, pero no le servirá de nada si le atáis al poste.

PHILIPPE.—¿Para qué?

(Ella ha recogido dos lianas y da una a cada uno.)

SUSANA.—Ayer él os amarró a traición y hoy le amarraremos nosotros de la misma manera. Después yo sé lo que tengo que hacer. Os tumbáis los dos en el suelo como si estuvierais durmiendo la siesta. Yo me encargo de llevarle al poste. Henri le golpeará. Después Philippe le atará las manos. Y no podrá escapar. ¿Lo habéis entendido?

PHILIPPE.—De acuerdo. (A HENRI.) Procura no errar el golpe o todo se echaría a perder.

HENRI.—Creo que hemos traspasado los límites de lo grotesco.

SUSANA.—Es posible, pero yo tendré a ese negro a mi disposición. Y también le impondré unas pequeñas condiciones. ¡Ya va a ver!

HENRI.—¿Y cómo piensas atraerle hacia aquí?

SUSANA.—Dejadme a mí. No creo que ande muy lejos. Voy a llamarle y saldrá a su encuentro. (Ella sale y llama.) ¡Oh, oh!

HENRI.—¡Saldrá a su encuentro! ¡Qué inconsciente! Nosotros somos un par de estúpidos que hacemos siempre su capricho.

PHILIPPE.—Vamos al suelo.

(Lo hacen.)

HENRI.—¡Da pena vernos! ¡Con estos fracs parecemos dos presidentes de la república asesinados!

PHILIPPE.—¿Por qué dos presidentes de la república?

HENRI.—Porque a los presidentes de la república siempre los asesinan vestidos de frac. ¿No te habías dado cuenta?

PHILIPPE.—Sí..., pero también he notado que nunca asesinan a dos a la vez.

HENRI.—Mi enhorabuena a tu gran lógica, siempre tan precisa. ¡Dios mío! ¡Qué duro está esto!

(SUSANA sigue llamando "¡Oh, oh!")

PHILIPPE.—No vayas a fallar el golpe, ¿eh?, Henri.

HENRI.—Con las ganas que le tengo...

PHILIPPE.—Voy a roncar.

HENRI.—Por mí, no te preocupes.

PHILIPPE.—Quiero decir que simularé un ronquido.

HENRI.—¿Por qué?

PHILIPPE.—Para que parezca que estamos dormidos.

HENRI.—Cierra los ojos que con eso basta.

PHILIPPE.—Ya está.

HENRI.—Me da igual de todas maneras.

PHILIPPE.—No, he dicho que ahí está: ella.

HENRI.—¿Ah, sí?

PHILIPPE.—¡Qué tiempos! ¡Cocinero... y negro!

SUSANA.—Bueno... ¿Y a qué esperáis?

PHILIPPE.—¿Para qué?

SUSANA.—¿Cómo que para qué? ¡Para lincharle! A fin de cuentas, es un negro. No tiene una tribu que le respalde. Vosotros sois dos contra uno: es el momento de demostrar vuestra hombría. ¿Es que no os dais cuenta de que el cocinero de un barco me ha ofendido?

PHILIPPE.—¿Pero no acabas de decir?...

SUSANA.—He dicho que se podía tolerar en un rey salvaje que obraba de acuerdo con unas leyes que nosotros desconocíamos, pero no a un cocinero de un barco. Reconoceréis conmigo que no es lógico aceptar eso de una persona civilizada. ¡Salvaje! Con razón dicen que el cine educa a las masas. Les infunde ideas propias. Un verdadero salvaje nunca hubiera obrado así. Hubiera tenido miedo de que su dios le castigase. ¿Y qué? ¿No vais a lincharle? ¿Es así como vais a vengar la violencia de la que he sido víctima?

PHILIPPE.—Pero Susana, ¿cómo quieres que le linchemos si ya no está aquí?

SUSANA.—¡Perseguidle!... ¡Prendedle! ¡Rodeadle!

PHILIPPE.—No se puede rodear a nadie entre dos.

SUSANA.—¿Entonces tendríais que ser diez?

PHILIPPE.—Para rodearle por lo menos cinco o seis. Y tiene un cuchillo de cocina así de largo y sin duda lo sabe usar muy bien.

SUSANA.—Es posible, pero no le servirá de nada si le atáis al poste.

PHILIPPE.—¿Para qué?

(Ella ha recogido dos lianas y da una a cada uno.)

SUSANA.—Ayer él os amarró a traición y hoy le amarraremos nosotros de la misma manera. Después yo sé lo que tengo que hacer. Os tumbáis los dos en el suelo como si estuvierais durmiendo la siesta. Yo me encargo de llevarle al poste. Henri le golpeará. Después Philippe le atará las manos. Y no podrá escapar. ¿Lo habéis entendido?

PHILIPPE.—De acuerdo. (A HENRI.) Procura no errar el golpe o todo se echaría a perder.

HENRI.—Creo que hemos traspasado los límites de lo grotesco.

SUSANA.—Es posible, pero yo tendré a ese negro a mi disposición. Y también le impondré unas pequeñas condiciones. ¡Ya va a ver!

HENRI.—¿Y cómo piensas atraerle hacia aquí?

SUSANA.—Dejadme a mí. No creo que ande muy lejos. Voy a llamarle y saldrá a su encuentro. (Ella sale y llama.) ¡Oh, oh!

HENRI.—¡Saldrá a su encuentro! ¡Qué inconsciente! Nosotros somos un par de estúpidos que hacemos siempre su capricho.

PHILIPPE.—Vamos al suelo.

(Lo hacen.)

HENRI.—¡Da pena vernos! ¡Con estos fracs parecemos dos presidentes de la república asesinados!

PHILIPPE.—¿Por qué dos presidentes de la república?

HENRI.—Porque a los presidentes de la república siempre los asesinan vestidos de frac. ¿No te habías dado cuenta?

PHILIPPE.—Sí..., pero también he notado que nunca asesinan a dos a la vez.

HENRI.—Mi enhorabuena a tu gran lógica, siempre tan precisa. ¡Dios mío! ¡Qué duro está esto!

(SUSANA sigue llamando "¡Oh, oh!")

PHILIPPE.—No vayas a fallar el golpe, ¿eh?, Henri.

HENRI.—Con las ganas que le tengo...

PHILIPPE.—Voy a roncar.

HENRI.—Por mí, no te preocupes.

PHILIPPE.—Quiero decir que simularé un ronquido.

HENRI.—¿Por qué?

PHILIPPE.—Para que parezca que estamos dormidos.

HENRI.—Cierra los ojos que con eso basta.

PHILIPPE.—Ya está.

HENRI.—Me da igual de todas maneras.

PHILIPPE.—No, he dicho que ahí está: ella.

HENRI.—¿Ah, sí?

PHILIPPE.—¡Sch! *(Se tumba bruscamente y ronca. Dándose cuenta de pronto.)* ¡Ah, no! ¡Es verdad! Perdona.

(Entra SUSANA de espaldas. Hace una seña misteriosa al NEGRO para que la siga. El entra. Ella le muestra a los dos durmiendo.)

SUSANA.—Están dormidos.

NEGRO.—¡Ah!

SUSANA.—Duermen la siesta.

NEGRO.—¡Estupendo!

(La agarra del brazo y se la lleva hacia un lado.)

SUSANA.—¡Oiga! *(Comprende sus intenciones.)* Pero escuche, está usted loco. *(Y ella los señala como para darle una razón por su negativa.)* Espere...

NEGRO.—Ya verá.

(Va hacia ellos. Ambos están tumbados de forma que se tocan los pies. Y el NEGRO, quitándose rápidamente una cuerda que lleva a la cintura, los ata con los pies juntos.)

HENRI y PHILIPPE.—¡Oiga!, pero ¿qué es esto?

SUSANA.—¡No haga eso!

HENRI.—¿Es que le va a durar a usted mucho tiempo esa manía de atar a la gente?

PHILIPPE.—Esta vez está abusando de nosotros. Haga el favor de deshacer el nudo inmediatamente, se lo ruego. *(SUSANA le ha quitado el cuchillo y se lo pone en la espalda.)* Con una vez ya es bastante.

NEGRO.—Usted perdone...

HENRI.—¡Al diablo con sus excusas!

(Ellos se desatan.)

PHILIPPE.—Además le ruego que considere que yo soy el marido de la señora. La señora es mi mujer.

NEGRO.—Sí, claro...

PHILIPPE.—¡Claro! ¡Le voy a partir la cara!

SUSANA.—No, querido, no. No lo estropeemos. Sobre todo tenemos que mantener nuestra sangre fría. *(SUSANA coge al NEGRO por el brazo y señalándole el cielo le lleva hasta el poste.)* ¡Oh, mire!

PHILIPPE.—¿Qué?

SUSANA.—¿No ha visto el cielo?

PHILIPPE.—¿Qué hay? ¿Una cruz blanca? ¿Una estrella?

SUSANA.—No. ¡Otra vez!

HENRI.—¿Pero qué?

SUSANA.—¡Mirad!

PHILIPPE.—Yo no veo nada de nada.

(SUSANA se desespera al ver que ellos no comprenden su intención.)

SUSANA. *(Al NEGRO.)*—¿Huy, no ve nada?

NEGRO.—No.

SUSANA.—Una especie de poste...

NEGRO.—¡Ah! ¿En el cielo?

PHILIPPE. *(A HENRI.)*—¿Ves un poste?

SUSANA. *(Furiosa.)*—No, él no ve ningún poste. ¡Vosotros jamás veis nada ni el uno ni el otro! Pero usted... usted sí lo ve, ¿verdad? Un poste... un poste con... un hombre apoyado..., ¿lo ve?

PHILIPPE y HENRI.—¡Ah! ¡Un poste! ¡Sí, claro, claro!

PHILIPPE. *(Se lo enseña al NEGRO.)*—¿Lo ve? Vuelva un poco la cabeza y lo verá usted mejor. Así...

(HENRI ha pasado por detrás del poste y da un golpe al NEGRO.)

HENRI.—¡Ya está!

SUSANA.—¡Os ha costado Dios y ayuda!

PHILIPPE.—Verás, yo...

HENRI.—Ya se lo explicará más tarde. Tú, las manos, rápido. Si no le voy a ahogar.

PHILIPPE.—A ver, a ver. A mí. Deme usted sus manos por detrás del poste, joven. Vamos, de prisa.

(El NEGRO lo hace y PHILIPPE le ata por las muñecas.)

PHILIPPE.—¡Sch! *(Se tumba bruscamente y ronca. Dándose cuenta de pronto.)* ¡Ah, no! ¡Es verdad! Perdona.

(Entra SUSANA de espaldas. Hace una seña misteriosa al NEGRO para que la siga. El entra. Ella le muestra a los dos durmiendo.)

SUSANA.—Están dormidos.

NEGRO.—¡Ah!

SUSANA.—Duermen la siesta.

NEGRO.—¡Estupendo!

(La agarra del brazo y se la lleva hacia un lado.)

SUSANA.—¡Oiga! *(Comprende sus intenciones.)* Pero escuche, está usted loco. *(Y ella los señala como para darle una razón por su negativa.)* Espere...

NEGRO.—Ya verá.

(Va hacia ellos. Ambos están tumbados de forma que se tocan los pies. Y el NEGRO, quitándose rápidamente una cuerda que lleva a la cintura, los ata con los pies juntos.)

HENRI y PHILIPPE.—¡Oiga!, pero ¿qué es esto?

SUSANA.—¡No haga eso!

HENRI.—¿Es que le va a durar a usted mucho tiempo esa manía de atar a la gente?

PHILIPPE.—Esta vez está abusando de nosotros. Haga el favor de deshacer el nudo inmediatamente, se lo ruego. *(SUSANA le ha quitado el cuchillo y se lo pone en la espalda.)* Con una vez ya es bastante.

NEGRO.—Usted perdone...

HENRI.—¡Al diablo con sus excusas!

(Ellos se desatan.)

PHILIPPE.—Además le ruego que considere que yo soy el marido de la señora. La señora es mi mujer.

NEGRO.—Sí, claro...

PHILIPPE.—¡Claro! ¡Le voy a partir la cara!

SUSANA.—No, querido, no. No lo estropeemos. Sobre todo tenemos que mantener nuestra sangre fría. *(SUSANA coge al NEGRO por el brazo y señalándole el cielo le lleva hasta el poste.)*

¡Oh, mire!

PHILIPPE.—¿Qué?

SUSANA.—¿No ha visto el cielo?

PHILIPPE.—¿Qué hay? ¿Una cruz blanca? ¿Una estrella?

SUSANA.—No. ¡Otra vez!

HENRI.—¿Pero qué?

SUSANA.—¡Mirad!

PHILIPPE.—Yo no veo nada de nada.

(SUSANA se desespera al ver que ellos no comprenden su intención.)

SUSANA. *(Al NEGRO.)*—¿Huy, no ve nada?

NEGRO.—No.

SUSANA.—Una especie de poste...

NEGRO.—¡Ah! ¿En el cielo?

PHILIPPE. *(A HENRI.)*—¿Ves un poste?

SUSANA. *(Furiosa.)*—No, él no ve ningún poste. ¡Vosotros jamás veis nada ni el uno ni el otro! Pero usted... usted sí lo ve, ¿verdad? Un poste... un poste con... un hombre apoyado..., ¿lo ve?

PHILIPPE y HENRI.—¡¡Ah! ¡Un poste! ¡Sí, claro, claro, claro!

PHILIPPE. *(Se lo enseña al NEGRO.)*—¿Lo ve? Vuelva un poco la cabeza y lo verá usted mejor. Así...

(HENRI ha pasado por detrás del poste y da un golpe al NEGRO.)

HENRI.—¡Ya está!

SUSANA.—¡Os ha costado Dios y ayuda!

PHILIPPE.—Verás, yo...

HENRI.—Ya se lo explicará más tarde. Tú, las manos, rápido. Si no le voy a ahogar.

PHILIPPE.—A ver, a ver. A mí. Deme usted sus manos por detrás del poste, joven. Vamos, de prisa.

(El NEGRO lo hace y PHILIPPE le ata por las muñecas.)

HENRI.—¿Ya está?

PHILIPPE.—Ya está. Puedes soltarle.

HENRI.—Bueno, la comedia terminó.

SUSANA.—Se acabó. Gracias. Sois más habilidosos de lo que yo creía.

PHILIPPE.—Bien, ahora explíquenos.

SUSANA. (Al NEGRO.)—¿Dónde estaba usted desde hace un mes?

NEGRO.—Al otro lado de la isla.

SUSANA.—¿Solo?

NEGRO.—Sí.

SUSANA.—¿Y no se le ocurrió ver si había otros naufragos?

NEGRO.—Sí; pero no encontré a nadie. La isla es grande. Creí que era el único que no se había ahogado.

PHILIPPE.—Entonces... ¿cómo nos descubrió?

NEGRO.—Un día mientras cazaba, vi a la señora bañándose.

PHILIPPE.—Y... completamente desnuda, ¿no?

NEGRO.—Sí.

PHILIPPE.—¡Claro! Entonces usted pensó: ¡a por ella!

SUSANA.—¡Alto! ¡Un momento! Recuerde que hoy las tornas se han cambiado. Es usted quien está atado al poste. Así que de ahora en adelante se encargará usted de la caza y de la pesca...

PHILIPPE.—¡Es una excelente idea!

HENRI.—¿Cómo? ¿Era para eso? ¿Esa era la lección que le ibais a dar?

PHILIPPE.—¡No! ¡Cállate!, ¿quieres? (Volviendo a la cuestión.) Sí, es una excelente idea. Usted hará la comida...

SUSANA.—Lavará los platos... hará las camas. A cambio le alimentaremos y le daremos habitación.

PHILIPPE.—Sí; pero un poco lejos de aquí. Usted se construirá su propia cabaña.

SUSANA.—¡Eso es! O lo toma o lo deja. Si se escapa, el día que venga un barco le dejaremos aquí o haremos que lo arresten.

PHILIPPE.—Sin embargo, si se porta bien haremos que le rescaten con nosotros. ¿Ha entendido bien?

HENRI.—¡Lo que faltaba! Había pensado en todo menos en contratarle.

(Sale.)

PHILIPPE.—Tu idea es maravillosa. Pero le advierto que no me es usted simpático. Yo, al igual que mi mujer, olvidaré lo que ocurrió ayer si cumple con su cometido, pero si en alguna ocasión mi mujer me informa que ha cometido la más leve falta hacia ella... tendrá que vérselas conmigo. (Coge el cuchillo que sostiene SUSANA.) ¡Dame eso! A mí, me llamará "señor".

SUSANA.—Conteste, ¿acepta nuestras condiciones?

NEGRO.—Sí.

PHILIPPE.—Tendrá que acostumbrarse a decir: "Sí, señora", ¿verdad, amor? ¿Cómo se llama? ¿Porque usted tendrá algún nombre?

NEGRO.—Sí, Philippe.

PHILIPPE.—¿Cómo? Le he dicho que responda "sí, señor", pero no "sí, Philippe".

NEGRO.—¿Por qué?

PHILIPPE.—¿Se está burlando de mí?

NEGRO.—No.

PHILIPPE.—No le he autorizado a que me llame por mi nombre. Le he preguntado el suyo.

NEGRO.—Sí, Philippe.

SUSANA.—¡Ah! ¿Que se llama Philippe?

PHILIPPE.—¡Ah! ¿Se llama usted Philippe?

NEGRO.—Sí, señor Philippe.

PHILIPPE.—¡Ah, bueno! Entonces provisionalmente y para evitar equívocos le llamaremos... Arthur.

SUSANA.—¿Por qué Arthur?

PHILIPPE.—¿Y por qué no?

SUSANA.—¿Le gusta?

NEGRO.—Me da igual.

PHILIPPE.—Bien, entonces se llamará así. Vamos, Susana.

SUSANA.—Voy en seguida, cariño.

PHILIPPE. (Alejándose. Al NEGRO.)—No estaré muy lejos. Voy a buscar a Arthur, digo a Henri.

SUSANA.—Bien. ¿Sabe lo que le voy a decir, verdad? Ya ha oído a mi marido. Si alguna vez tengo la más mínima queja de usted... tendrá que vérselas con él. Lo que ocurrió ayer... nuestro "cambio de impresiones" tenemos que olvidarlo... olvidarlo por completo... ¿me lo promete? En fin... quiero decir que no debemos pensar... que no debe usted pensar...

HENRI.—¿Ya está?

PHILIPPE.—Ya está. Puedes soltarle.

HENRI.—Bueno, la comedia terminó.

SUSANA.—Se acabó. Gracias. Sois más habilidosos de lo que yo creía.

PHILIPPE.—Bien, ahora explíquenos.

SUSANA. (Al NEGRO.)—¿Dónde estaba usted desde hace un mes?

NEGRO.—Al otro lado de la isla.

SUSANA.—¿Solo?

NEGRO.—Sí.

SUSANA.—¿Y no se le ocurrió ver si había otros naufragos?

NEGRO.—Sí; pero no encontré a nadie. La isla es grande. Creí que era el único que no se había ahogado.

PHILIPPE.—Entonces... ¿cómo nos descubrió?

NEGRO.—Un día mientras cazaba, vi a la señora bañándose.

PHILIPPE.—Y... completamente desnuda, ¿no?

NEGRO.—Sí.

PHILIPPE.—¡Claro! Entonces usted pensó: ¡a por ella!

SUSANA.—¡Alto! ¡Un momento! Recuerde que hoy las tornas se han cambiado. Es usted quien está atado al poste. Así que de ahora en adelante se encargará usted de la caza y de la pesca...

PHILIPPE.—¡Es una excelente idea!

HENRI.—¿Cómo? ¿Era para eso? ¿Esa era la lección que le ibais a dar?

PHILIPPE.—¡No! ¡Cállate!, ¿quieres? (Volviendo a la cuestión.) Sí, es una excelente idea. Usted hará la comida...

SUSANA.—Lavará los platos... hará las camas. A cambio le alimentaremos y le daremos habitación.

PHILIPPE.—Sí; pero un poco lejos de aquí. Usted se construirá su propia cabaña.

SUSANA.—¡Eso es! O lo toma o lo deja. Si se escapa, el día que venga un barco le dejaremos aquí o haremos que lo arresten.

PHILIPPE.—Sin embargo, si se porta bien haremos que le rescaten con nosotros. ¿Ha entendido bien?

HENRI.—¡Lo que faltaba! Había pensado en todo menos en contratarle.

(Sale.)

PHILIPPE.—Tu idea es maravillosa. Pero le advierto que no me es usted simpático. Yo, al igual que mi mujer, olvidaré lo que ocurrió ayer si cumple con su cometido, pero si en alguna ocasión mi mujer me informa que ha cometido la más leve falta hacia ella... tendrá que vérselas conmigo. (Coge el cuchillo que sostiene SUSANA.) ¡Dame eso! A mí, me llamará "señor".

SUSANA.—Conteste, ¿acepta nuestras condiciones?

NEGRO.—Sí.

PHILIPPE.—Tendrá que acostumbrarse a decir: "Sí, señora", ¿verdad, amor? ¿Cómo se llama? ¿Porque usted tendrá algún nombre?

NEGRO.—Sí, Philippe.

PHILIPPE.—¿Cómo? Le he dicho que responda "sí, señor", pero no "sí, Philippe".

NEGRO.—¿Por qué?

PHILIPPE.—¿Se está burlando de mí?

NEGRO.—No.

PHILIPPE.—No le he autorizado a que me llame por mi nombre. Le he preguntado el suyo.

NEGRO.—Sí, Philippe.

SUSANA.—¡Ah! ¿Que se llama Philippe?

PHILIPPE.—¡Ah! ¿Se llama usted Philippe?

NEGRO.—Sí, señor Philippe.

PHILIPPE.—¡Ah, bueno! Entonces provisionalmente y para evitar equívocos le llamaremos... Arthur.

SUSANA.—¿Por qué Arthur?

PHILIPPE.—¿Y por qué no?

SUSANA.—¿Le gusta?

NEGRO.—Me da igual.

PHILIPPE.—Bien, entonces se llamará así. Vamos, Susana.

SUSANA.—Voy en seguida, cariño.

PHILIPPE. (Alejándose. Al NEGRO.)—No estaré muy lejos. Voy a buscar a Arthur, digo a Henri.

SUSANA.—Bien. ¿Sabe lo que le voy a decir, verdad? Ya ha oído a mi marido. Si alguna vez tengo la más mínima queja de usted... tendrá que vérselas con él. Lo que ocurrió ayer... nuestro "cambio de impresiones" tenemos que olvidarlo... olvidarlo por completo... ¿me lo promete? En fin... quiero decir que no debemos pensar... que no debe usted pensar...

¿No le da vergüenza haberse comportado de esa manera? (El NEGRO sonríe.) ¡Lo encuentra divertido! (El NEGRO dice que no con la cabeza.) ¡Ah, bueno! ¿Entonces por qué pone esa cara? (El NEGRO sonríe.) Le ruego que no sonría delante de mí. (Para ella.) Me molesta. ¿Cómo se le ocurrió a usted semejante cosa? Me vio desnuda bañándome en el mar, pero de ahí a lo que hizo... Sé que soy joven y bonita, pero eso no excusa nada. Claro que quizás se le pueda perdonar... estoy segura de que su abuelo vivió como usted, en una isla desierta, con un arco y un taparrabos... y claro, le tira la sangre... la de su abuelo que vivió siendo el rey de la naturaleza, imponiéndose y forzando a todas las mujeres de la tribu..., sí, seguro que era así..., pero eso no quita... Su abuelo por ser rey tenía derecho a hacer lo que quisiese, además vivía de un modo salvaje... mientras que usted... aun siendo el nieto de un rey... debería haber tenido en cuenta que era una persona civilizada, ¿no es cierto?... En fin, no lo demos más vueltas... De ahora en adelante me llamará "señora" y yo... no, no quiero llamarle Arthur, es ridículo. Se lo diré a mi marido. ¿Cómo quiere que le llame? ¿Joe? ¿Le gusta Joe? (El NEGRO sonríe.) Sí, eso, Joe. ¡Le llamaré Joe! Y seremos muy buenos amigos. Olvidaré... No seré muy severa con usted. Ahora voy a desatarle. Me doy cuenta de que atarle a un poste ha sido una gran humillación para usted..., pero era su castigo, Joe. Ahora tendrá en cuenta que no soy una mujer de su tribu, y que aun siendo nieto de un rey y guapo, y estando en una isla, no tiene todos los derechos sobre una mujer, de nuestros días. Ya está. ¡Libre! Puede darme las gracias. Váyase ahora. Y recuerde bien todo lo que le hemos dicho. Supongo que será usted hombre de palabra... (El NEGRO clava su rodilla en tierra y la besa la mano en señal de obediencia. Se oye a SUSANA murmurar a media voz... y como soñando.) ¡Oh, príncipe!... ¡Volviendo a la realidad! ¿Pero qué he dicho? ¡Estoy loca! Vamos, Joe, dejémonos de tonterías. ¡A la cocinal! ¡A la cocinal!

(Ella sale y también el NEGRO, aunque por otro lado. HENRI entra. No ve a nadie. Se le ocurre algo.)

HENRI.—¡Gracias a Dios!

(Ha dado un salto hasta la choza. Se queda de repente muy tranquilo. PHILIPPE entra por el mismo lado.)

PHILIPPE.—¡Vaya! ¿Dónde estabas? Hace más de diez minutos que te busco.

HENRI.—Estaba dando un paseo.

PHILIPPE.—¿Dónde está Susana?

HENRI.—No tengo ni idea. Acabo de llegar.

(Entra el NEGRO.)

PHILIPPE.—¡Ah, usted! ¿Dónde está la señora?

NEGRO.—La señora ha salido.

PHILIPPE.—¿Qué?

NEGRO.—La señora está en el parque.

PHILIPPE.—¿Y qué quiere ahora?

NEGRO.—El cuchillo, señores.

PHILIPPE.—¿Para qué lo quiere?

NEGRO.—Para preparar la comida.

PHILIPPE. (A HENRI).—Parece bastante lógico. ¿Verdad? (Al NEGRO.) Tenga. Puede disponer de él. (El NEGRO sale.) En fin. La tormenta ya ha pasado. Ahora viene la calma. ¡Qué felicidad! Esta noche te aseguro que he dormido muy mal. Pensaba sobre nosotros como una maldición. Nuestra situación era tan incierta... Pero ahora tengo que reconocer que Susana ha puesto fin a todo con una gran maestría. Estarás de acuerdo conmigo, en que ha sido ella la que ha encontrado la solución.

HENRI.—Pero no estás feliz.

PHILIPPE.—Sí. Por parte del negro ya no existe peligro alguno, y además tenemos un cocinero. Yo lo encuentro estupendo. ¿Tú no?

HENRI.—No, yo no. Te lo puedes figurar.

PHILIPPE.—¿Pues sí que estamos bien! ¿Y qué es lo que no marcha ahora? ¿Sigues aún gruñendo después del paseo?

HENRI.—Así es. Mientras paseaba he comprendido de repente

¿No le da vergüenza haberse comportado de esa manera? (El NEGRO sonríe.) ¡Lo encuentra divertido! (El NEGRO dice que no con la cabeza.) ¡Ah, bueno! ¿Entonces por qué pone esa cara? (El NEGRO sonríe.) Le ruego que no sonría delante de mí. (Para ella.) Me molesta. ¿Cómo se le ocurrió a usted semejante cosa? Me vio desnuda bañándome en el mar, pero de ahí a lo que hizo... Sé que soy joven y bonita, pero eso no excusa nada. Claro que quizás se le pueda perdonar... estoy segura de que su abuelo vivió como usted, en una isla desierta, con un arco y un taparrabos... y claro, le tira la sangre... la de su abuelo que vivió siendo el rey de la naturaleza, imponiéndose y forzando a todas las mujeres de la tribu..., sí, seguro que era así..., pero eso no quita... Su abuelo por ser rey tenía derecho a hacer lo que quisiese, además vivía de un modo salvaje... mientras que usted... aun siendo el nieto de un rey... debería haber tenido en cuenta que era una persona civilizada, ¿no es cierto?... En fin, no lo demos más vueltas... De ahora en adelante me llamará "señora" y yo... no, no quiero llamarle Arthur, es ridículo. Se lo diré a mi marido. ¿Cómo quiere que le llame? ¿Joe? ¿Le gusta Joe? (El NEGRO sonríe.) Sí, eso, Joe. ¡Le llamaré Joe! Y seremos muy buenos amigos. Olvidaré... No seré muy severa con usted. Ahora voy a desatarle. Me doy cuenta de que atarle a un poste ha sido una gran humillación para usted..., pero era su castigo, Joe. Ahora tendrá en cuenta que no soy una mujer de su tribu, y que aun siendo nieto de un rey y guapo, y estando en una isla, no tiene todos los derechos sobre una mujer, de nuestros días. Ya está. ¡Libre! Puede darme las gracias. Váyase ahora. Y recuerde bien todo lo que le hemos dicho. Supongo que será usted hombre de palabra... (El NEGRO clava su rodilla en tierra y la besa la mano en señal de obediencia. Se oye a SUSANA murmurar a media voz... y como soñando.) ¡Oh, príncipe!... ¡Volviendo a la realidad! ¿Pero qué he dicho? ¡Estoy loca! Vamos, Joe, dejémonos de tonterías. ¡A la cocina! ¡A la cocina!

(Ella sale y también el NEGRO, aunque por otro lado. HENRI entra. No ve a nadie. Se le ocurre algo.)

HENRI.—¡Gracias a Dios!

(Ha dado un salto hasta la choza. Se queda de repente muy tranquilo. PHILIPPE entra por el mismo lado.)

PHILIPPE.—¡Vaya! ¿Dónde estabas? Hace más de diez minutos que te busco.

HENRI.—Estaba dando un paseo.

PHILIPPE.—¿Dónde está Susana?

HENRI.—No tengo ni idea. Acabo de llegar.

(Entra el NEGRO.)

PHILIPPE.—¡Ah, usted! ¿Dónde está la señora?

NEGRO.—La señora ha salido.

PHILIPPE.—¿Qué?

NEGRO.—La señora está en el parque.

PHILIPPE.—¿Y qué quiere ahora?

NEGRO.—El cuchillo, señores.

PHILIPPE.—¿Para qué lo quiere?

NEGRO.—Para preparar la comida.

PHILIPPE. (A HENRI).—Parece bastante lógico, ¿verdad? (Al NEGRO.) Tenga. Puede disponer de él. (El NEGRO sale.) En fin. La tormentá ya ha pasado. Ahora viene la calma. ¡Qué felicidad! Esta noche te aseguro que he dormido muy mal. Pensaba sobre nosotros como una maldición. Nuestra situación era tan incierta... Pero ahora tengo que reconocer que Susana ha puesto fin a todo con una gran maestría. Estarás de acuerdo conmigo, en que ha sido ella la que ha encontrado la solución.

HENRI.—Pero no estás feliz.

PHILIPPE.—Sí. Por parte del negro ya no existe peligro alguno, y además tenemos un cocinero. Yo lo encuentro estupendo.

¿Tú no?

HENRI.—No, yo no. Te lo puedes figurar.

PHILIPPE.—¡Pues sí que estamos bien! ¿Y qué es lo que no marcha ahora? ¿Sigues aún gruñendo después del paseo?

HENRI.—Así es. Mientras paseaba he comprendido de repente

un montón de cosas. Ahora lo veo todo claro. (PHILIPPE no experimenta ninguna reacción.) ¿No te interesa saberlo?

PHILIPPE.—Permíteme que te diga... Empiezo a desconfiar de ti cuando ves las cosas claras.

HENRI.—Por eso prefieres seguir en la ignorancia.

PHILIPPE.—Estoy muy bien como estoy.

HENRI.—Claro. "Ha pasado la tempestad"..., "se ha cerrado el paréntesis". Y a ti no te extraña nada de lo que hay dentro de ese paréntesis. ¿Es que no te choca nada?

PHILIPPE.—Hace un poco he dicho que encontraba chocante...

HENRI.—Abusivo sí, ya lo sé...; pero, sin embargo, no te has dado cuenta de que el enfado de Susana, su único y verdadero enfado, ha sido cuando ha descubierto que el negro era un cocinero. ¿No te ha podido extrañar, no?

PHILIPPE.—No. Porque Susana ha aceptado con resignación y con pudor... el penoso papel que las circunstancias la habían impuesto. A mi modo de ver, es muy lógico que al descubrir el engaño de que habíamos sido todos víctimas, haya estallado en cólera, pero sólo en ese preciso instante. Así que, no te preocupes.

HENRI.—Bien, pues lo que yo no comprendo es por qué tú no me comprendes. ¿Me comprendes?

PHILIPPE.—Lo único que comprendo es que, según tú, Susana no se ha irritado más que de una cosa. De haber tenido que pactar con un cocinero de barco.

HENRI.—¡Exactamente! Y si tú no ves en eso nada anormal e inquietante...

PHILIPPE.—No querrás insinuar que a Susana le ha parecido de perlas tenerlas que ver con un negro. ¡Sería el colmo!

HENRI.—¡Ni por lo más remoto!

PHILIPPE.—¡Pues no faltaría más!

HENRI.—Pero esa "resignación" me parece un tanto dudosa.

PHILIPPE.—¿Qué quieres decir? Te voy a tapar de una vez esa boca que tienes. ¡No te permito que...!

HENRI.—Puede que no me lo permitas..., pero eso no impide que piense como pienso. Y yo he sido tan ciego como tú. Ella tenía dos hombres, tú y yo... en el mismo plan. Dos

tipos estupendos. Y para que te enteres, nos ha puesto los cuernos a los dos.

PHILIPPE.—¡Ya está bien! Yo te digo que Susana no me ha engañado jamás. Jamás. ¡Estoy seguro!

HENRI.—¡Eres sublime! No hay otra palabra para ti.

PHILIPPE.—Quizás sea sublime, pero no cornudo como tan vulgarmente dices.

HENRI.—¿Y yo?

PHILIPPE.—¿Tú qué?

HENRI.—Que, qué dices de mí.

PHILIPPE.—Tú no cuentas para nada.

HENRI.—¿Cómo, yo no cuento?

PHILIPPE.—Tú eres como un hermano para ella, ya me he dado cuenta.

HENRI.—¡Ah! ¿Te has dado cuenta?

PHILIPPE.—Además, me demuestras que no quieres a Susana como yo pensaba.

HENRI.—¡Eso sí que está bueno! ¿Entonces yo no quiero a Susana?

PHILIPPE.—No, no. Tú no la quieres. Si la quisieras no serías capaz de imaginarla autora de actos como los que tan injustamente supones.

HENRI.—Es precisamente porque la quiero, ¿me oyes bien?, por lo que no se me escapa nada y por la más mínima cosa me pongo celoso. ¡Tú eres quien no la quiere!

PHILIPPE.—¿Yo?

HENRI.—¡Sí, tú! ¡Tú nunca has tenido celos!

PHILIPPE.—Te equivocas.

HENRI.—¿Cuándo?

PHILIPPE.—Cuando me confesaste tus relaciones con Susana precisamente.

HENRI.—Eso no han sido celos. Lo que querías era saber si era lógico o no encontrarlo mal. Pero no eran celos. Y ayer, cuando estábamos atados a ese poste... ¡No hiciste nada!

PHILIPPE.—¿Y qué podía hacer?

HENRI.—Protestar.

PHILIPPE.—¡Ya gruñías tú bastante!

HENRI.—Tus gritos hubieran demostrado al menos que algo

un montón de cosas. Ahora lo veo todo claro. (PHILIPPE no experimenta ninguna reacción.) ¿No te interesa saberlo?

PHILIPPE.—Permíteme que te diga... Empiezo a desconfiar de ti cuando ves las cosas claras.

HENRI.—Por eso prefieres seguir en la ignorancia.

PHILIPPE.—Estoy muy bien como estoy.

HENRI.—Claro. "Ha pasado la tempestad"... "se ha cerrado el paréntesis". Y a ti no te extraña nada de lo que hay dentro de ese paréntesis. ¿Es que no te choca nada?

PHILIPPE.—Hace un poco he dicho que encontraba chocante...

HENRI.—Abusivo sí, ya lo sé...; pero, sin embargo, no te has dado cuenta de que el enfado de Susana, su único y verdadero enfado, ha sido cuando ha descubierto que el negro era un cocinero. ¿No te ha podido extrañar, no?

PHILIPPE.—No. Porque Susana ha aceptado con resignación y con pudor... el penoso papel que las circunstancias la habían impuesto. A mi modo de ver, es muy lógico que al descubrir el engaño de que habíamos sido todos víctimas, haya estallado en cólera, pero sólo en ese preciso instante. Así que, no te preocupes.

HENRI.—Bien, pues lo que yo no comprendo es por qué tú no me comprendes. ¿Me comprendes?

PHILIPPE.—Lo único que comprendo es que, según tú, Susana no se ha irritado más que de una cosa. De haber tenido que pactar con un cocinero de barco.

HENRI.—¡Exactamente! Y si tú no ves en eso nada anormal e inquietante...

PHILIPPE.—No querrás insinuar que a Susana le ha parecido de perlas tenerse con un negro. ¡Sería el colmo!

HENRI.—¡Ni por lo más remoto!

PHILIPPE.—¡Pues no faltaría más!

HENRI.—Pero esa "resignación" me parece un tanto dudosa.

PHILIPPE.—¿Qué quieres decir? Te voy a tapar de una vez esa boca que tienes. ¡No te permito que...!

HENRI.—Puede que no me lo permitan..., pero eso no impide que piense como pienso. Y yo he sido tan ciego como tú. Ella tenía dos hombres, tú y yo... en el mismo plan. Dos

tipos estupendos. Y para que te enteres, nos ha puesto los cuernos a los dos.

PHILIPPE.—¡Ya está bien! Yo te digo que Susana no me ha engañado jamás. Jamás. ¡Estoy seguro!

HENRI.—¡Eres sublime! No hay otra palabra para ti.

PHILIPPE.—Quizás sea sublime, pero no cornudo como tan vulgarmente dices.

HENRI.—¿Y yo?

PHILIPPE.—¿Tú qué?

HENRI.—Que, qué dices de mí.

PHILIPPE.—Tú no cuentas para nada.

HENRI.—¿Cómo, yo no cuento?

PHILIPPE.—Tú eres como un hermano para ella, ya me he dado cuenta.

HENRI.—¡Ah! ¿Te has dado cuenta?

PHILIPPE.—Además, me demuestras que no quieres a Susana como yo pensaba.

HENRI.—¡Eso sí que está bueno! ¿Entonces yo no quiero a Susana?

PHILIPPE.—No, no. Tú no la quieres. Si la quisieras no serías capaz de imaginarla autora de actos como los que tan injustamente supones.

HENRI.—Es precisamente porque la quiero, ¿me oyes bien?, por lo que no se me escapa nada y por la más mínima cosa me pongo celoso. ¡Tú eres quien no la quiere!

PHILIPPE.—¿Yo?

HENRI.—¡Sí, tú! ¡Tú nunca has tenido celos!

PHILIPPE.—Te equivocas.

HENRI.—¿Cuándo?

PHILIPPE.—Cuando me confesaste tus relaciones con Susana precisamente.

HENRI.—Eso no han sido celos. Lo que querías era saber si era lógico o no encontrarlo mal. Pero no eran celos. Y ayer, cuando estábamos atados a ese poste... ¡No hiciste nada!

PHILIPPE.—¿Y qué podía hacer?

HENRI.—Protestar.

PHILIPPE.—¡Ya gruñías tú bastante!

HENRI.—Tus gritos hubieran demostrado al menos que algo

dentro de ti se rebelaba. Pero... ¡No!, ¡nada! Y esta mañana te comiste tan tranquilo el pescado que te ofreció el negro.

PHILIPPE.—¡No vamos a volver ahora al pescado!

HENRI.—¡Te lo comiste! ¡Y yo no! Si amases a Susana no habrías podido comerte el pescado. A mí se me habría atragantado. Porque ese pez representaba para mí... para mí... y no para ti, un drama. Ese pescado era la propia Susana.

PHILIPPE.—¡Cállate ya!

HENRI.—¿Lo ves? ¿Empiezas a inquietarte? ¿No? Entonces escucha la bonita historia. ¡Un príncipe! ¡El hijo de un rey! Fue ella quien imaginó eso... su intuición... ¿y sabes por qué? Porque eso hacía la cosa aún más extraordinaria... y más excusable al mismo tiempo. Un personaje real e imperial a quien se servía y a quien nadie se podía oponer... esos eran los razonamientos... inconscientemente, claro... pero nadie excepto una mujer es así de inconsciente. ¡Ella tuvo su príncipe! Luego la contrarió esta extraña aventura. Porque bruscamente el golpe del cocinero echó a perder su bella historia de amor. Su excusa, su buena razón se esfumaba. ¡Fue entonces cuando nosotros la oímos gritar! Entonces y no antes. ¿Me has entendido ahora?

PHILIPPE.—Te creía un amigo y ¡eres un puerco!

(Sale.)

HENRI.—¿Qué?

PHILIPPE. (Volviendo.)—¡Un puerco!

(Sale.)

HENRI. (Llama.)—¡Philippe! (A sí mismo.) ¡Vaya! ¡Estamos apañados! Con razón dicen que una amistad entre hombres no puede durar si existe una mujer por medio. (Pausa.) ¡Que no se diga que una mujer nos ha enemistado...!

PHILIPPE. (Vuelve.)—Hay una cosa que quiero aclarar.

HENRI.—Philippe..., no nos enfademos. Yo soy imbécil y tengo un carácter insoportable. Olvida todo lo que te he dicho, todo lo que te haya herido. Dame un abrazo.

PHILIPPE.—¿Qué te ocurre? ¿Has recapacitado?

HENRI.—Tienes toda la razón. Soy un cerdo.

PHILIPPE.—No; yo no quise decir...

HENRI.—Nuestra amistad quedará intacta, Philippe. Yo sé bien lo que debo hacer. Debo romper con Susana.

PHILIPPE.—¿Qué?

HENRI.—Voy a romper con Susana. Es la única solución.

PHILIPPE.—No, no, nunca.

HENRI.—Está decidido. No hablemos más de ello.

PHILIPPE.—Vas a estropearlo todo... No sientes nada de lo que estás diciendo. Estás nervioso... excitado. ¿Te imaginas nuestra vida en París el día que volvamos si estás enfadado con Susana? ¡Es imposible!

HENRI.—Te repito que es necesario.

PHILIPPE.—¡Y yo te repito que no!... Yo también estaba excitado cuando te dije que no la querías... claro que la quieres. ¡Tú la adoras! Tú eres como yo, no podemos pasar sin ella. Mira, ¿tú sabes cuáles han sido mis peores sueños cuando no estaba con ella? De repente imaginé que en lugar de estar aquí, a salvo, los tres, Susana había perecido en el naufragio y aquí estábamos solos tú y yo, cada uno en una choza... ¡Hubiera sido espantoso! ¡Qué infierno! ¡Qué porvenir entre nosotros! ¿Te lo imaginas? Yo sí lo he imaginado... Y entonces, Henri, cuando tuve ante mí la visión de Susana flotando en alguna parte, en medio de la noche, entre dos aguas, con su vestido de fiesta, es cuando me di cuenta de la realidad, cuando comprendí que yo existía, que no soñaba y que vosotros estabais a salvo, que Susana estaba viva y a solo unos metros de distancia... sonriendo probablemente... y que yo a la mañana siguiente la vería con sus blanquísimos dientes y oíría su voz... ¡Ah, si supieras qué bien dormí después!...

(HENRI mira a PHILIPPE con ternura y afecto.
Se oye una sirena de barco.)

PHILIPPE y HENRI. (Se abrazan.)—¡¡Un barco!!

dentro de ti se rebelaba. Pero... ¡no!, ¡nada! Y esta mañana te comiste tan tranquilo el pescado que te ofreció el negro.

PHILIPPE.—¡No vamos a volver ahora al pescado!

HENRI.—¡Te lo comiste! ¡Y yo no! Si amases a Susana no habrías podido comerte el pescado. A mí se me habría atragantado. Porque ese pez representaba para mí... para mí... y no para ti, un drama. Ese pescado era la propia Susana.

PHILIPPE.—¡Cállate ya!

HENRI.—¿Lo ves? ¿Empiezas a inquietarte? ¿No? Entonces escucha la bonita historia. ¡Un príncipe! ¡El hijo de un rey! Fue ella quien imaginó eso... su intuición... ¿y sabes por qué? Porque eso hacía la cosa aún más extraordinaria... y más excusable al mismo tiempo. Un personaje real e imperial a quien se servía y a quien nadie se podía oponer... esos eran los razonamientos... inconscientemente, claro... pero nadie excepto una mujer es así de inconsciente. ¡Ella tuvo su príncipe! Luego la contrarió esta extraña aventura. Porque bruscamente el golpe del cocinero echó a perder su bella historia de amor. Su excusa, su buena razón se esfumaba. ¡Fue entonces cuando nosotros la oímos gritar! Entonces y no antes. ¿Me has entendido ahora?

PHILIPPE.—Te creía un amigo y ¡eres un puerco!

(Sale.)

HENRI.—¿Qué?

PHILIPPE. (Volviendo).—¡Un puerco!

(Sale.)

HENRI. (Llama).—¡Philippe! (A sí mismo.) ¡Vaya! ¡Estamos apañados! Con razón dicen que una amistad entre hombres no puede durar si existe una mujer por medio. (Pausa.) ¡Que no se diga que una mujer nos ha enemistado...!

PHILIPPE. (Vuelve).—Hay una cosa que quiero aclarar.

HENRI.—Philippe... no nos enfademos. Yo soy imbécil y tengo un carácter insoportable. Olvida todo lo que te he dicho, todo lo que te haya herido. Dame un abrazo.

PHILIPPE.—¿Qué te ocurre? ¿Has recapacitado?

HENRI.—Tienes toda la razón. Soy un cerdo.

PHILIPPE.—No; yo no quise decir...

HENRI.—Nuestra amistad quedará intacta, Philippe. Yo sé bien lo que debo hacer. Debo romper con Susana.

PHILIPPE.—¿Qué?

HENRI.—Voy a romper con Susana. Es la única solución.

PHILIPPE.—No, no, nunca.

HENRI.—Está decidido. No hablemos más de ello.

PHILIPPE.—Vas a estropearlo todo... No sientes nada de lo que estás diciendo. Estás nervioso... excitado. ¿Te imaginas nuestra vida en París el día que volvamos si estás enfadado con Susana? ¡Es imposible!

HENRI.—Te repito que es necesario.

PHILIPPE.—¡Y yo te repito que no!... Yo también estaba excitado cuando te dije que no la querías... claro que la quieres. ¡Tú la adoras! Tú eres como yo, no podemos pasar sin ella. Mira, ¿tú sabes cuáles han sido mis peores sueños cuando no estaba con ella? De repente imaginé que en lugar de estar aquí, a salvo, los tres, Susana había perecido en el naufragio y aquí estábamos solos tú y yo, cada uno en una choza... ¡Hubiera sido espantoso! ¡Qué infierno! ¡Qué porvenir entre nosotros! ¿Te lo imaginas? Yo sí lo he imaginado... Y entonces, Henri, cuando tuve ante mí la visión de Susana flotando en alguna parte, en medio de la noche, entre dos aguas, con su vestido de fiesta, es cuando me di cuenta de la realidad, cuando comprendí que yo existía, que no soñaba y que vosotros estabais a salvo, que Susana estaba viva y a solo unos metros de distancia... sonriendo probablemente... y que yo a la mañana siguiente la vería con sus blanquísimos dientes y oíría su voz... ¡Ah, si supieras qué bien dormí después!...

(HENRI mira a PHILIPPE con ternura y afecto.
Se oye una sirena de barco.)

PHILIPPE y HENRI. (Se abrazan).—¡Un barco!

PHILIPPE.—¡Rápido! ¡Hagamos señales con nuestras camisas!

(*El sale. SUSANA llega.*)

SUSANA.—¡Un barco! ¡Viene hacia nosotros! Date prisa, ¿qué estás esperando?

HENRI.—¡Escúchame, Susana!

SUSANA.—¡Ahora?

HENRI.—Philippe ha ido a hacer señales. Escúchame. Acabo de tener una conversación con él. Le he dicho que íbamos a romper.

SUSANA.—¿Quién?

HENRI.—Tú y yo.

SUSANA.—¡Estás loco!

HENRI.—No; pero debería estarlo. De modo que no rompemos.

SUSANA.—¡Eso espero!

HENRI.—Pero tenemos que volver a encontrar la felicidad que antes teníamos.

SUSANA.—¿Antes?

HENRI.—Antes de decirselo a Philippe. Ese día me equivoqué. No debería habérselo dicho jamás.

SUSANA.—Sí, tienes razón. Pero ya está hecho, amor mío.

HENRI.—Ahora sólo tenemos una solución. Debemos hacer creer a Philippe que hemos roto.

SUSANA.—¿Roto? ¿Pero cuándo?

HENRI.—Ahora.

SUSANA.—¡Qué complicado eres! Pero ¿por qué?

HENRI.—Para volver a encontrar la felicidad que compartíamos antes los tres y para poder seguir amándote sin su permiso.

SUSANA.—¡El no se lo creerá!

HENRI.—Si nosotros queremos llegará a creérselo. Le demostraremos que somos lo que él siempre nos ha creído, pero con una base nueva. Nos creerá.

SUSANA.—Tienes razón. Es lo mejor. Además, eso no cambia para nada las cosas, ya que antes no le engañábamos, lo que pasa es que no queríamos que supiese nuestras relaciones.

HENRI.—Entonces, ¿de acuerdo? Hemos roto.

SUSANA.—¡Hemos roto!

HENRI.—¡Te adoro!

(*PHILIPPE entra gritando alegremente. Tiene la camisa por fuera de los pantalones.*)

PHILIPPE.—¡Ya está! ¡Han echado una canoa al mar! ¡Ya vienen! ¡Había olvidado mis mariposas! De prisa. (*Coge las mariposas.*) Arthur ya está allí.

HENRI.—¿Arthur? ¿Quién es Arthur?

PHILIPPE.—Bueno... pues Arthur es...

SUSANA.—Es Joe. Pero él le llama Arthur.

HENRI.—¿Quién es Joe?

SUSANA.—¡Pues Philippe!

HENRI.—¡Philippe!

SUSANA.—¡El no! ¡El negro!

PHILIPPE. (*A SUSANA.*)—El no entiende nada... Pero óyeme... Ese muchacho me ha preguntado si continuará a nuestro servicio en París.

SUSANA.—No. ¡Tenemos una cocinera!

(*Entra el NEGRO.*)

PHILIPPE.—Mira. ¡Ahí está! ¿Qué quiere?

NEGRO.—Quiero llevar a la señora.

PHILIPPE.—¿Qué?

NEGRO.—Yo, llevar a la señora.

PHILIPPE.—No; no se preocupe. La señora se lleva muy bien sola. (*A los otros.*) ¡Está volviéndose muy pegajoso el chico éste! (*Le da las mariposas.*) ¡Tenga, coja esto y salga delante, Philippe..., Arthur, quiero decir... digo Joe! ¡En fin! (*Se oye la sirena.*) Y nosotros salgamos también. ¡Nos están esperando!

(*Avanzan dos pasos.*)

SUSANA.—¡Ay, Dios mío!

PHILIPPE y HENRI. (*Mirando al cielo.*)—¡¿Qué?!

PHILIPPE.—¡Rápido! ¡Hagamos señales con nuestras camisas!

(*El sale. SUSANA llega.*)

SUSANA.—¡Un barco! ¡Viene hacia nosotros! Date prisa, ¿qué estás esperando?

HENRI.—¡Escúchame, Susana!

SUSANA.—¡Ahora?

HENRI.—Philippe ha ido a hacer señales. Escúchame. Acabo de tener una conversación con él. Le he dicho que íbamos a romper.

SUSANA.—¿Quién?

HENRI.—Tú y yo.

SUSANA.—¡Estás loco!

HENRI.—No; pero debería estarlo. De modo que no rompemos.

SUSANA.—¡Eso esperol!

HENRI.—Pero tenemos que volver a encontrar la felicidad que antes teníamos.

SUSANA.—¿Antes?

HENRI.—Antes de decírselo a Philippe. Ese día me equivoqué. No debería habérselo dicho jamás.

SUSANA.—Sí, tienes razón. Pero ya está hecho, amor mío.

HENRI.—Ahora sólo tenemos una solución. Debemos hacer creer a Philippe que hemos roto.

SUSANA.—¿Roto? ¿Pero cuándo?

HENRI.—Ahora.

SUSANA.—¡Qué complicado eres! Pero ¿por qué?

HENRI.—Para volver a encontrar la felicidad que compartíamos antes los tres y para poder seguir amándote sin su permiso.

SUSANA.—¡El no se lo creerá!

HENRI.—Si nosotros queremos llegará a creérselo. Le demostraremos que somos lo que él siempre nos ha creído, pero con una base nueva. Nos creará.

SUSANA.—Tienes razón. Es lo mejor. Además, eso no cambia para nada las cosas, ya que antes no le engañábamos, lo que pasa es que no queríamos que supiese nuestras relaciones.

HENRI.—Entonces, ¿de acuerdo? Hemos roto.

SUSANA.—¡Hemos roto!

HENRI.—¡Te adoro!

(*PHILIPPE entra gritando alegremente. Tiene la camisa por fuera de los pantalones.*)

PHILIPPE.—¡Ya está! ¡Han echado una canoa al mar! ¡Ya vienen! ¡Había olvidado mis mariposas! De prisa. (*Coge las mariposas.*) Arthur ya está allí.

HENRI.—¿Arthur? ¿Quién es Arthur?

PHILIPPE.—Bueno... pues Arthur es...

SUSANA.—Es Joe. Pero él le llama Arthur.

HENRI.—¿Quién es Joe?

SUSANA.—¡Pues Philippe!

HENRI.—¡Philippe!

SUSANA.—¡El no! ¡El negro!

PHILIPPE. (*A SUSANA.*)—El no entiende nada... Pero óyeme... Ese muchacho me ha preguntado si continuará a nuestro servicio en París.

SUSANA.—No. ¡Tenemos una cocinera!

(*Entra el NEGRO.*)

PHILIPPE.—Mira. ¡Ahí está! ¿Qué quiere?

NEGRO.—Quiero llevar a la señora.

PHILIPPE.—¿Qué?

NEGRO.—Yo, llevar a la señora.

PHILIPPE.—No; no se preocupe. La señora se lleva muy bien sola. (*A los otros.*) ¡Está volviéndose muy pegajoso el chico éste! (*Le da las mariposas.*) ¡Tenga, coja esto y salga delante. Philippe..., Arthur, quiero decir... digo Joel! ¡En fin! (*Se oye la sirena.*) Y nosotros salgamos también. ¡Nos están esperando!

(*Avanzan dos pasos.*)

SUSANA.—¡Ay, Dios mío!

PHILIPPE y HENRI. (*Mirando al cielo.*)—¿Qué?!

SUSANA.—¡Qué horror! ¿Qué estoy pisando?

PHILIPPE.—Un lagarto muerto.

HENRI.—¡No es nada!

SUSANA.—¡Ay, Dios mío! ¿Es negro?

PHILIPPE y HENRI.—¡No, es verde!

SUSANA.—¡Verde! ¡Siete años de felicidad!

(Salen alegremente, mientras la sirena continúa sonando.)

TELON

SUSANA.—¡Qué horror! ¿Qué estoy pisando?

PHILIPPE.—Un lagarto muerto.

HENRI.—¡No es nada!

SUSANA.—¡Ay, Dios mío! ¿Es negro?

PHILIPPE y HENRI.—¡No, es verde!

SUSANA.—¡Verde! ¡Siete años de felicidad!

(Salen alegremente, mientras la sirena continúa sonando.)

TELON

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS